

*A todas aquellas mujeres que buscan el amor sin renunciar a ser ellas mismas*

## Reseña

Dulce Arpía narra la historia de Clare Stanton, una nueva Scarlett O'Hara que como ella, es bella, caprichosa, consentida y manipuladora. Acostumbrada a hacer y a deshacer a su antojo se topará con Julián Strafford y entonces descubrirá que hay alguien inmune a sus manipulaciones.

Atrapados en un matrimonio que ninguno de los dos quiere, seremos testigos de la transformación de una niña caprichosa a una mujer enamorada. Y ese cambio se realizará gradualmente través de situaciones divertidas y embarazosas, de diálogos chipeantes y ágiles y de algunos momentos de gran tensión.

Clare trocará sus deseos de venganza y su intolerancia, dejará atrás su innato egoísmo y todo será gracias al amor que su esposo logra despertar en ella, todo ello sin perder la picardía y la espontaneidad que la caracterizan.

Lucinda Gray ha escrito una historia llena de momentos divertidos, de escenas apasionadas y de encuentros y desencuentros. Nos presenta a una heroína que no pierde su esencia a lo largo la novela y que por eso se nos presenta más cercana, más auténtica.

Prepárense para reír con Clare, para detestarla, para comenzar a apreciarla para finalmente quererla y comprenderla.

Lola Rey

Dulce arpía fue la obra galardonada con el premio Ciudad de Tarifa de literatura, primera edición, convocado por la editorial Imagenta en mayo de 2012

Primera edición: Septiembre de 2012

© Derechos de edición reservados.

Editorial Imagen y Comunicación Tarifa (Imagenta SL).

www.imagenta.es

gestion@imagenta.es

Colección Narrativa

© Lucinda Gray

Edición: Editorial Imagen y Comunicación Tarifa (Imagenta SL).

Maquetación: Ildefonso Sena.

Cubiertas y diseño de portada: © Ildefonso Sena.

Ilustración de portada: © José del Nido.

Impresión: PUBLIDISA.

ISBN: 9788493877651

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser re—  
producida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea  
electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso  
del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

IMPRESO EN ESPAÑA UNIÓN EUROPEA

# I

## *Londres, 1847*

—Aún no puedo creer que seas capaz de hacer eso —protestó la tímida muchacha de ojos celestes ocultos tras los lentes, mientras se tapaba la boca con su abanico de selectas plumas de ganso para que nadie pudiera entender de lo que hablaba con la descarada Clare Stanton, quien la miraba con una mezcla de cinismo y diversión—, Tu madre te va a matar si te descubre intentando...

—Ssssh, no seas ave de mal agüero—intervino Jenny Talbot para gratitud de Clare. Aunque la hija de su anfitriona no era plato de su gusto, tenía que reconocer que estaba siendo una gran aliada en el plan que había concebido para atrapar al nieto del viejo Conde de Strafford.

Clare paseó su verde mirada por la sala de baile donde se encontraba junto con Rebeca de Vére y Jenny Talbot. Las tres se habían apartado lo suficiente para pasar un poco desapercibidas y ultimar los detalles de su plan. Plan que tendría lugar esa noche. El escenario elegido para poner en práctica sus tretas había sido el gran baile que organizaba Lady Talbot, cuyo único objetivo era ver si de una vez lograba casar a su solterona hija mayor. La pobre había tenido que soportar con estoicismo y gran dignidad como sus tres hermanas pequeñas fueron pasando por el altar antes que ella, aunque claro, si la odiosa Lady Talbot hubiese tenido que esperar a que Jenny se casara para hacer lo propio con sus otros tres retoños, existía la más que probable posibilidad de que las cuatro jóvenes hubiesen quedado para vestir santos.

Clare no era ninguna ingenua y sabía perfectamente que a Jenny, a diferencia de Rebeca, no la movía la necesidad de ayudar a una amiga en conseguir su objetivo de casarse con el hombre de sus sueños, sino todo lo contrario, su interés era casarla cuanto antes para así sacarla del mercado matrimonial y, si era con algari miembro de su familia como era el caso, mejor que mejor. De este modo no lamentaría la pérdida de cualquier posible candidato a desposarla. Por ese motivo estaban de más las continuas advertencias de Becky en cuanto a los oscuros fines que perseguía Jenny, ella no era ninguna estúpida y estaba plenamente consciente del retorcido corazón de su estrenada amiga.

Volviendo su atención de nuevo a la hija de su anfitriona pensó con arrogancia, como había sido toda una satisfacción personal ser la sensación de la temporada. Le encantaba ser el centro de atención, a diferencia de a sus dos hermanas. Anne, la mayor, y Sarah, la pequeña, que hacían todo lo posible por pasar desapercibidas. Aunque claro que el caso de Anne era comprensible. Su marido y primo de Clare, Christopher, era el hombre más celoso que hubiese conocido nunca y, por supuesto, su hermana no quería ser el objeto de las críticas de Chris sobre su comportamiento o atuendo, para no verse arrastrada a incómodas situaciones debido a que este no medía las consecuencias de sus actos cuando se trataba de evitar que cualquier hombre osara mirar a su esposa más de una vez en su presencia. Que decir tiene, de hacerle alguna insinuación indecorosa o comentario fuera de lugar.

Por otro lado su hermana pequeña, Sarah, era todo un enigma. A pesar de tener un cuerpo y una cara excesivamente atractivos hacía todo lo posible por afear su aspecto con la única finalidad de no llamar la atención del sexo opuesto. Quizá fuese por eso que la poco deseada oferta matrimonial de Justin, uno de los mejores amigos de su primo Chris junto con Paul Saint—Jons, le hiciera olvidarse últimamente de su papel de niña dócil y sumisa para empezar a sacar las uñas con tal de librarse de aquel matrimonio impuesto para salvar su honor. Un honor al que al parecer Sarah no sabía concederle la importancia que tenía en la buena

Sociedad y que Clare, por supuesto, y pese a sus hermanas, valoraba por encima de cualquier otra cosa.

Esa era una de las razones que la hacía comprender la enormidad de sus sentimientos, ya que el hecho de que estuviera dispuesta a sacrificar su nombre en pos de lograr una oferta matrimonial de Anthony decía mucho de los profundas emociones que la hacía sentir el joven.

Olvidándose de las circunstancias que rodeaban a sus dos queridas hermanas y, centrarse nuevamente en su penosa situación, tuvo que reconocer que ser la sensación de la temporada en su presentación en sociedad no le había servido de mucho cuando se había enamorado con toda su alma.

Podría haber disfrutado mucho más de su éxito, eso sin dudarlo, si la persona elegida por su corazón no hubiese sido tan esquiva con sus sentimientos y se le hubiese declarado de una vez por todas, no haciéndola pasar por aquel sufrimiento innecesario si finalmente ella tenía la certeza de que iba a pedir su mano. ¿De qué le servían en esos momentos sus elogiados y ensalzados ojos verdes y su larga y lacia cabellera platina? De nada, pensó con frustración. Las semanas iban pasando y él no daba indicios de querer casarse con ella, al menos no había dado ningún paso que diera lugar a un posible entendimiento entre ellos. Lo había intentado casi todo y, en aquellos momentos, su única alternativa era el plan que, junto con aquellas otras dos jóvenes solteras, había trazado para dar caza a su presa. Ella era una mujer de armas tomar y no iba a permitir que Anthony la ignorase por más tiempo. Quería casarse ese mismo año y quería hacerlo con él. Un hombre de mirada tierna y delicados modales, con su cabello rubio ceniza ligeramente rizado y aquellos tristes ojos azules. Un Lord Byron. Un ser sentimental capaz de recitar a Shakespeare con tal sentimiento que hacía que a ella le entraran ganas de llorar con solo escuchar de sus labios aquellos sonetos tan estremecedores.

Con un suspiro de resignación recordó como había provocado encuentros fortuitos con Anthony en su empeño por lograr que se enamorara de ella, le había lanzado indirectas acerca de cuáles eran sus preferencias masculinas, había alabado su apostura aún a riesgo de parecer desvergonzada, todo. Lo había intentado todo del modo más correcto posible, pero él nada, parecía no darse cuenta de que su corazón lo favorecía por encima de a los demás y que solo por eso debía de estar tremendamente agradecido.

Achicó sus felinos ojos verdes, iguales a los de su primo Chris, los cuales eran de herencia paterna, escudriñando la gran sala de baile que las Talbot tenían en su casa de Mayfair esperando encontrar a su presa. Sin embargo parecía que Anthony había vuelto a desaparecer como solía hacer en las pocas fiestas a las que solía acudir. Nunca había comprendido qué lo empujaba a distanciarse de las demás personas, y eso lo hacía aún más irresistible a sus ojos.

Suspiró con decisión. En fin, a grandes males, grandes remedios, o al menos eso era lo que solía decir su hermana mayor. Finalmente ella era digna hija de Melinda Longwood, actual condesa de Winchester, y no iba a cejar en su empeño de conseguir lo que quería.

Miró a la hija de su anfitriona con atención y recordó como se había fraguado aquella extraña camaradería entre ellas. Jenny la había sorprendido una vez hablando sola, como solía hacer cuando se enfadaba, de lo mucho que amaba a Anthony y de como la perturbaba que este la ignorase. La muy sagaz se había percatado de la situación en cuestión de segundos, faltándole tiempo para informar a Clare que el joven que le robaba el aliento era su primo de sangre, ya que su padre y Lady Talbot eran hermanos, ofreciéndose a la vez a ayudarla a que Anthony la desposara. Llegó a convencerla de que era un buen trato para ambas.

En un principio no quiso ni oír hablar del método por el que Jenny creía que debían cazar a su primo, pero a medida que iban pasando las semanas y la temporada se acababa sin que el hombre hubiese demostrado el más mínimo interés en su persona, empezó a impacientarse y reconsideró la idea de la otra. Tal vez a Jenny realmente no la movieran los deseos de ayudarla, pero ella tampoco la consideraba una amiga, por lo que estaban a la par, y mientras

pudiese conseguir su objetivo mejor que mejor. Conseguiría que Anthony la hiciera su esposa aunque para ello tuviese que degradarse hasta el punto de engañarlo y poner en entredicho su preciada reputación. Al fin y al cabo, a nadie solía durarle un enfado con ella mucho tiempo debido a sus zalamerías, estaba convencida que una vez casados, cambiaría su actitud distante hacia ella y acabaría perdidamente enamorado de su persona.

Totalmente rendido a sus pies.

Alzó las cejas en actitud cómica al pensar en como reaccionaría su hermana mayor cuando se enterase de que se había aliado con la Talbot para conseguir al hombre que deseaba. Seguramente le haría una escena y se enfadaría, sobre todo teniendo en cuenta la inquina que Jenny siempre había sentido hacia Anne por haberse casado con su primo Christopher. Más aún teniendo en cuenta las malvadas palabras que las Talbot le dijeron recién casada y que estuvieron a punto de provocar que rompiera su matrimonio.

Se mordió el labio con gesto impaciente haciendo que se le marcaran dos pronunciados hoyuelos en las mejillas, rasgo que compartía con Chris. Lo cierto era que el precio por conseguir su objetivo le iba a costar más caro de lo que hubiese deseado.

—Clare por favor—suplicó Rebeca una vez más—, debes pensarlo bien. No me parece correcto que obligues a Anthony a hacer algo que no quiere.

—Ya está decidido—respondió la aludida—, en un par de semanas acaba la temporada y no ha hecho nada por acercarse a mí.—

Se abanicó furiosa.—He tenido que rechazar a muchos esperando una propuesta suya y no voy a hacerlo más. Si tengo que ser yo la que le proponga matrimonio lo haré. Pero me caso este año con él. Eso no lo dudes—Puntualizó con decisión.

—Me encanta oírte hablar de una forma tan decidida la animó Jenny ganándose una mirada de odio de Rebeca a quien la pelirroja no le caía nada bien, como a casi todos lo que tenían la mala suerte de conocerla. Ella estaba segura de que tenía algún motivo oculto para ayudar a su amiga que nada tenía que ver con lo que predicaba. Parecía disfrutar demasiado de todo aquello, aunque al que fuesen a llevar al matadero, como solía decir su hermano, fuese de su misma sangre.

—Y si hace falta que comprometa mi reputación para obligarle a casarse conmigo...—se encogió de hombros con resignación que así sea.

—Te arrepentirás—señaló su amiga—, tú no eres así.

—En la vida hay veces que se debe actuar por una misma—interrumpió Jenny.

—Por supuesto—ironizó Rebeca. Pensó que si Jenny era capaz de aquello sería capaz de cualquier cosa. Sobre todo teniendo en cuenta que aún estaba enamorada del primo de Clare a pesar de que Chris se había casado con la hermanastra de esta. De todos era sabido que Jenny había tildado de bastarda a Anne cada vez que se le había presentado la oportunidad, y de como había dicho públicamente que en el caso de que muriese pariendo a uno de los numerosos hijos que le había dado a su marido, sería ella la que ocuparía su lugar.

Aunque de todo esto era ajena Clare, ninguno de sus verdaderos amigos había querido hacerla partícipe de tales comentarios para no herirla debido al profundo amor que sentía por su familia. no obstante, conocía del irrazonable odio que la mujer sentía por su hermana mayor, por lo que no lograba comprender como podía tolerarla.

Para Rebeca ningún hombre era merecedor de anteponerlo a los sentimientos de la propia familia y estaba convencida de que nada bueno podía salir de ese descabellado y egoísta plan.

—No te preocupes Becky—intentó calmar Clare a su querida gafotas como solía llamarla—, todo va a salir bien y, cuando esté felizmente casada con Anthony, nos reiremos juntas de todo esto

—¡Por ahí va nuestro objetivo Clare;—Exclamó Jenny llaman la atención de las otras dos jóvenes.

Clare se puso un poco nerviosa ante lo que tenía que hacer, que una cosa era trazar un plan, y otra muy distinta llevarlo a cabo.

—¿Debo ir ya?—Preguntó ansiosa.

—Aún no, espera al menos quince minutos—intentó clamarla. Mi primo suele salir al jardín en casi todas las fiestas que madre organiza y no vuelve hasta al menos haber pasado media hora.—Se encogió de hombros.— Al parecer no le gusta relacionarse con la gente.

—Insisto en que no vayas—Susurró la otra joven.

—Cállate Rebeca—espetó Jenny al ver nacer la duda en los ojos de la joven. Ella no iba a permitir que dudara en actuar según lo orquestado—. Cinco minutos más y te vas detrás de él. Recuerda que solo tendrás que buscarlo en el seto que hay detrás de aque ventana. Es su lugar favorito—Le explicó—. Mientras, creo que debes tomar una copa de champán para infundirte valor—Y obligó a la joven a beberse el citado líquido burbujeante de tirón.

Sin saberlo, la conversación que estaban manteniendo las tres jóvenes detrás de una de las grandes columnas griegas del sal de los Talbot, estaba siendo seguida por una persona que no tenía el más mínimo escrúpulo en escuchar conversaciones ajenas, por muy vulgar que se considerase tal acción. Sobre todo si afectaba de forma tan directa a un miembro tan sensible de su familia, Julián no iba a pennitir que aquella mocosa malcriada estuviese ganizando la vida de su sobrino sin contar al menos con la aprobación de este y, si tenía que intervenir para evitarlo, que así fuese. A él jamás le había preocupado perturbar a la flor y nata de la sociedad con su poco refinado comportamiento, no dudaría en darle una lección a aquella señorita en cuestión, si podía calificarse como tal a dicha joven, que jamás olvidaría. Más aún y, como era el caso, si osaba trastornar aún más la inestable salud mental de Anthony después de haber sido repudiado por el viejo Conde.

Julián apretó los puños para contener su ira, lo más abominable de aquella situación, lo que más lo enfurecía, era ver que la joven Jenny era cómplice en aquel ultraje. Nunca la hubiese creído capaz de tal acto en contra de alguien de su propia sangre, iba a hacerle un daño descomunal a su único primo. Frunciendo el ceño pensó que en realidad no tenía de que sorprenderse tanto, teniendo en cuenta quien era la madre de la chica, una arpía sin corazón que había conseguido predisponer a su padre en contra de Anthony y por consiguiente también, aunque sin saberlo, interferir de la misma forma en la vida de Julián.

Tomando el sentido contrario de la dirección que tomaría la joven llamada Clare en breves minutos, se encaminó al lugar en el que supuestamente su sobrino estaría buscando un poco de soledad.

Desde donde se había encontrado apostado escuchando aquella truculenta conversación, no pudo verle bien el rostro a la chica que se había empeñado en casarse con Anthony. Solo sabía que se llamaba Clare y, naturalmente, que por sus venas corría la tan estimada e inmaculada sangre azul, pensó con ironía, aunque dicha palabra distaba mucho de corresponder con el comportamiento de la taimada muchacha.

Él había sido el único en conocer, hasta hacía pocos meses, el motivo de la falta de interés de su sobrino por la chica, por cualquier fémina en realidad. De no tratarse de un miembro tan querido de su familia, la hubiese animado a seguir con el plan que tenía para casarse y así castigarla como se merecía cuando descubriese la verdad.

Entrecerrando los ojos apresuró el paso para llegar cuanto antes a su objetivo.

—¿Julián?¿Julián;—Chilló una voz conocida entrometiéndose en su autoimpuesta misión de rescate.

Se detuvo en seco cuando notó la voz de su hermana que lo llamaba desde detrás. ¿Y ahora qué? No estaba de humor para andarse con tontos lloriqueos esa noche. Bastante tenía con haber aceptado heredar el título de su indeseado padre para así no hacer recaer la deshonra ante su hermanastra y su sobrino cuando se descubriese el verdadero motivo por el que su progenitor había desheredado a este último.

## II

—No sigas por favor—repetía una y otra vez la voz torturada de un hombre.

—Pero es que lo sientes, al igual que yo—.Anthony se mesó el cabello con desesperación—. Paul —hizo una pausa para mirar en lo más profundo de aquella marea celeste—, no puedes seguir negando esto que sentimos.—Su voz era un sonido estrangulado.— Ya ... no, por favor, ya no.

Al decir esto levantó la vista hacia el hombre que lo contemplaba desde su inmensa estatura con semblante ceniciento. Se había citado allí con su *amado amigo* para intentar definir de una vez su situación. Él nunca acudía a fiestas ni salía de casa para no tener que hacer frente a su condición. Se consideraba un enfermo, un ser perverso por sentirse como lo hacía, por ir contracorriente, por no poder hacer feliz a su madre y a su abuelo, pero su desdichado corazón había despertado junto con su cuerpo sin que él pudiera hacer nada por detener aquella tormenta de sensaciones que lo embargaban cada vez que estaba cerca del otro hombre. No podía seguir callando y quería desahogarse con la persona que amaba desde las sombras. Desde que conoció a Paul Saint—Jons en una librería de un modesto barrio londinense se había sentido exultante. Feliz. Sintió como si renaciera, y por eso había querido hacer algo al respecto. Había estado muerto tanto tiempo que ese sentimiento que se había despertado en él, como ningún otro desde que tenía once años, no podía quedar relegado al olvido. Sin saber como se habían hecho amigos, inseparables desde que Justin, el único amigo que le quedaba soltero a Paul, se había comprometido hacía apenas unas semanas con la nieta pequeña del Duque de Rosewood y hermana de Clare Stanton, una bella muchacha que no dejaba de perseguirle a todas horas a pesar de que le había demostrado una y otra vez su desinterés.

Recordó cómo sin esperarlo había sentido algo en Paul. Tal vez un reconocimiento de haber encontrado a su alma gemela. Tal vez fuese su imaginación o sus deseos desesperados de que aquello no fuese una vaga ilusión.

No sabía determinar lo que era pero estaba seguro de que sus sentimientos eran correspondidos y no iba a dejar pasar la oportunidad de saberlo. Ya nada le importaba. Su familia le había dado de lado, su prima, en quien había confiado ciegamente desde que tenía quince años le había traicionado contándole a su madre que él no era normal y, esa vieja arpía, que siempre había odiado a su madre, no había perdido un momento en irle con el cuento a su querido abuelo para predisponerlo en su contra.

Cuando el viejo Conde lo enfrentó no fue capaz de mentirle Le respetaba y quería demasiado para hacerlo. Ese era el motivo real de que, no más de seis meses atrás, hubiese reconocido a su tío Julián heredero en su afán de que alguien le proporcionase un nieto para perpetuar la estirpe. Si su abuelo que era la persona que más le importaba en el mundo, después de su querida madre naturalmente, lo sabía, ¿qué más le daba que la persona a quien amaba también lo descubriese? ¿Qué más podía perder? ¿Los amigos? En realidad no creía que los tuviese, teniendo en cuenta los comentarios despectivos que estos solían hacer hacia otros hombres con los instintos que el compartía sin saber que formaba parte de ese estrecho círculo.

En principio había sentido pavor de que Paul descubriese sus sentimientos, no obstante la decisión estuvo tomada unos meses después de ser desheredado por su abuelo. Por supuesto la versión oficial era que el Conde había reconocido finalmente a su hijo bastardo y que él, el que iba a ser el heredero, había cedido su lugar de buen grado a su tío. Pensando de nuevo en Paul decidió que no. Él no podía estar confundido, si no hubiese visto, aunque fuese de

manera fugaz, en Paul, los mismos sentimientos que él albergaba en su corazón, jamás hubiese dado ese paso.

El más importante de su vida.

—No se trata de negar nada —dijo Paul en un susurro al hombre que lo miraba desde su asiento en el banco de mármol rodeado de rosas blancas—, pero sabes que no puede ser. Tu ya has conseguido que tu abuelo te repudie y todo el mundo se pregunte qué ha ocurrido— Parecía frustrado e impotente—. Nadie se cree esa absurda historia que habéis contado. No es necesario fomentar más los chismes Anthony, te despedazarían, y a mí contigo.

—Sé que lo que te pido es un imposible en este mundo—Unas lágrimas asomaban peligrosamente por derramarse por las finamente esculpidas mejillas de Anthony—. Me conformo solo con saber si me amas, necesito algo que me empuje a seguir viviendo después de haberlo perdido todo por...

Paul cerró los ojos con fuerza para no ser testigo de la desesperación del hombre. De su Anthony, pensó con dolor, un dolor que no le era tan ajeno como el otro pensaba y, quien, con su cabello leonado y ojos azules, parecía la viva imagen del desconsuelo. No podía soportar hacerle daño. No cuando sus sentimientos eran totalmente correspondidos.

Se tocó la frente impotente. Lo que pedía no tenía sentido. ¿Para qué saber si él también lo amaba? No se podía hacer nada. El mundo, su mundo, no estaba preparado para enfrentar la situación de ver a dos hombres enamorados convivir en pareja. Mucho menos compartir una vida como un matrimonio normal, aquello no era normal. Y el sincerarse, demostrarle lo que sentía solo haría más dolorosa la situación. Más aún teniendo en cuenta que Paul había descubierto recientemente esos extraños sentimientos y, desde entonces, se le había hecho muy duro seguir con sus famosas visitas a prostíbulos y garitos para no tener que hacerles frente.

Pero ahora que Anthony había tenido el valor de abrirle su corazón. ¿Podría él hacer como si nada de eso, con lo que tantas noches había soñado, ocurriese de verdad? Como si una fuerza extraña tirase de él se puso de rodillas y con sumo cuidado le tomó aquella hermosa barbilla cuadrada acercándola a su rostro.

—Por supuesto que te amo, Tony —le susurró cariñosamente— te amaré aunque con ello me desgare el alma—. Aquellas simples palabras se le escaparon sin apenas darse cuenta y para su propia consternación.

El no había querido hacerlo, su cabeza le había indicado que no dijese nada. Le había ordenado a su cuerpo que se mantuviese inmóvil. No debería haber dicho nada. Se había convencido de que no debía. ¿Qué había pasado? Una fuerza extraña lo empujaba hacia el ser amado como si nada más importase, como si su vida careciese de sentido sin esa persona que le suplicaba amor sin exigirle nada a cambio. En aquel momento no había nadie más y su corazón colocó una venda a su raciocinio sintiéndose verdaderamente libre por primera vez en toda su depravada vida. Acercándose lentamente al rostro de Anthony le miró a los ojos como si estos pudieran decir todo lo que su corazón albergaba sin palabras. Él, que nunca había tenido problemas con el lenguaje, en aquellos momentos, lo más importantes de su corta existencia, se había quedado sin palabras.

Se acercaron poco a poco, temerosos de que alguno hiciese un movimiento que asustara al otro, pero en el momento en que sus bocas se tocaron algo explotó, una magia en el aire les hizo reconocerse mutuamente como dos mitades de un todo. Los dos hombres se besaron con una ternura desconocida para ambos.

Para Paul aquello fue una liberación, ya que por una vez estaba haciendo verdaderamente lo que su corazón y su cuerpo le pedían y no tenía que fingir con ninguna mujer un deseo que no sentía.

Para Anthony, fue como descubrir el amor, ya que se había mantenido totalmente célibe hasta ese momento por no ir contra sus principios de jugar con los sentimientos de ninguna

mujer para satisfacer las expectativas de los demás. Sus labios habían sido vírgenes hasta que había bebido de la boca de Paul. ¡Oh Dios! Aquello era el paraíso. Poco a poco el leve roce de sus labios se fue haciendo más audaz. Más profundo. Donde la pasión se iba abriendo camino entre ellos, exigiendo a Anthony que liberase todo el deseo de años contenido.

Paul detectó la inexperiencia del otro hombre y dio gracias mentalmente porque ambos pudieran experimentar aquel amor por primera vez. Juntos.

Con un hambre desmedida le separó los labios introduciendo su lengua salvajemente en la boca al otro hombre, provocando en éste un gemido de sorpresa... y placer.

—¿Qué estáis haciendo;—Preguntó con furia una voz desgraciadamente conocida para Paul, quien se quedó rígido debido a la impresión, provocando que se apartara de Anthony bruscamente, sintiendo como el mundo se habría bajo sus pies.

Lo que más había temido estaba ocurriendo. Había estado tan cegado por el deseo de estar con Anthony que no había tenido en cuenta que pudiesen ser descubiertos.

—¿Qué hace aquí Señorita Stanton? —Le preguntó Anthony con furia contenida a Clare mientras se separaba de Paul y se colocaba delante de este para protegerlo con su cuerpo de las pullas que aquella malcriada intentase lanzarle—. ¿Por qué no deja de perseguirme?

—¿Tratas de culparme a mí de algo? —Le preguntó la muchacha que no podía creer tal descaro. Aquello no podía estar pasando, su Anthony no podía ser un ... perverso.

—Clare por favor, no hagas ninguna escena —Le suplicó Paul desde atrás—. Todo esto tiene una explicación.

—¿Qué no haga qué Señor Saint—Jons?—Le espetó dolida—. ¿Por qué tú, Paul, tú, que eres como un miembro más de la familia? ¿Mi primo sabe de tus... asquerosas inclinaciones?—Aquello no podía ser. Eso era lo último que ella hubiese podido imaginar del hombre que amaba. Se sentía defraudada y engañada. Sentía mucho dolor. También se sentía traicionada por Paul, a quien quería tanto como a su primo Chris—. Dudo mucho que Christopher te permita acercarte a sus hijos cuando se entere de esto—soltó con todo el veneno del que fue capaz. Furia, rabia, impotencia. Su corazón era un torbellino de emociones a punto de explotar.

Anthony hubiese deseado estrangular allí mismo a la joven Lady Stanton pero entonces el escándalo sería aún mayor. Estaba obligado a proteger a su familia. Es más, debía proteger a Paul.

—Creo que he llegado un poco tarde.

Los tres se volvieron para ver a quien pertenecía aquella siniestra voz que salía de las sombras. Paul rezó mirando al cielo para suplicar porque allí no apareciera nadie más, aunque Anthony reconocería aquella voz grave y autoritaria en cualquier parte del mundo. Suspiró aliviado al reconocer la voz de su tío Julián. Aquella era la única persona que verdaderamente no lo había juzgado y había intentado comprenderle cuando su madre había llorado desconsolada al conocer sus inclinaciones, hasta su abuelo lo había repudiado, maldiciéndolo por no obedecerle en lo referente buscarse una esposa para curar su mal.

—Anthony, sal de aquí antes de que alguien más sea testigo de todo esto —Le ordenó a su sobrino—. Usted también Señor SaintJons —Su tono imperioso no daba lugar a réplica—. ¡Dense prisa!

Los dos hombres asintieron con gratitud mientras se adentraban en la oscuridad del jardín para no ser vistos, ignorando a aquella arpía y sus malvados comentarios. No podían asumir el riesgo de que alguien los encontrara y optasen por creer el cuento con que Clare Stanton quisiera entretener a la buena sociedad para salvar su orgullo herido.

Sin embargo, la audaz muchacha no estaba dispuesta a permitir que aquello acabara de forma tan brusca. Ella necesitaba dar rienda suelta a su decepción, su dolor y desconsuelo. A su mal genio. A sus ilusiones rotas, no iba a permitir que aquellos perversos escaparan de allí de rositas. Ella no iba a ser la única en sufrir.

—De eso ni hablar —Protestó Clare indignada colocándose justo delante de la única salida que daba al oscuro jardín—. No se moverá nadie hasta que lleguen los demás y...

—Yo me ocupo de la chica —Les tranquilizó Julián—. Demonios márchense.—Les urgió mientras apresaba a Clare en un fuerte abrazo que hizo que la joven contuviera la respiración debido a la exagerada presión que estaba ejerciendo sobre ella y al hecho de ser la primera vez que la abrazaba un hombre de aquella forma.

Paul detuvo su huida un instante dudando entre ayudar a Clare o salir corriendo, pero Anthony le tiró del brazo haciéndole un gesto negativo con la cabeza. Quiso creer que si se quedaban no habría vuelta atrás y confiaba en que Julián no le hiciera verdadero daño a la prima de Chris, por lo que desapareció por donde le había indicado el tío de su enamorado dejando a una rabiosa Clare detrás, sujeta por los poderosos brazos de Julián.

—Suélteme estúpido —le ordenó con furia y lágrimas en los ojos—. ¿No ve qué me está haciendo daño?

—No lo creo —le dijo con burla mientras admiraba aquellos ojos verde oscuro que lo miraban con rabia mal contenida, enmarcados en un rostro angelical en forma de corazón.

Aquello no era justo pensó Julián. Se pregunto como un ser tan hermoso podía ser a la vez tan mezquino y manipulador.

—No te moverás de aquí hasta que me prometas que no contarás nada de lo que ha ocurrido esta noche. Digamos que será nuestro pequeño secreto—Le ordenó con gesto amenazante.

Mientras hablaba la mantenía sujeta contra su cuerpo provocando que Clare se estremeciera al sentir la masculinidad del cuerpo de Julián apretado contra su pequeña cintura, aunque por supuesto la joven no sabía identificar a que se debía dicho escalofrío. ¡Aquello no podía estar pasando; Apenas la había tocado y su sangre se había encendido como una cerilla, menos mal que la inexperta muchacha no se había percatado de cuán excitado estaba. En ese caso, pensó con sorna, estaba convencido que su berrinche sería descomunal.

—¡O qué, Señor; ¿Acaso va a golpearme? —Le enfrentó la joven ajena a las turbulencias que recorrían el cuerpo del hombre—. Sabe, no creo que pueda obligarme a nada—Lo desafió alzando su bello rostro hacia él—. No tiene usted autoridad sobre mi persona.

El valor de aquella alocada joven lo tenía cautivado. ¿Se atrevía a hacer frente cuándo podría arrastrarla hasta un lugar apartado del oscuro jardín y aprovecharse de su inocencia sin que a nadie le diese tiempo a intervenir?. O era valiente, o ya se encontraba tramando un nuevo plan.

De otro lado, los sentimientos que embargaban a Clare eran muy diferentes de lo que percibía el hombre. Lo cierto era que lo único que quería era escapar a su dormitorio y llorar hasta desahogarse y no tener que aguantar las órdenes de aquel imbécil que había tenido que presenciar su humillación. A pesar de lo que ellos creyesen no iba a decir nada, jamás se rebajaría de aquella forma, sobre todo porque sería el hazmerreír en todas las salas de té de Londres cuando se descubriera que había intentado tenderle una trampa a un pervertido cuyas inclinaciones estaban totalmente contaminadas.

—¿Acaso tendré que convencerla? —Le preguntó en un tono burlón al ver que ella entrecerraba los ojos presa de la duda ante lo que él haría—. Créame Señorita —dijo en tono seductor—, puedo ser muy persuasivo si me lo propongo.

Al ver que Clare se mantenía en silencio debido a la cautela Julián decidió darle una lección a aquella joven orgullosa y malcriada. ¿Acaso creía que quedaría sin castigo por intentar engañar a su sobrino de aquella manera tan malvada? Ningún hombre debía verse obligado a cargar con una mujer que no había elegido ni comprometido voluntariamente. Le iba a demostrar que no. Además, disfrutaría dándole una lección que jamás olvidaría. Le enseñaría que jugar con fuego podía dejar graves quemaduras. Además, así podría saciar su curiosidad en lo referente al sabor de aquella pequeña y carnosa boquita.

Naturalmente, ardía en deseos de hacerlo.

Sin previo aviso se apoderó de la boca de la joven en un beso brutal que la dejó sin aliento. No hubo nada que la alertara de sus intenciones, ni ternura, ni seducción, ni mordisquitos amorosos para hacer que se rindiera voluntariamente a su asalto. Todo lo contrario. Aquello fue una total violación a su pequeña boca.

Le mordió los labios violentamente para obligarla a abrirlos al ver que tozudamente mantenía la boca cerrada, y le sostuvo la cabeza bruscamente con las manos, deshaciéndole el peinado con el violento movimiento mientras le introducía la lengua profundamente dentro de esta obligándola a responder a aquel asalto inesperado.

Clare no acertaba a comprender lo que estaba ocurriendo tan confusa como estaba después de los acontecimientos de la noche.

En un primer momento se resistió con todas sus fuerzas a que un desconocido maleducado osara ponerle las manos encima de una forma tan desconsiderada e indecorosa, pero al sentir el deseo del hombre, un deseo que había despertado ella con su persona, después de haber presenciado con dolor cómo el hombre de sus sueños nunca desearía besarla, ni casarse con ella, ni hacerle el amor... se dejó llevar por aquel arrebato de lujuria y respondió al beso con todo el ardor que fue capaz de sentir sorprendiendo con aquella reacción a Julián, quien la soltó bruscamente, a pesar de sus protestas, en el mismo instante en el que hacían su aparición Lady Winchester, madre de la joven, acompañada de Lady Talbot y su hija Jenny, quien parecía asombrada de verlo a él en aquella comprometida situación.

—¿Clare?—Pregunto Melinda Longwood, molesta y asombrada, a su rebelde hija, antes de dirigirse a Julián, a quien conocía gracias a su marido—. ¿Señor?

—¡Ooohhh Dios Santo;—Exclamó con falsa aflicción Lady Talbot disfrutando enormemente con aquella escandalosa escena—. Esto es un desastre querida Mel.—Su tono falsamente afectado no pasó desapercibo a Julián ni a la condesa.

Jenny miraba a Clare con gesto interrogante pero esta solo pudo encogerse de hombros negando con la cabeza, para acto seguido mirar a Julián, urgiéndolo a que diese una explicación aceptable al ser sorprendidos en tal situación, o al menos a que hiciera lo correcto. Lo que el honor indicaba a hacer en aquel momento.

Al parecer el hombre, a quien ella era la primera vez que veía, parecía no estar dispuesto a decir nada en su favor. Mucho menos a ofrecerse a reparar el posible daño que podía haber causado a su reputación con aquel asalto.

Al ver que pasaban los segundos sin que diera muestras de decir o hacer nada, solo se mantenía tercamente callado con aquella horrible sonrisa de medio lado, Clare tuvo que intervenir.

—Mamá, puedo explicarte—Miró a Julián con rencor por su in—diferencia ante lo que podría ser su destrucción social—. Esto no es lo que parece.

—¿Y qué parece exactamente?—Preguntó el hombre con soma.

En aquel momento hicieron su aparición Lady Sabina, hermana de Julián, y otra de las jóvenes que éste había visto hablando con el cerebro de aquel ardite.

—Veo que esto se va animando—Apostilló burlón porque la situación se le hubiese escapado de las manos a aquella pequeña manipuladora y ahora la que se viera en un apuro fuese ella y no su sobrino.

### III

Clare se preguntaba una y otra vez cómo habían podido llegar a aquel desastre. ¿Y quién era ese tal Julián que tan bruscamente la había besado? Aquello iba de mal en peor.

Nada, absolutamente nada había salido como lo había planeado.

—Espero una explicación— exigió Melinda en tono neutro. Siempre había sabido que Clare acabaría metida en algún tipo de escándalo algún día debido, tanto a su naturaleza impetuosa, como a su impaciencia—. Julián, Lord Strafford—se dirigió al hombre con reproche—, al menos vos podréis darme alguna explicación honorable.

—¿Querida —preguntó la madre de Jenny con fingida consternación—, de verdad espera algún tipo de reparación procedente de alguien como él?

Esa fue la malvada aportación de Lady Talbot a aquel escándalo que se encontraba en ciernes.

Melinda ni siquiera miró a su anfitriona. Mantuvo la vista fija en el hombre. A pesar de lo que la mayoría de sus pares decía de él, estaba segura de que era un hombre justo, honesto. Su amado esposo así se lo dijo después de que se lo presentara antes de que fuese reconocido como legítimo heredero por el viejo Conde de Strafford, hechos que muy pocos sabían.

—¿Clare? —Preguntó Rebeca sorprendida. La pobre chica estaba desconcertada. Había esperado el momento oportuno para acudir al lugar que Jenny les había indicado acompañada por la madre de Anthony, pero lo que sus ojos estaban viendo no era lo que ninguna de las tres había planeado encontrar —. Este Señor no es Ant...

—Por supuesto que no —Se apresuró a decir Julián antes de que el nombre de su sobrino apareciera en escena.

—Julián —le reprochó su hermana Sabina sorprendida—. No sé qué decir — Automáticamente dirigió su mirada a Clare—. Yo, pensé que la Señorita Stanton estaba enamorada de...

—Sabina por favor —la cortó Julián haciéndole señas para que no continuase por ese camino—, no es necesario dar más detalles de lo necesario sobre lo que ha ocurrido esta noche.

Su tono era duro, letal. Y su arrogancia no tenía límites, pensó Clare. El muy infeliz se tomaba aquella situación como algo divertido. ¿Quién era él para haberse interpuesto en su camino ayudando a Anthony a desaparecer? ¿Y quién era él para hacerla parecer ante los ojos de la buena sociedad como una joven casquivana? Sin duda aquello era lo peor que podría haber pasado.

Despacio dirigió su delicado rostro hacia el hombre que se erguía con cinismo a su lado para fijarse con atención en lo que antes, debido al estado de nervios al que se había visto sometida al descubrir a Paul con el hombre que amaba en el beso que debería haber sido para ella, le pasara desapercibido.

Casi se da de bruces contra el suelo.

Aquello no podía ser. Unas irreprimibles ganas de llorar hicieron presa en ella. No, no y mil veces no. Ese hombre representaba precisamente lo que siempre quiso evitar. Lo que no le gustaba y despreciaba.

—¿Lord Strafford? —Preguntó Rebeca confundida a todos los presentes y a ninguno en particular. Nosotras... quiero decir — se corrigió—, yo pensé que el futuro Conde era Anthony.

Julián arqueó una ceja burlona a su hermana para que fuese ella la que diese la gran noticia al tiempo que se percataba como la joven Stanton lo miraba con cara de incredulidad y horror. Al parecer a aquella malcriada muchachita no le había gustado como había acabado su malvado plan.

—No querida —dijo la mujer mayor con indecisión—, el legítimo heredero es Julián —dijo señalando a éste delicadamente—, es mi ... hermano.

—¿No te gusta lo que ves?—Le preguntó Julián a Clare en un tono inaudible para todos excepto para la actual Condesa de Winchester, la madre de esta.

—¡OH! —Exclamó llevándose sus pequeñas manos enguantadas a la boca en un gesto teatral, mientras recordaba su beso—. Es usted, usted es...

—El hombre al que tan ardientemente te agarrabas hace tan solo unos momentos, muchachita—Fue la dura y sorprendente respuesta de Julián.

Sin embargo, y aunque no había querido hacerlo, el volumen de su voz fue lo suficientemente alto como para que lo escuchasen todos los presentes.

—¡Qué desfachatez; —Exclamó Lady Talbot estupefacta—. ¡Qué falta de modales; Después de esto la reputación de Clare estará totalmente arruinada, Mel—Compadeció a la Condesa.

Jenny permanecía en silencio en apoyo a la diatriba de su madre en favor de las chicas jóvenes bien educadas y de estrictos códigos morales, mientras Rebeca la miraba con rencor. La joven siempre había sospechado de la otra y, estaba totalmente convencida, que todo aquello era culpa de esta. Nadie podría quitarle de la cabeza que había hecho algo para que el plan de Clare no saliera bien.

Por su lado Sabina estaba sorprendida por el comportamiento de Julián, aún así no le haría preguntas ni reproches delante de aquellas damas, estaba segura de que Anthony había estado metido en todo aquello y esperaría a que su hermano le contase los detalles. Había captado la señal para que guardara silencio, entendiendo que aquello era mucho más complicado de lo que parecía en un principio y no iba a abrir la boca para perjudicar a su único hijo.

—Está usted en lo cierto querida Señora — le dijo a la madre de Jenny mientras miraba a esta con cara de querer matarla—. La reputación de la Señorita Stanton posiblemente quede destrozada a partir de esta noche. Con su permiso.—Con una cortés inclinación de cabeza salió de allí en dirección al salón de baile para perderse entre la muchedumbre ante la mirada estupefacta de todas las mujeres presentes.

—Si me disculpan—se excusó Sabina, la hermana de Julián antes de desaparecer tras este.

—Jenny— llamó la vieja bruja a su hija con altanería—, acompáñame a tomar algo de beber, tanto alborozo ha destrozado mis delicados nervios.

—Creo que mi hermano... esto... pues, bueno, que me está buscando—Se disculpó Rebeca antes de marcharse, consciente de que Clare y su madre tenían que entablar una larga y poco agradable conversación.

Cuando se hubieron quedaron solas madre e hija, se miraron largamente, decidiendo el modo de afrontar tan bochornoso tema.

Melinda tenía cara de resignación y Clare de desconsuelo.

—Mamá — intentó explicarse Clare antes de que Melinda pudiera reprocharle nada—, no es lo que crees—Tenía lágrimas en los ojos y finalmente se derrumbó—. Todo ha salido mal, yo—se sorbió la nariz delicadamente con su fino pañuelo de encaje blanco—, no esperaba que las cosas sucedieran de este modo. Ni siquiera conozco a ese hombre—dijo disculpándose—, ni siquiera es el tipo de hombre que me gusta.

—¿Ah, no? —preguntó su madre escéptica arqueando una delicada ceja rubia—. Dudo que a alguien no le guste ese tipo de hombre, querida—A pesar de las circunstancias podía entender perfectamente que Clare se hubiese dejado seducir por alguien del atractivo de Julián Penfried, aunque no estaba dispuesta a darle esa información a su hija.

—Pues a mí, no —chilló histérica—, yo, es decir, quiero alguien delicado, de finos rasgos y temperamento dulce — estaba acorralada—, no un patán maleducado, sin el más mínimo

sentido del honor —Se volvió a sorber la nariz—. Puedo explicarlo todo— dijo en un susurro. Tendría que contarle a su madre la verdad.

—Eso espero — dijo fríamente Mel que no se sentía conmovida por las lágrimas de su hija. La conocía demasiado bien como para creerse su actuación. Sin duda estaba exagerando para que su castigo no fuese tan severo como se merecía por su descocado comportamiento—. Ahora ven conmigo, salgamos por el jardín — dijo tomando el mismo rumbo que habían seguido Anthony y Paul antes de desaparecer—, no creo que sea prudente volver al salón de baile en este momento — tomando la mano de Clare la condujo por un pequeño sendero que daba al lugar donde estaba estacionado su carruaje—. Con toda seguridad las Talbot ya habrán in—formado a todos los asistentes de tu pequeña actuación en el jardín con el hijo del Conde de Strafford.

\*\*\*\*\*

Clare no dejaba de pasearse por el despacho de la casa que el viejo Conde de Strafford tenía en la ciudad. Había pasado una semana desde el desafortunado incidente en el baile de las Talbot con el hijo del Conde y tío de Anthony, según le había informado Rebeca al día siguiente, sin que el hombre se hubiese puesto en contacto con su familia para pedir su mano después de haber sido descubiertos en tan bochornosas circunstancias.

Su situación era totalmente desesperada.

Había pasado de ser la sensación de la temporada al escándalo de la misma en apenas cuestión de minutos, exactamente el tiempo que tardó la madre de Jenny en informar a todo el mundo de su atroz comportamiento. Pero lo peor era que al contarle a su madre toda la verdad de lo ocurrido, de como había intentado hacer caer a Anthony en una trampa para que se casase con ella y como Julián la había descubierto, besándola contra su voluntad para que no le creara problemas a su sobrino mientras éste se quitaba de en medio, su madre le había dado enteramente la razón al hombre. Incluso su padrastro, Eduardo, que en un principio quiso retar a duelo a Julián, la miró con horror al descubrir las maquinaciones de las que había sido capaz para obligar al joven a desposarla, retirándole el apoyo que siempre le había brindado como esposo de su madre.

Menos mal que su abuelo en aquellos momentos se encontraba en París. Enfrentar al temible Duque de Rosewood y ver en sus ojos la decepción habría sido el peor de todos los castigos que pudiera soportar. Para colmo, tampoco podía recurrir a sus hermanas ya que en esos momentos estaban en Escocia visitando a la familia de Justin, el prometido de Sarah.

Se detuvo frente al gran ventanal mientras contemplaba el jardín delantero de la gran casa plagado de rosas amarillas, su color favorito. En fin, menos era nada, al menos el color de las flores era de su agrado. Tal vez aquello no fuera tan terrible después de todo. Ya había tomado una decisión y pensaba llevarla a cabo a cualquier precio.

Tenía que conseguir que Julián se casara con ella aunque tuviera que llorar o gritar, incluso suplicarle de rodillas. Si era necesario llegaría al chantaje, aunque este sería su último recurso. Lo único que le quedaba claro era que no podía permitir que su honor quedara tan irremediabilmente destrozado.

Siendo objetiva y, mirándolo por el lado bueno, al menos su fú turo esposo, porque así consideraba ya al tío de Anthony, no era ni un hombre mayor ni desagradable a la vista. Es más, tenía que reconocer que era demasiado atractivo para su gusto, demasiado varonil, muy ... cómo decirlo delicadamente ...tremendamente masculino. Y, sobre todo, lo peor de toda aquella desagradable situación, era que tenía toda la pinta de ser un hombre autoritario y acostumbrado a salirse siempre con la suya. Pero en fin, después de haber sido tachada de liberal por la mayoría de las madres de las debutantes de la temporada, no le quedaba otra opción que intentar poner remedio a su situación por la vía del matrimonio con la persona que

había provocado tal escándalo. Era la única forma de no verse excluida de por vida de su círculo social.

—Señorita Stanton —dijo una profunda voz desde la puerta abierta de la estancia—, no esperaba encontrarla en mi casa después de lo que ocurrió la otra noche—. Su voz sonaba divertida para disgusto de Clare. Espero que no haya venido a por más de mis lecciones.

—Señor dijo con un formal saludo—. Si estoy aquí es porque tenemos un asunto pendiente.

"¡Ah!, ya veo. En realidad Julián no sabía que podría haber impulsado a esa alocada joven a acudir a su casa a una hora tan temprana.

La estudió con detenimiento. Lo cierto era que a la luz del día el impacto de su aspecto era todavía más arrebatador que en la semioscuridad del jardín y, sin quererlo, se quedó mirando embelesado aquella pequeña boquita en forma de corazón que le había perseguido en sueños desde la noche del baile de la cuñada de su hermana. Sin poder evitarlo acabó fijándose en el atuendo de esta, quien llevaba un sencillo traje celeste floreado a juego con un pequeño sombrero que ocultaba su espectacular cabellera rubia.

—¿Viene usted sin una acompañante? —Le preguntó bruscamente cuando se percató de que estaba sola, en su despacho. Esperándolo.

Clare se sonrojó.

—¿Acaso es mi reputación la que le preocupa? —Le preguntó con dolor. Sin embargo al ver que él la seguía mirando sin pronunciar palabra decidió ir al grano—. He venido sola —Le contestó respondiendo a su pregunta—. No quería que mi madre me impidiera hablar con usted.

—Es una insensata —la regañó hiriente mientras entraba en el despacho y cerraba la puerta, recostándose sobre ella—. Después del escándalo que provocó la otra noche —le recordó incrédulo—, no me explico como se arriesga de esta forma viniendo a mi casa cuando todo el mundo sabe que vivo solo.

—¿Su padre no está?—Preguntó sorprendida al darse cuenta de que no se había parado a pensar en aquel detalle. Ella había creído en todo momento que el viejo Conde estaría en la casa. Es más, esperaba poner el viejo de su parte, ya que Becky le había dicho que Julián tenía 28 años y que su padre no lo dejaba en paz con la idea del matrimonio y la llegada de un nieto. Claro que Becky se limitaba a repetirle los rumores que su tía siempre le confiaba en el desayuno.

Al ver la desilusión en aquellos felinos ojos verdes oscurecidos por el temor, Julián se ablandó un poco.

—Bien—dijo indicándole que tomara asiento en un pequeño sofá que había frente a la chimenea—, ya que está aquí, dígame a que debo el placer de su visita —Si Clare captó el cinismo en la forma de hablar de Julián decidió ignorarlo por su propio bien.

—Pues verás— sé valiente Clare, se dijo dándose ánimos mentalmente. Su futuro dependía de aquel enfrentamiento—. He venido a exigirle que se case conmigo—le soltó en tono resuelto y con toda la naturalidad del mundo.

Julián la miró espantado.

Ya en el baile había decidido que esa joven era demasiado descarada y manipuladora para su gusto, pero...¡demonios!. Venir a exigirle a su propia casa que se casara con ella rayaba en la insolencia y el despropósito.

—Perdón Señorita...

—Llámeme Clare —le dijo con una sonrisa todo hoyuelos que logró distraer por un momento al hombre de lo que iba a decir—, después de todo vamos a casarnos.

—Vaya —opte por reírse ante su osadía mientras tomaba asiento frente a ella —, de verdad que es usted cómica—le dijo risueño. Jamás la habría creído capaz de pedirlo en matrimonio. ¡Diablos con la Señorita Stanton!

—¡Cómica; —Exclamó indignada Clare levantándose bruscamente del sofá para pegarle un golpe tras otro a Julián con su pequeño bolso y descargar así la frustración que sentía desde aquella desdichada noche—. ¿Le parece cómico descubrir que el hombre del que estoy enamorada prefiere la compañía masculina a la mía? —Siguió golpeándolo ante la mirada cargada de sorpresa de Julián—. ¿Le parece cómico qué además de eso sea objeto del escándalo de la temporada? ¡YO;—exclamó señalándose—. ¿Sabe que podría haber escogido a cualquier hombre como esposo? ¡El que hubiera deseado;—dijo con un sollozo—. ¿Acaso no ve lo que me ha hecho?—Julián olvidó por un momento lo que pensaba de Clare para empezar a sentirse mal por el daño que le había ocasionado conscientemente con el objetivo de darle un escarnio—. ¡Para mi desgracia mi única opción de casarme honorablemente es con usted mentecato;

La miraba perplejo.

En verdad pretendía casarse con él.

Con una media sonrisa la miró con burla. Nunca se hubiese imaginado un arranque de furia y mal genio en una señorita tan bien educada como aquella. Si parecía una verdulera del barrio donde él había crecido y no una delicada joven de sangre azul. Tomándole las muñecas con sus poderosas manos para que dejara de golpearle en el pecho la atrajo hacía sí, colocándola sobre sus rodillas.

—Usted sola se ha buscado lo que ahora le está pasando, querida—Lo dijo en un susurro duro muy cerca de su rostro, provocando que Clare se quedara enmudecida contemplando aquellos ojos azul oscuro que la miraban de un modo tan perturbador. Su mirada se desvió un momento a un mechón de pelo castaño oscuro que le había caído descuidadamente sobre el ojo derecho al hombre y, de haber tenido las manos libres, seguramente hubiese intentado apartárselo de aquel rostro endiabladamente sexy. ¿Sexy? Recuerda que no te gusta. Este será un matrimonio de conveniencia. Es un ser despreciable.

—¿Se casara conmigo, por favor? —Le preguntó con mirada suplicante.

Julián la contemplaba absorto en aquel rostro angelical que le rogaba que fuese su esposo. Su esposo. Su marido. Su dueño. ¿Acaso se daba cuenta de lo que le pedía? Le estaba dando el control absoluto sobre su vida, sobre su persona.

Julián reaccionó sin saber cómo.

¡POR SUPUESTO QUE LO SABÍA; Esa taimada muchachita estaba utilizando los clásicos trucos femeninos para obligarlo a hacer lo que ella quería. Las lágrimas asomando a sus ojos, los labios humedecidos esperando a ser besados, su mirada suplicante, ¡menuda actriz; Si el no la hubiese descubierto cuando tramaba su plan con aquellas otras dos arpías podría haberlo engañado en aquellos momentos, pero por desgracia para Lady Stanton, él no era ningún tonto.

—No—le dijo secamente.

—¿No?—Exclamó Clare enfurecida olvidando todo intento de parecer frágil ante el hombre—. ¿Por qué no?, ¿Acaso espera encontrar a alguien más hermosa o de familia más noble que la mía?— Estaba que se la llevaban los demonios. Ni con su mejor actuación podía engañar a este patán de hombre.

—Sencillamente —le respondió con burla—, no eres mi tipo.

Ante semejante declaración Clare no supo que decir. ¿Qué había querido decir con aquello? Cualquier hombre la consideraría su tipo. Solo había que echarle un vistazo. Achicando los ojos decidió utilizar el último recurso que le quedaba. No le gustaba en absoluto llegara tal extremo, pero Julián Penfried se lo había buscado.

—Cuando me besó en la terraza de la casa de Lady Talbot no parecía desagradarle... mi tipo—le recordó apretando los dientes.

—Bueno —le dijo con mirada retadora—, tal vez si me besa usted de nuevo recupero un poco la memoria y decida que sí que me gustan las rubias platino.

Sus rostros se habían acercado casi sin darse cuenta. Casi. Porque Julián era plenamente consciente del delicado cuerpo que sostenía en su regazo y de la pequeña boca que no paraba de morderse el labio superior nerviosamente mientras decidía si debía besarle para conseguir su propósito. Estaba deseando comprobar hasta donde era capaz de llegar por conseguir su objetivo, es decir a él.

—Julián necesito hablar con—ti—go—lo llamó Sabina mientras abría la puerta del que fuera el despacho de su padre y ahora de su hermano —.¡Lady Stanton! ¿Se puede saber qué hace aquí—dijo señalando a Clare—, con él —la mujer parecía no dar crédito a lo que sus ojos le decían—, después del escándalo que se ha montado?

A la hermana de Julián parecía que le fuese a dar un patatús en cualquier momento.

Precipitadamente Clare se levanto de su regazo deseando que se la tragara la tierra. Por suerte Lady Sabina no parecía ser tan mezquina como Lady Talbot. Ella no divulgaría que la había encontrado sentada en el regazo de Julián en el despacho de éste. O al menos eso esperaba.

—Siento que me hay ...quiero decir que nos haya descubierto en esta delicada situación —Dijo a modo de disculpa aunque en realidad no parecía en absoluto arrepentida. Miró a Julián un momento, quien la miraba a su vez con el gesto fruncido, como a la expectativa—. He venido a ultimar con su hermano los detalles de nuestro próximo enlace —Le explicó con una sonrisa.

—¿Enlace? —Preguntó Sabina sorprendida mirando a Julián quien le decía que no con la cabeza.

—Naturalmente —Asintió Clare.

—De eso ni hablar —protestó el hombre—, no le hagas caso, está chiflada— Menuda descarada. De la que se había librado Anthony.

—Querido —le dijo en tono meloso—, no hace falta que le ocultes nada a tu hermana —colocándose bien el sombrero y haciendo como si se arreglara el vestido continuó ante la mirada amenazadora del hombre y la sorprendida de la mujer—. Después de todo vamos a ser cuñadas. ¿No querrán ustedes que el escándalo sea todavía más bochornoso cuando se descubra cual era el verdadero motivo de que yo me encontrase en el jardín en aquel momento?— Sabina soltó un grito ahogado y Julián un juramento.

—¡No te atreverás bruja! —decidió que el estrangulamiento no sería suficiente para ella.

—Ya no tengo nada que perder querido —Le dijo con una falsa sonrisa llena de hoyuelos, nada atemorizada—, tú te has encargado de ello.

—Lady Stanton por favor...—Le suplicó Sabina comprendiendo lo que la joven quería decir.

—Solo él puede arreglar este desbarajuste—le dijo a la mujer haciendo de tripas corazón. Aquello no estaba bien, ella lo sabía, pero era su única salida —. Si al final de la semana no he tenido noticias tuyas—le dijo con frialdad—, créame que no será solo mi nombre el que correrá de boca en boca por todo Londres, es más —le señaló achicando sus espectaculares ojos verdes—, creo que una vez que salga a la luz el otro escándalo el mío será nimio comparado con aquel.

—¡Zorra! —Le espetó Julián, que se levantó del sillón de un salto con una gracia felina que asustó a Clare quien salió en estampida de la habitación en dirección a la puerta de la calle, mientras Sabina intentaba detener a su hermano, quien tenía intenciones de darle una buena tunda a aquella malcriada.

—Julián — le suplicó su hermana mientras intentaba evitar que alcanzara a la joven—, tienes que hacer algo. Esto no puede trascender.

—¿Crees que debo casarme con esa arpía?—Le preguntó furioso y soltó de nuevo un juramento ante la mirada de desconsuelo de Sabina.

Clare se dirigió a su casa inmediatamente después de salir de la de Julián. Se había librado por los pelos de que este la alcanzara y estaba completamente segura de que le hubiese hecho cualquier barbaridad. Incluso darle una paliza de la que se hubiese acordado de por vida. Por un momento llegó a temer por su vida, pero gracias a Dios que Sabina estaba allí y consiguió detenerle, al menos hasta que ella se hubo marchado.

No había querido decirle nada a su madre de sus intenciones de hablar con semejante villano porque seguramente esta no hubiese aprobado que se rebajara tanto. Sobre todo teniendo en cuenta que había decidido utilizar la información que tenía sobre Anthony y sus perversas inclinaciones amorosas para obligarlo a que se casara con ella. Hecho que le había ocultado deliberadamente a esta para no sentirse más humillada de lo que ya lo estaba.

Anthony, suspiró con pesar.

¿Cómo podía haberle hecho aquello? Había pasado ya una semana y todavía era incapaz de recordar aquella dantesca escena con dolor y asco. Ella lo amaba, lo quería como esposo. Había soñado con sus besos, sus caricias. Su bello rostro, su delicadeza, la forma en que recitaba poesía... nunca iba a perdonarle el dolor y la humillación que le había causado.

La impotencia.

Si le hubiese encontrado con otra mujer, a lo mejor hubiese podido luchar, después de todo ella era hermosa, sin embargo... ¿Cómo se luchaba contra un hombre? El deseo que Anthony sintiera por Paul sería muy diferente del que podría despertarle ella, si es que lo conseguía. Recordó a Paul entre maldiciones. ¿Y pensar qué por su culpa Anthony se había vuelto perverso? Estaba completamente segura que aquello era responsabilidad del amigo de su primo. El muy canalla le había destrozado la vida interponiéndose en su camino. A ella, que le quería como a un hermano mayor y siempre había admirado su encanto y facilidad para embaucar a cualquier dama que se propusiera. ¡JA! Paparruchas. Todo era una farsa. Una careta que se ponía ante el mundo para no descubrir su verdadera naturaleza corrupta.

Bien, pensó con decisión una vez que estuvo de nuevo en su dormitorio. Ella iba a vengarse de Paul por el mal que le había ocasionado enamorando impunemente a su querido Anthony.

Le causaría el mismo dolor que él le había provocado a ella, lo desprestigiaría delante de Chris para que este le negara su amistad y le vería sufrir. Le haría sentir lo mismo que ella estaba sintiendo en aquellos momentos en los que muchas de sus amistades le habían dado la espalda.

Le demostraría que ella no era ninguna niñita estúpida que se dejara pisotear.

Si tocaba sufrir, muy bien, pero lo haría en compañía.

Sentándose delante de su escritorio tomó la pluma que el mismo Paul le regaló el día de su quinceavo cumpleaños y acomodándose tranquilamente empezó su venganza.

“Querido primo Chris...”

## IV

Clare se mantenía totalmente en silencio. Hacía apenas unas horas que ella y Julián se habían casado y habían partido hacia Brighton de inmediato, donde su esposo había decidido que pasarían la luna de miel. Ella no había querido ponerle objeciones a los planes que este albergara hacia su matrimonio por temor a que se retractara de su forzosa petición de mano, por lo que intentó aparentar ser todo un mar de dulzura y sumisión. Al menos por el momento.

Estaba segura de que había actuado de la mejor manera posible teniendo en cuenta las circunstancias. Ese hombre era quien la había llevado al oprobio social, no tenía por qué sentirse tan ofendido si ella, a pesar de haber tenido que recurrir al chantaje, le hubiese indicado el camino correcto para enmendar la situación. A pesar de la rabia de Julián, estaba contenta. Todo había salido perfectamente bien y según los dictámenes que marcaban el honor y la decencia, además, una vez que estuvieran devuelta en Londres todo cambiaría. La volverían a recibir en los salones de té de las grandes damas de sociedad y le volverían a llover las invitaciones para que asistiera a los bailes de la temporada. Claro está, esta vez con la libertad de una mujer casada. No era tan malo después de todo, así que sonrió satisfecha.

Se miró su mano derecha admirando el sencillo anillo de oro que Julián le había comprado como regalo de bodas. Al menos había tenido ese detalle, pensó con ironía. Ya que en todo momento le había hecho saber que su matrimonio no iba a ser el lecho de rosas que ella esperaba. Esas fueron unas de las pocas palabras que cruzaron después de la ceremonia, que se había celebrado diez días después de la visita de Clare a la casa de su actual marido, con la intención de obligarlo a casarse con ella para arreglar el daño que le había causado.

Su irónico esposo había necesitado toda una semana para decidirse a ir a su casa y hablar con su madre sobre enmendar la desastrosa situación, le dijo a esta, en la cual había colocado a su hija mediana.

Aunque Melinda, su temperamental madre, no puso objeciones al enlace, sí parecía que no estaba totalmente convencida de las honorables intenciones del futuro conde, sino que sospechó que el hombre actuaba de aquella forma porque se veía obligado a ello por algún motivo oculto, que al parecer parecía preocuparlo aún más, que el hecho de tener que cargar con su impulsiva hija.

Después de que Julián abandonara su casa con el consentimiento de Mel para que desposara a Clare en el plazo de tres días, en lo que sería una ceremonia íntima, intentó sonsacarle a Clare acerca del verdadero motivo que había provocado el cambio de actitud en Julián, más aún cuando en un principio parecía dispuesto a condenarla a ser una paria social.

No le sirvió de nada. Clare se hizo la tonta intentando convencer a su madre de que ella no había tenido nada que ver en su decisión, sino que con total seguridad el hombre había pensado desde el principio en desposarla pero había querido darle una lección. Ante la mirada de incredulidad de su madre, Clare se había alzado de hombros y la ignoró como si poco le importara qué había motivado el cambio mientras este se hubiera producido.

Volviendo su atención a su reciente esposo hizo un pequeño mohín de disgusto. Lo cierto era que ella no entendía por qué estaba tan enojado. ¡Ni en sueños Julián hubiese podido encontrar una mujer mejor que ella para ser su esposa; Su linaje, su fortuna, su familia ... estaban muy por encima de la suya. Si no era capaz de ver las ventajas de su matrimonio y, entender que en aquella situación, era él quien se encontraba en desventaja, es que era un estúpido. Solo necesitaría tiempo para darse cuenta que había salido ganando con todo aquello.

En realidad, la que había salido perjudicada era ella, quien había tenido que conformarse con un hombre a quien nunca hubiese considerado como posible candidato a esposo.

Lo más desagradable había sido tener que casarse con tanto sigilo y premura, ya que su gran ilusión había sido hacer una celebración por todo lo alto donde acudieran todas sus amistades y elogiaran su atuendo de novia. Siempre había querido presumir de ser una de las novias más bellas de Londres. Simples fantasías. Eso es lo que eran. En fin, suspiró con resignación, no podía tener todo lo que deseaba. Al menos por el momento.

La boda había sido algo íntimo. Tanto, que solo acudieron su madre, Eduardo, su padrastro, y su primo Christopher, que en aquellos momentos se encontraba en Londres y que partiría en unos días hacia Stirling a reencontrarse con su esposa. Por supuesto Lady Sabina y Lord Strafford por parte de su esposo. El único verdaderamente feliz con el enlace había sido su suegro.

Aunque en cierto modo tenía que agradecerles que al menos no le hubiesen impuesto la presencia de Anthony. Ella dudaba de que hubiese podido seguir con su plan de casarse con el tío del hombre por el que aún lloraba su corazón. No obstante no le demostraría a su esposo lo contenta que estaba con ese matrimonio ni con el hecho de saber cómo se había encargado este de acelerar los trámites para su enlace, gracias a una dispensa especial, que con total seguridad habría obtenido gracias a su primo Chris.

De hecho sí que estaba contenta, es más, estaba exultante de que todo hubiese salido como lo había planeado para no tener que llevar el estigma del escándalo sobre su cabeza. Muchas de las matronas nobles que la habían calificado de ligera, pensó con maldad, ahora tendrían que tragarse sus burlas y comentarios hirientes, ya que había conseguido casarse mucho antes que aquellos pajarillos asustados a los que custodiaban. Ya se encargaría de ponerlas en su lugar cuando volviera a encontrarse con ellas.

Miró de soslayo a su esposo. ESPOSO. ¡Vaya! Tendría que empezar a pensar en él como lo que era. Un hombre que desde hacía unas horas había adquirido derechos sobre su vida y sobre su cuerpo. Sin poder evitarlo un grito ahogado escapó de su garganta al pensar en las implicaciones del poder camal que le había otorgado al casarse con él, detalle que había pasado por alto hasta ese momento.

Tragando saliva lentamente intentó tranquilizarse.

Con lo furioso que estaba con ella, no desearía consumir el matrimonio tan pronto. Al menos confiaba en ello. Después de todo no se habían visto a solas desde el día en que fue a su casa para indicarle el camino correcto a seguir con respecto a ella. No es que estuviera orgullosa de su comportamiento, pero estaba completamente segura de que la culpa no era solo suya. Si el hubiese actuado voluntariamente como correspondía, ella no hubiese tenido que recurrir al chantaje. Además, Julián debía ser consciente de que su matrimonio era de pura conveniencia, él quería proteger a su sobrino y ella su buen nombre. Y todos felices.

No había razones para pensar que Julián, no sabía por qué pero le gustaba su nombre, quisiera entablar intimidad con ella esa misma noche. Lo mejor sería esperar. Sí, eso sería lo mejor, es más, si pretendía otra cosa ya se encargaría de ponerlo en su lugar. Aún era demasiado pronto. Primero tendrían que conocerse más. ¿No esperaba que lo recibiera en su cama con los brazos abiertos? O, ¿quizás se equivocaba?

Por su parte, Julián evitaba mirar a su arrogante esposa debido a la frustración que sentía de haberse visto obligado a casarse con ella, por lo que se había concentrado en las vistas que le proporcionaba la ventanilla de su lado del carruaje.

Nunca, nunca debió acceder a los ruegos y lloros de su hermana Sabina, pensó con irritación. Ya estaba harto de que esta se aprovechara continuamente de su vulnerabilidad respecto a ella y a su sobrino. De no haber sido porque su padre amenazara con dejar en la calle a su hermana y a Anthony le habría encantado decirle al viejo donde podía meterse su tardío amor fraternal. Sin embargo Sabina siempre le había tratado con el amor y la

consideración de un hermano mayor aunque este hubiese nacido fuera del matrimonio y, fue el difunto esposo de su hermana, el que le ayudó a financiar su primer proyecto empresarial cuando nadie más lo hizo. ¡Dios!, pero aquello era demasiado. Después de todo había sacrificado su vida al casarse con aquella arpía en beneficio de su sobrino. ¿Pero quién le garantizaba que la muy perra no desvelara el secreto de Anthony una vez casada y con la seguridad que le brindaba su apellido?

Nadie y, por lo poco que la conocía, no estaba seguro de que aquello no fuese a ocurrir muy pronto. Mirando de soslayo a su mujer apretó los dientes en un gesto de impotencia.

Al menos la muy descarada tuvo la sensatez de permanecer en silencio toda la ceremonia y también después, mientras estuvieron preparando el carruaje para salir de inmediato hacia Brighton, donde poseía una pequeña casa desde hacía varios años gracias a los beneficios obtenidos con su primera fábrica.

Su refugio, como le gustaba considerarla, no se parecía en nada a las reliquias a las que estaba acostumbrada aquella niña mimada, sino todo lo contrario. Era una construcción nueva, una casa pequeña situada en un lugar privilegiado frente al mar con apenas ocho habitaciones, distribuidas en dos plantas, seis en la primera y dos en la segunda. Estaba edificada de tal forma que la última planta, donde se encontraban las dos habitaciones, no se veían desde el exterior porque casi toda la planta la formaba una gigantesca terraza. Suspiró quedamente, consolándose al pensar que allí al menos estaría en su territorio, sin tener que seguir los estúpidos códigos sociales adquiridos por su repentina ascensión social al verse reconocido por su endiablado padre, quien no había dejado ni un solo instante de indicarle los beneficios que un enlace con una de las nietas del Duque de Rosewood, uno de los pares más importantes del reino, podría traer a la familia. Como tampoco tendría que aguantar estoicamente los intentos de su nueva esposa por manipularlo, sino que le soltaría cuatro frescas amparado por el aislamiento al que la llevaba.

¡Maldita su suerte! Ahora tendría que cargar con aquella malcriada indefinidamente.

La miró un momento. En verdad la muy perra era hermosa. Extremadamente y, por supuesto, se pavoneaba por donde iban alardeando de la gracia que le había concedido la naturaleza con aquel cuerpo menudo y curvilíneo y ese rostro angelical que no daba muestras del perverso corazón, y la mente maquiavélica, de la que hacía gala su dueña. Sí, pensó irritado, estaba muy segura de sí misma, aunque él se encargaría de hacerle saber quien era el amo y señor de su casa, por muy noble y pura que fuese la sangre de esta y a él lo acompañara el estigma de la bastardía.

Inspiró conteniendo el aliento cuando vio que ella se pasaba la lengua por el labio superior, como si estuviera relamiéndose de algo de lo que se acordara.

Se aflojó el nudo del corbatín en un intento de relajarse.

Mesándose el cabello pensó que hacía demasiado calor en aquel coche. Por suerte pronto estarían en su casa y podría acercarse al mar a tomar un refrescante baño para pensar con claridad. El mar era lo único que de verdad valoraba en la vida. Lo que más amaba y veneraba, porque gracias a él, en parte, había hecho una fortuna de la nada, todo se lo debía a él, por eso lo adoraba como a un Dios, además de considerarlo indestructible, fuerte, hermoso. Ingovernable. Sin poder evitarlo lo comparó con su esposa y se recriminó por ello. El mar era transparente, ella no.

Lo cierto es que fue un acierto comprar aquella pequeña casita tan cerca de la playa. La persona que la construyó debió ser sumamente inteligente ya que estaba asentada en lo alto de un pequeño risco, algunos metros sobre el nivel del agua, con lo cual las vistas hacia este eran magníficas, así como el fácil acceso a la pequeña cala. Dicho acceso se encontraba semioculto por un bosque lleno de ancianos robles, tan altos y bellos que hacían imposible divisar la casa. Pero lo mejor de todo, pensó con satisfacción intentando desviar sus pensamientos de la boca

de su esposa, era que podía accederse a la playa por un pequeño sendero que solo él y unos cuantos amigos conocían y que no pensaba revelarles a su mujer.

El mismo que él pensaba tomar en cuanto llegasen.

Volviendo a mirarla pensó en su noche de bodas. Ya se le había ocurrido la posibilidad de que aquella intentara domesticarlo por medio del sexo, por eso había decidido mantenerse alejado de ella hasta que hubiere trazado un plan por medio del cual verse libre nuevamente. La muy tonta se iba a llevar un gran fiasco aquella noche, él no pensaba ponerle una mano encima a esta en el plazo de un año, así al menos podría pedir una anulación después de transcurrido ese tiempo, que era el mismo que le había dado a su sobrino para buscar una solución a la situación con la que se encontrarían en cuanto se separara de aquella joven.

Mirando de nuevo a Clare tragó saliva con violencia. Aquella iba a ser la empresa más difícil en la que se hubiese embarcado nunca.

¡UN AÑO conviviendo con ella;

## V

Cuando se apearon del coche para dirigirse a la entrada de la casa, Clare estaba inmensamente emocionada. Nunca había sabido de las propiedades que el Conde de Strafford tenía en Brighton y mira que se había informado concienzudamente sobre lo que heredaría Anthony cuando su abuelo muriese. Una siempre tenía que ir un paso por delante de su marido, pensó con nostalgia recordando la frase que continuamente le repetía a Becky cuando le pedía, o más bien la obligaba, a recabar información sobre la familia del hombre que había elegido como esposo.

Jamás se hubiese imaginado que hubiese un lugar en toda Inglaterra tan bello. Tal vez el efecto óptico de que aquella pequeña casa, en comparación con las propiedades de su familia claro está, estuviese blanqueada, como las casas que había visto en España, en medio de aquel hermoso bosque en contraste con el azul del mar, desde luego era un hermoso cuadro.

Aún en el coche, comprobó con cara de asombro como su marido entraba en la casa sin anunciarse, abriendo él mismo la gran puerta de madera pintada de rojo, e ignorándola por completo. Esa falta de modales consiguió enfurecerla un poco, pero decidió controlar su mal genio y actuar con inteligencia. Solo en cuestión de tiempo que ese hombre enfurruñado estuviese comiendo de su mano. Solo es cuestión de tiempo, se prometió con una sonrisa. Ya verá usted caballero como se arrodilla ante mí para suplicarme por mis favores en menos de una semana.

—¡ Julián; —Lo llamó siguiéndolo con pasos cortos pero ligeros por el gran recibidor hasta llegar a una enorme biblioteca cuyos grandes ventanales daban directamente al mar—. ¡Oh!—Exclamó encantada—. ¡Qué maravilla; —Se olvidó por un momento de su esposo y se acercó a la gran ventana abierta, donde una brisa marina agitaba sus cabellos haciendo que algunos mechones dorados se soltaran de su elaborado peinado nupcial. Ante aquel bello atardecer, todos los Julianes y esposos del mundo podían irse al infierno, pensó con regocijo, encerrando en algún lugar de su mente el lugar en el que se encontraba y la razón de su estancia allí.

Cuando Julián la descubrió en aquella estancia se la quedó mirando sin saber que hacer o que decir. Estaba atardeciendo y los últimos rayos del sol mientras se iba ocultando por el oeste, enmarcaban el bello rostro de Clare, lanzando destellos dorados desde su espectacular pelo casi blanco.

Parecía tan irreal.

Su esposa tenía las mejillas sonrosadas, debido a que las ventanas estaban abiertas, y sus ojos resplandecían de dicha mientras contemplaba el mar. Observó tragando saliva como aquel verde pecaminoso de sus ojos se había oscurecido de emoción.

Contuvo el aliento. ¿Se oscurecían de la misma forma cuándo estuviese consumida por la pasión? Resopló violentamente. Después de todo aquel matrimonio iba a ser una dura prteba para su autocontrol y ya no creía que un simple chapuzón en el frío mar fuese capaz de aplacar su ardor.

—No esperaba que el lugar fuese tan hermoso —le dijo la mujer con buen humor pero sin dejar de mirar por el gran ventanal.

—Yo tampoco—le contestó el hombre con un graznido en el lugar de su voz, incapaz de moverse de donde estaba por temor de quebrar su voluntad de no tocarla.

El niveo vestido blanco que Clare había utilizado para casarse con él en aquella modesta ceremonia no hacía sino acrecentar la ilusión de estar ante una ninfa. Estaba convenció que ella no se lo había quitado para hacerle ver en todo momento lo que había ocurrido esa mañana.

Se habían casado. Eran uno del otro.

—Me gustaría ir a la playa—le pidió soñadora—, la última vez que vi el mar fue en España, cuando tenía doce años.

Al ver que él se mantenía en silencio siguió con su historia como si no le importase que no le prestase atención. Estaba tan entusiasmada con la idea de meterse en el agua que parecía haber olvidado que aquello no era un matrimonio de verdad, que ellos no eran una pareja común. Que ninguno de los dos aguantaba al otro.

—Mi madre nos llevó a Málaga a mi hermana Sarah y a mí para que las tres acompañáramos al primo Chris en su búsqueda de mi hermana Anne —Sonrió con añoranza—. Pasamos unos momentos inolvidables, sobre todo cuando Eduardo, mi padrastro—le dijo a modo de explicación con voz risueña por los agradables recuerdos—, nos llevó a la playa malagueña para que tomásemos unos baños bajo el ardiente sol de Andalucía. El mar era tan azul. Aún sueño con ell...

—Veré si Geoffrey se encuentra en la casa —la cortó como si no le interesase lo que aquella muchacha le estaba contando—, todo ha sido tan precipitado que no he tenido tiempo de contratar un servicio adecuado para ti—La miró un momento—. Supongo que necesitarás una doncella.

—¿Nadie cuida de la casa?—Le preguntó Clare volviéndose directamente hacia él sin dar muestras de enfado porque su marido la hubiese ignorado mientras le hablaba.

Lo cierto es que sí que estaba furiosa. Normalmente sus pretendientes estaban absortos en cada una de las palabras que ella pronunciaba.

Al parecer su Julián no era uno de ellos.

—Geoffrey y su esposa Mary se encargan de todo—Le explicó antes de salir del saloncito—, veré si están. Mañana si quieres podemos empezar por lo de tu doncella y el personal que consideres necesario.

—No te molestes —le dijo su mujer con mirada retadora—, lo digo por lo de la doncella. Y cuanta menos gente merodee por aquí mejor— Sonrió satisfecha. Él pensaba que era una malcriada que necesitaba de personas a su alrededor para que se lo hicieran todo. Pues ella iba a demostrarle que se equivocaba . Creo que como solo somos nosotros dos nos la apañaremos bien con ellos, además, al estar de luna de miel a nadie le extrañará que no recibamos —Le lanzó una sonrisa llena de hoyuelos al ver que la miraba sorprendido—. Después de todo faltan un par de semanas para que acabe la temporada y no habrá mucha gente a quien evitar.

—Estoy de acuerdo—asintió escuetamente antes de salir de la estancia y se enfadó aún más cuando mientras se dirigía a las habitaciones de servicio escuchó la risa melodiosa de su mujer.

¡ARPÍA!

\*\*\*\*\*

Estaba bastante sorprendida.

La casa era preciosa, decorada con un gusto exquisito y muy elegante, adecuada para un hombre soltero y de vastos recursos. De eso no cabía duda. Todas las paredes estaban empapeladas con un delicado tono beige y había cuadros de paisajes en casi todos los pasillos. Los muebles eran de color marrón oscuro y en todo irradiaba la sencillez y el buen gusto. Se veía que todo era muy innovador y de gran calidad. No parecía la típica casa heredada de varios antepasados con muebles propios de cada época, sino todo lo contrario, daba la sensación de que todo lo que allí había se había construido especialmente para esa pequeña residencia de verano.

Para una persona en concreto, un hombre en particular, su marido.

Tuvo que reconocer a regañadientes que eso le gustaba.

Mostraba un poco del carácter de Julián.

Aunque ella no fuese muy aficionada a la lectura, a no ser que se tratara de las tragedias de Shakespeare que siempre conseguían emocionarla, tenía que reconocer que en aquella inmensa biblioteca había invertida una gran fortuna y, aunque desconocía el motivo, le parecía que si alguien había sido capaz de innovar el mobiliario combinándolo con siglos de sabiduría escrita junto con obras actuales aunque mal vistas por su exclusivo círculo de amistades, es que debía ser una persona fascinante.

Saliendo de la biblioteca acudió al encuentro de su esposo para que le indicara donde se encontraban las habitaciones de la Señora de la casa. Como normal general su lugar era el contiguo a los aposentos del Señor, pero, se dijo encogiéndose de hombros, con ese hombre malhumorado una se podía esperar cualquier cosa.

Subió al piso de arriba abriendo todas y cada una de las habitaciones intentando localizar a Julián o, al menos, sus bolsas de viaje, pero no encontró nada de lo que buscaba.

Ya había abierto las seis habitaciones de esa planta y nada. ¡Donde diantres se habría metido su adorable esposo;

Un pensamiento amargo le cruzó la mente. ¿Estaria Julián tratando de evitarla? Ah, no, de eso ni hablar. No le iba a permitir que la abandonara en aquel lugar en su luna de miel. Sentía escalofríos solo de pensar que alguien pudiese enterarse de semejante humillación. Al menos el muy estúpido debería haber considerado que tendrían que guardar las apariencias. Entrecerró los ojos mirando de nuevo la escalera decidida a aventurarse al segundo y último piso. Desde fuera de la casa ese último piso parecía más pequeño que los demás.

## VI

—¿Estás seguro de lo que haces?—Preguntaba la incrédula voz de un hombre que Clare no llegaba a identificar. Podría afirmar que era la primera vez que la oía, ya que en caso contrario la hubiese reconocido. Se percató de que tenía un acento extraño, característico de las personas del este, aunque no creía recordar haber conocido a nadie de aquellas tierras con aquel tono de voz.

—Completamente —Escuchó la dura voz de su esposo con algo parecido a la irritación—. No pienso encadenarme a una mujer por la que no siento el menor respeto—Julián suspiró mientras tomaba un largo trago de whisky.

—No sé amigo—dijo el hombre—, tal vez no estas siendo razonable—El extraño parecía dudar de algo—. Ya que te has casado con la chica, creo que lo mejor que puedes hacer es intentar que esto funcione.

—Esto—dijo su esposo entre dientes—, ha sido fruto de un chantaje. La muy zorra me obligó a casarme con ella.

Clare se llevó una mano a la garganta por la conmoción de la que fue presa cuando oyó a Julián hablar de ella de aquella forma tan poco ...poco ..., no era capaz de encontrar la palabra adecuada, pero estaba segura que no merecía tal desconsideración por parte de su marido. Un esposo no debía hablar así de la que sería la futura madre de sus hijos. Aquello no era ni mucho menos aceptable sino que era abominable. Suspirando lentamente para contener su creciente enojo, intentó no hacer ruido en un intento de no ser descubierta, ya que no pensaba marcharse de allí hasta escuchar por boca de su marido todo lo que éste tenía que decir acerca de ella. ¡Que desembuchara de una vez para saber a que atenerse; Jamás habría osado escuchar aquella conversación ajena si al pasar por delante de la puerta de la gran biblioteca, en dirección a la cocina en busca de la Señora Storm, no hubiese oído su nombre.

Le picó la curiosidad ya que no entendía el comportamiento de Julián desde su llegada a aquella casa. ¡Y menos mal que se había quedado a escuchar;

En aquellos dolorosos momentos se alegraba de haberlo hecho. Al menos conocía los duros sentimientos de su marido hacia su persona. El muy canalla la había llamado ...¡ZORRA;

—...no pienso hacerla mi mujer.

Los ojos de Clare se salieron de sus órbitas al captar las últimas palabras de una frase de la que se había perdido el comienzo. ¿Qué pretendía decir su marido con aquello?

—Si es cierto lo que me han dicho en cuanto al aspecto de la muchacha —volvió a decir el hombre con aquel peculiar acento—, lo vas a tener muy, pero que muy difícil—Debía de estar sonriendo por el tono jocosos con que dijo esto último—. Dicen que su belleza no tiene parangón, y tú, querido mío ... no eres precisamente, lo que se dije un monje—Soltó una carcajada muy poco elegante, como si fuese un lacayo maleducado hablando con un amigo.

—No será para siempre—le explicó Julián haciendo caso omiso del comentario de Pietri sobre el aspecto de Clare—, ella se ha creído más lista que yo, sin embargo —lo escuchó reír entre dientes. Una risa que a Clare le puso los pelos de punta.—, este matrimonio no durará más de un año. Ese es el único plazo que le he dado a mi hermana para consentir en esta farsa. Después de ese tiempo pediré una anulación alegando que no se ha consumado el matrimonio.

—¿Una anulación?—Su amigo parecía tan desconcertado como ella misma.

—Por supuesto tendré que desahogar mi apetito en otro lugar— continuó el hombre—, tendría que ser un santo para no desear hacerla mía.

—Olvidaba que a la hora de idear estrategias no hay quien pueda contigo —Se mofó su amigo—. Pero creo que subestimas a la chica. ¿Y si la dama se cansa de esperar que la hagas

una mujer y decide probar por su cuenta?—Pietri tenía ganas de conocer a la mujer que había podido obligar a su amigo a hacer algo que no quería. Se postraría a sus pies en cuanto apareciera solo para ver la reacción de Julián—. ¿Cómo demostrarás que no has sido tú quien la ha ...

—Si intenta una treta como esa para obligarme a seguir casado con ella—Su rostro se volvió completamente frío—, ten por seguro que la mato.

—¡Oh!, que inteligente de tu parte—Volvió a burlarse el hombre—. Casi ni te reconozco—Le confió Pietri extrañado—. No pareces tu mismo, nunca te ha gustado repartir golpes de forma tan altruista.

—Lo tengo todo planeado—Lo ignoró—. Será difícil mantenerme alejado de ella, pero es necesario para lograr sacarla de mi vida—Le explicó Julián intentando olvidar el comentario de Pietri acerca del posible adulterio de su mujer—. En el hipotético caso de que quiera armar bronca—se carcajeó—, todos pensarán que lo hace por despecho al verse repudiada y nadie creará lo que diga.

—Estas siendo un poco egoísta, ¿y que hay de los sentimientos de la joven?—Clare adoró al tal Pietri en aquel momento por preocuparse por sus sentimientos.

—Supones demasiado al creer que lo que late entre su pecho es algo más que un músculo—Julián se estaba enfadando por la preocupación que demostraba su amigo por aquella estúpida.

—Creo que lo que te ocurre es que no has podido perdonarle que te obligara a casarte...

Clare ya no pudo oír nada más.

Así que ese era el verdadero motivo de que en las últimas tres noches desde su llegada a Brighton, su esposo no hubiese hecho el menor intento de acercarse íntimamente a ella. ¿Iba a despacharla como si fuese un trapo viejo? Todos pensarían que algo malo le pasaba.

Inservible como mujer de nadie.

Perdió el color del semblante y se apoyó en la pared empapelada de beige junto a la puerta de la biblioteca para no caerse.

¡Y ella que pensaba que estaba dándole tiempo para que se acostumbrara a él! ¡Ooohhh! ¡Cómo deseaba patearle el trasero por semejante infamia; Maldito imbécil, ¿acaso no sabía apreciar la suerte que había tenido al casarse con ella? ¡Por todos los Santos; Sí que era necio.

Decidió que se acabó ser la esposa sumisa que ese miserable había conocido hasta ese momento. Le iba a enseñar las garras y le haría probar sus uñas ya que tanto la vilipendiaba por Alo. Nadie se reía de ella, mucho menos un bastardo venido a más.

Tomando aire lentamente se calmó un poco y decidió irrumpir en la conversación que aquellos dos malvados hombres estaban teniendo a su costa, riéndose de ella como si no tuviese valor alguno como persona ni teniendo en cuenta sus delicados sentimientos. Sí, porque aunque la creyesen incapaz de sentir nada, ella era una buena persona y no le gustaba hacer daño a los demás, al menos sin motivo alguno claro. Otra cosa muy distinta es que fuese capaz de luchar con todas las armas a su alcance para conseguir sus fines.

Volviéndose para mirarse en uno de los espejos que había en el corredor que daba a las escaleras de acceso a las habitaciones del primer piso, estudió su aspecto de forma crítica. Llevaba el cabello recogido en un rodete en lo alto de la cabeza porque no había tenido ganas de perder el tiempo acicalándose ya que tenía pensado bajar a la playa esa mañana. Se miró un momento y decidió que debía utilizar todas sus armas para que Julián se tragara sus palabras y la tomara en cuenta de una vez como lo que era. Su esposa.

Debía parecer una mujer dispuesta para el amor.

Deseable, deseosa de complacer a su hombre.

Frunció el ceño ante ese pensamiento, bueno, al menos debía de parecerlo. Se soltó el cabello y este le calló lacio por la espalda como si de un manto blanco se tratara. Lo tenía muy espeso y brillante y siempre conseguía atraer todas las miradas hacia él cuando lo tenía

bien arreglado. ¿Qué no conseguiría con aquella espesa cabellera suelta hasta su cintura? Desde luego pensaba averiguarlo. Se pellizó un poco las mejillas para darles algo de color porque debido a lo que acababa de oír había perdido este por completo y, como no, se estudió satisfecha, se bajó el escote del sencillo vestido de seda verde oscuro que llevaba de mangas cortas y abullonadas y cintura estrecha con el objetivo de acentuar su femenino cuerpo para cuando entrara en la biblioteca.

Por suerte no se había puesto aros en la falda, así las curvas de su cuerpo se harían más evidentes cuando exagerara sus movimientos al andar.

Una sonrisa inocente se dibujó en su delicado rostro. Era consciente de que parecía un ángel y precisamente esa era su mejor arma, sabía como aprovecharse de ello. Un ángel vengador, se dijo.

Si Julián quería guerra la iba a tener, y en ese mismo instante

—No entiendo qué es lo que te pasa— le decía una y otra vez Clare con mirada compungida a Julián mientras este se paseaba por su dormitorio como un perro enjaulado—. Creo que estas exagerando, ya te he explicado que no sabía que teníamos visita—Lo cierto es que sus hermanas siempre habían tenido razón al calificarla en experta en montar dramas.

¿Qué es lo que no entiendes?—Le repetía una y otra vez sin atreverse a mirarla a la cara por miedo a perder el control de sus actos. Deseaba darle una buena tunda, sobre todo lo deseaba porque estaba completamente seguro de que se burlaba de él.

—Pues no entiendo... ¿porqué te has enfadado tanto? Le preguntó Clare inocentemente pero con una interior satisfacción felina. Nunca hubiese apostado por aquella reacción de su marido, pero estaba infinitamente contenta de haber sido la causante de su mal humor—. No ha sido culpa mía Le volvió a explicar encogiéndose de hombros.

El hombre se paró en seco delante de su esposa como si no pudiera creer que fuese tan tonta.

Desde luego lo parecía.

Mira que presentarse en la biblioteca de aquella forma. Había entrado como una tromba en su busca sin percatarse de que tenía un invitado. Al menos eso es lo que repetía una y otra vez desde que la trajo a rastras a su dormitorio para poder sermonearla a gusto. ¡Ah no! Pero lo peor del caso era la forma tan poco apropiada en la que lo había hecho. Iba descalza, corriendo con las faldas levantadas luciendo unas piernas espectaculares, el pelo suelto y el escote tan bajo que dejaba muy poco a la imaginación. Al verlo se había lanzado literalmente en sus brazos gritando que había visto un ratón en su dormitorio.

—¿No te das cuenta qué no puedes ir por ahí de esa forma vestida?—Le espetó—. ¿Acaso olvidas que eres una mujer casada y que solo yo tengo derecho a verte...—Se paró en seco. ¿Qué demonios iba a decir? Contento, se reconvino mentalmente. Ella pretende sacarte de tus casillas, le dijo una voz interior.

Recordando las carcajadas de Pietri se enfureció aun más consigo mismo. ¿Qué es lo que había dicho su amigo mientras se reía mandíbula batiente? Ah sí, le había mirado con lástima deseándole buena suerte mientras su mirada hambrienta se posaba en los tobillos desnudos de Clare recorriendo todo su cuerpo hasta llegar a su rostro y quedarse sin palabras.

—No pensé que teníamos visita, nadie me ha advertido de que había alguien contigo —se excusó Clare—, además, tampoco esperes que iba a pararme a pensar en el decoro después de ver un ratón en mi cama.

Julián la miró con suspicacia. De un momento a otro había pasado de un total estado de contricción a enfurruñarse con él, como si la culpa de que se hubiese colado un roedor en su habitación la tuviera él mismo.

—Así no vamos a llegar a ninguna parte—Suspiró mesándose bruscamente los cabellos.

—No te entiendo—Ahora la mirada de Clare era directa y especuladora.

El hombre se volvió a mirar por la ventana en un intento de apartar la vista de la tentadora ninfa que se encontraba sentada en la enorme cama, pero consciente en todo momento del olor que desprendía la piel de ella en aquella estancia que por segundos se le iba haciendo más pequeña. ¿Desde cuando había dejado de usar perfume? Aquel olor era peor que cualquier imagen. Oía a hembra.

—¿Puedes explicarme qué es lo que te molesta tanto?

—No quiero que vuelvas a aparecer con esa indumentaria tan poco apropiada, eso es todo—Al decir esto se volvió a mirarla y se quedó mudo al tenerla tan cerca, a escasos centímetros de él. ¡Diablos, estaba tan alterado que apenas la había oído moverse;

—Lo siento, no volveré a ir descalza, reconozco que no ha sido... ¿apropiado?—Clare se había acercado a él consciente de que su marido no estaba en su mejor momento y que había conseguido hacer una grieta en esa aurea de seguridad que lo envolvía.

—Exactamente —Julián estaba aturdido—. No es correcto que andes por ahí con las faldas levantadas ni el pelo suelto, además— casi se atraganta ante su hipocresía, a él le encantaban las mujeres atrevidas—...

—¿Si?—Lo instó.

—... debes usar vestidos más recatados, adecuados a tu condición mujer casada.

—Está bien —consintió Clare para asombro de su esposo que creía que iba a tener que pelear con ella para conseguir que le hiciera caso—, haré lo necesario para ser una buena esposa.

Al decir esto último le lanzó una brillante sonrisa, una de esas que hacía que se marcaran los hoyuelos de sus delicadas mejillas, por lo que Julián lanzó una torpe excusa acerca de ayudar a Geoffrey con alguna tarea y salió despavorido de la habitación.

Clare se volvió a mirar la puerta por la que su esposo se batió retirada con mirada triunfal. ¿Un año había dicho? Ella no le daba ni una semana.

\* \* \* \* \*

Ya en la biblioteca, Julián comenzó a analizar su delicada situación. Estaba atrapado en un matrimonio que detestaba, con una mujer que no quería pero que lo atraía sin misericordia. Se había hecho el propósito de mantener las manos apartadas de ella y, hasta esa misma mañana, lo había conseguido con éxito. Naturalmente, teniendo en cuenta, que su delicada esposita, en los últimos días, parecía contenta de que Julián la hubiese dejado tranquila en cuanto al hecho de consumir su matrimonio. Y por supuesto su labor de evitar cualquier contacto físico con ella había salido victoriosa, al menos por el momento. Sin embargo, a pesar suyo, tenía que reconocer que si situaciones como las de aquel día se volvían repetir, dudaba mucho de que consiguiera una anulación.

Aún recordaba la mirada que Pietri le dirigió a su mujer cuando entró chillando y dando brincos en la biblioteca, interrumpiendo sin el menor pudor una conversación privada. Al principio él también quedó sobresaltado por el aspecto desaliñado que presentaba Clare en aquel momento, preguntándose sin poder evitarlo el aspecto que tendría tumbada desnuda, en su cama, con su pelo lacio y suelto como única vestimenta. Para colmo de males la chica había saltado descaradamente a su regazo sin darle opción a hacer nada por evitarlo, puesto que se había agarrado fuertemente a su pechera suplicándole que fuese a su dormitorio a atrapar al horrible ratón que había osado meterse en su cama. Recordó con dolor como su

cuerpo había reaccionado al contacto de aquel pequeño trasero que se movía inquieto sobre su regazo y, como Pietri, para su enojo, se la comía con los ojos. Incluso había deseado partirle la nariz allí mismo a su amigo por si se le había ocurrido pensar en ofrecerse voluntario para ocupar su lugar en el lecho de su esposa, tal como había sugerido momentos antes. En lo que a mujeres se refería era mejor no fiarse de este, ya que su buen juicio se veían en la mayoría de las veces nublado por su voraz apetito.

No comprendía bien qué lo había alterado más, si el hecho de que Clare hubiese aparecido de aquella forma inesperada o que en vez de disculparse por su aspecto y salir de la biblioteca para adecentarse como dictaban las normas de la buena sociedad, o que por el contrario hubiera osado quedarse allí, una vez que Julián la había calmado claro, dándole la bienvenida a su amigo y alentándolo con sus sonrisas a que se quedara todo el tiempo que estimara conveniente con ellos. Ante esa invitación sin su consentimiento, Julián no tuvo más remedio que saltar, y con un ladrido le dijo que Pietri estaba allí por negocios y que se marchaba enseguida. Por suerte el hombre no lo contradijo sino que soltó una estruendosa carcajada que no hizo otra cosa que provocarlo aún más, más aún cuando al percatarse de que aquella belleza de ojos verde oscuro era su esposa, le deseó buena suerte.

Suspiró largamente mientras contemplaba el mar por el amplio ventanal.

Él había albergado ilusiones de mantener las distancias si el año que se había prometido transcurría en la más absoluta calma, como lo habían hecho los tres días desde que se casó con Lady Stanton. Incluso se había confiado en que sería así. Desde la tarde que llegaron a Brighton una cordialidad forzada se había instalado entre ellos. Julián la trataba con formalidad y ella le devolvía la cortesía, todo muy serio, muy distante, más aún cuando solo se veían para las comidas ya que Clare andaba todo el día detrás de su abuela, sin saberlo, y Julián se encerraba en la biblioteca, donde aprovechaba para revisar la documentación que le enviaba su abogado desde Londres, donde se encontraban tres de sus fábricas.

No sabía por qué, pero sospechaba que la tregua había tocado a su fin. Eso lo aterraba.

Se dijo que solo le quedaba aguantar los embates de su esposa o morir en el intento, aunque lucharía hasta la muerte antes de darle la satisfacción a su obligada esposa de salir vencedora de aquella contienda.

Como que era hijo de Lindsey Storm que aquello no ocurriría. No había nacido aún la mujer que lo obligara a hacer algo que no quisiera y saliera indemne de ello.

¡Por todos los demonios; ¡Iba a necesitar un chapuzón urgente!

## VII

—Buenos días Señora —le dijo la adorable mujer mayor mientras descorría las cortinas de su dormitorio para que la luz de la mañana entrara a raudales inundando su adormecido rostro—. Le complacerá saber que mi Geoffrey ha atrapado a su asaltante.

—¿Asaltante?—Mientras se desperezaba delicadamente se preguntó que de que rayos estaría hablando su ama de llaves ... y de todo lo que se hiciera en aquella pequeña y encantadora casa.

—El ratón—Mary Storm la miró con picardía, como si compartieran un secreto.

—Oh...ese ratón—Desearía que la tierra la tragara allí mismo por haber sido descubierta en una mentira. Desconocía el motivo, pero no quería causarle una impresión equivocada a esa mujer. Le inspiraba una gran ternura.

—Mi esposo lo ha atrapado—le explicó ante el desconcierto de la joven—. Así que no tendrá que andar por ahí en mitad de la noche temerosa de que la muerda.

—Gr ...racias—¿Qué otra cosa podía decir si lo del ratón había sido un invento suyo para atraer la atención de Julián? Y al parecer todos en aquella casa estaban al tanto de su teatral actuación. Incluso su marido aunque había optado por actuar como si la creyera.

—No las merece—Dijo sonriendo mientras se marchaba aprisa después de haber abierto todas sus ventanas, pero justo antes de salir por la puerta del dormitorio de la joven se volvió como si una idea le hubiese venido repentinamente a la cabeza—. Por cierto, hace un día maravilloso, he pensado que podría apetecerle ir a nadar un rato— Lo dijo como al descuido aunque Clare notó cierta emoción en su voz.

Ante esa sugerencia su rostro se iluminó provocando que aparecieran sus pronunciados hoyuelos. En principio se había sentido estupefacta y, como no, avergonzada de que una persona del servicio doméstico le señalara tan a las claras que la había oído cuando caminaba en mitad de la noche esperando el regreso de su nada atento marido, aunque decidió pasar por alto aquella indiscreción debido a la forma tan cálida con que la Señora Storm solía dirigirse a ella, la trataba como si tuviera derecho a hacerlo. Seguramente Mary no estaba acostumbrada a servir a personas de su noble rango, por lo que debía perdonarle ese pequeño desliz. Es más, creía sinceramente que la culpa era suya por haberle dado tantas confianzas a la mujer y a su marido. ¡Si casi los trataba como a parientes; Desde que llegara a Brighton y debido a que no tenía con quien hablar, siempre andaba detrás de Mary para contarle o pedirle algo. Si más que sirvienta parecía su abuela, claro que también podía influir el hecho de que ni la mujer ni su esposo llevaran uniforme, y que sus ropas, a pesar de no ser excesivamente costosas, eran de muy buena calidad. Por lo que uno nunca hubiese pensado que eran los que mantenían la casa en buen estado cuando su esposo no estaba en ella, o le servían cuando aparecía.

Desechando por un momento estos pensamientos se centró nuevamente en Julián, entrecerrando los ojos al recordar como no había conseguido pegar ojo en toda la noche debido a su atroz comportamiento. Recordó con indignación que no hizo acto de presencia en la cena ni después de pasada la media noche y, que por ese motivo, decidió irse a dormir furiosa debido a la falta de consideración de su marido. ¡Al menos podría haber mandado un mensajero para anunciar que no estaría allí; El muy truhán la había dejado esperando de forma consciente, le había hecho un desaire deliberadamente. Juró que en vez de corazón debía de albergar una piedra en su pecho. ¿Cómo podía irse de juerga en plena luna de miel? ¿Qué pensaría la gente si llegara a enterarse? Aunque para ser sincera, más que luna de miel podría decirse que era de hiel, tan distanciados como estaban el uno del otro, sobre todo después del incidente con el amigo de su esposo en la biblioteca la mañana anterior. Y ella

que pensaba que con su actuación conseguiría atraerlo hacia su cama. ¡Ja! El muy canalla se había ido de juerga y apenas recordaba haberlo oído llegar.

Se le saltaron las lágrimas de la frustración que sentía al pensar que se había quedado esperando ansiosa de poder escuchar sus pasos cuando entrara en la habitación contigua a la suya para acudir a su encuentro y decirle cuatro verdades. Sin embargo ni ese consuelo había podido tener. Julián decidió pasar de largo y subir al piso superior donde se había encerrado en una de las dos enormes habitaciones que allí había. Recordó llena de vergüenza como lo había seguido y había intentado abrir la puerta tras la que se ocultaba, aunque fue inútil. Su marido se encerró con llave desde el interior y no hacía caso a sus reclamos para que abriera la puerta y la dejara entrar.

Lo cierto, recordó con vergüenza, es que la noche anterior se había comportado como una auténtica verdulera, gritando y dando patadas a la puerta tras la que se encontraba su esposo para obligarlo a que la dejara pasar.

Cuando se hubo cansado de gritar, se había quedado allí, mirando la puerta que la separaba del hombre con el que se había casado, más de quince minutos interminables, hasta que se dio por vencida y echó a correr de vuelta a su dormitorio donde se tiró en su enorme cama, sola, a llorar desconsoladamente. No por él, se repitió una y otra vez, sino por el hecho de que la tratara con tan poca consideración cuando tantos otros se hubieran sentido dichosos y afortunados de que se le hubiese concedido su mano.

Jamás en toda su corta vida, nunca, nunca nadie había osado ignorarla de la forma en que Julián lo hacía. Sin poder evitarlo se acordó de Anthony. Aquel descarriado era el culpable de todo aquello cuanto le sucedía, de no haber sido tan perverso ahora estarían felizmente casados y ella jamás habría conocido a su actual marido. No estaría ligada a esa endiablada familia, donde al sobrino le gustaba besar a los hombres y al tío ignorar a jóvenes y hermosas doncellas.

Clare estaba convencida de que el hombre del que se enamoró nunca la habría tratado con tanta indiferencia, su delicadeza no le permitiría portarse mal con nadie. Ella siempre vio la bondad en Anthony y, ni siquiera una esposa no deseada e impuesta, lo llevaría al punto de comportarse con la mezquindad que lo hacía Julián.

—Gracias Señora Storm— le respondió a la mujer dedicándole una sincera sonrisa una vez de vuelta a su triste realidad—, al día siguiente de llegar a Brighton intenté bajar hasta la playa para caminar un poco, pero al parecer el camino es demasiado empinado y angosto para mí—se encogió de hombros mientras se sentaba en la cama recogiendo el sedoso y dorado cabello en un improvisado moño—. Me arañé toda en mi intento y, a mi pesar—dijo encogiéndose de hombros desilusionada—, tengo que reconocer que no se me da bien ninguna clase de ejercicio físico. ¡Ni siquiera me gusta montar a caballo;

Mary notó la desilusión en la voz de la muchacha y decidió intervenir. Le daba mucha pena verla tan desamparada y sola en aquel hermoso lugar. Desconocía los motivos que empujaban a su nieto a tratarla de aquella forma tan fría e insensible, pero ello no quería decir que ella tuviese que seguir los pasos de Julián, no estaba en su naturaleza portarse mal con nadie, y mucho menos mentir sin ningún sentido, como estaban haciendo con aquella pobre muchacha.

—Existe un camino que lleva hasta una pequeña cala de muy fácil acceso—Le confesó en voz baja.

—¿De verdad?—Preguntó Clare incrédula.

—Hasta yo misma, con mis torpes huesos lo he tomado en varias ocasiones para pasear por la playa junto a Geoffrey—Le confió la mujer—. Vamos —animó a la joven al ver el brillo de la esperanza reflejada en su joven rostro—, póngase el traje de baño que yo le indico el camino. La esperaré en la cocina—le dijo mientras cerraba suavemente la puerta del dormitorio—, no tarde.

En el momento en el que se cerró la puerta de la estancia, Clare saltó de la cama deseosa de tomar un baño de agua salada. ¡Por fin tenía algo que hacer que la llenara de dicha desde su llegada; Lo había hecho en contadas ocasiones pero era de las experiencias más fabulosas de su vida. El sentir la inmensidad del mar sobre el cuerpo de una y notar como sus miembros flotaban era una sensación difícilmente olvidable. Asomándose a la ventana de su habitación aspiró lentamente la densa brisa marina. Era mediodía y el sol estaba alto, por lo que la hora debía ser la idónea para ese ansiado chapuzón, así que se apresuró a abrir su armario y ponerse el traje de baño ella misma. Sonriendo decidió que aquel iba a ser un día memorable.

¡Oh; Se detuvo en seco al mirar la prenda con disgusto. Empezábamos mal, pensó mirando la horrible vestimenta.

El color no la favorecía en absoluto, pero su madre quiso que se lo confeccionaran en azul marino para que no se transparentase nada del cuerpo al contacto con el agua. Tomando la prenda con cara de pocos amigos se la colocó sobre el cuerpo haciendo ascos. Estaba compuesto de dos piezas, la parte superior; que se entallaba a su figura hasta por debajo de las caderas, ¡y gracias a dios no tenía ballenas;!, estaba rematado por encaje del mismo tono azul que la tela del traje, y no tenía mangas por decisión de la propia Clare a disgusto de Melinda. Por otra parte, estaba la inferior, que eran unos pololos anchos los cuales le llevaban hasta los tobillos, que igualmente acababan en un delgado encaje azul marino. El atuendo lo completaba un pequeño gorrito, del mismo color e igualmente ribeteado de encaje, que servía para cubrirle el cabello. Sin embargo optó por no ponerse aquel complemento ya que lo consideraba molesto e innecesario por cuanto el pelo se mojaba de la misma forma lo llevase o no.

Recogiéndose este hacia atrás en una coleta se puso los zuecos de madera que le regalara su padastro, hacía dos primaveras, y el albornoz blanco de delicadísima lana, encima del traje, apresurándose a ir en busca de la Señora Storm para que le indicara el camino correcto a seguir hasta la playa. Quería salir cuanto antes de allí y así evitar toparse con su desagradable marido, quien seguramente estaría durmiendo la mona.

Mientras se dirigía hacia la playa por el estrecho sendero que le había indicado Mary, Clare no dejaba de pensar en su penosa situación. Llevaba apenas cinco días de casada y su vida era un infierno. Peor aún, era una horrible pesadilla de la que esperaba poder despertar algún día. Ella podía entender que Julián estuviese molesto por haberlo obligado a casarse con ella, pero hasta el punto de querer convivir con ella un año para luego desecharla como un trazo viejo y usado era inhumano, sobre todo teniendo en cuenta que lo que no había conseguido el escándalo que se formó cuando fueron sorprendidos en ese ardoroso abrazo en el jardín de la casa de las Talbot, lo lograría este otro si llegaba a pedirse la anulación por parte de Julián debido al motivo que pretendía alegar.

¿Por qué no quería olvidar los motivos que los habían llevado a aquella situación e intentaba cooperar para que aquello funcionara?. Después de todo ella no era ninguna loca ni estaba en absoluto lisiada. Por más que lo intentaba no lograba entender que es lo que veía en ella que lo desagradara tanto hasta el punto de emborracharse para poder ignorarla.

Clare lo había estado observando en el tiempo que llevaban de casados, que no era mucho por cierto, sin que Julián se diera cuenta, y había llegado a la conclusión de que no sería tan desagradable llegar a pertenecerle como una esposa de verdad. Pensó que al menos no le había resultado tan repulsivo como creía la vez anterior cuando la había besado y, si lo pensaba bien, había tenido suerte de no casarse con un viejo licenciado.

Hundió los hombros con pesar.

¡A quien quería engañar;

Le gustó tanto que la besara que se sintió desorientada en los escasos momentos que estuvo en sus brazos, nunca hubiese creído que se podía sentir aquella atracción por un hombre del que no se estuviese enamorada de verdad, pero por lo visto era la verdad más

absoluta que estaba dispuesta a aceptar. Sin poder evitarlo un ligero rubor le subió por las altas mejillas al recordar como se había apretado a Julián, casi de manera inconsciente, cuando el la había besado en el jardín aquella desastrosa noche, o como había temblado en sus brazos cuando fue a exigirle que se casara con ella a casa de su abuelo, el Conde de Strafford, en Londres. Para ser sincera consigo misma, tenía que reconocer que le gustaba un poco y, que su reacción, no fue debida a ningún desequilibrio emocional, como intentó justificar al encontrar a Paul y a Anthony juntos en el jardín en aquel asqueroso beso.

Desechando por enésima vez el doloroso recuerdo de la traición de Anthony, si podía llamarla así, se centró en rememorar a su esposo. No era ninguna hipócrita, por lo que no podía obviar el hecho de que era endemoniadamente guapo, aunque no al estilo de su sobrino, quien podía presumir de tener delicadas y bellas facciones, rasgos que ella había atribuido en, su ideal masculino, al hombre que debía ser su esposo. Por el contrario Julián tenía un atractivo muy ..., como expresarlo con palabras sin resultar vulgar ¿varonil? ¿hombre? ¿rudo? ¿salvaje?. Demasiado para la tranquilidad de cualquier mujer, y ejercía una atracción sexual en ella que la hacía sentirse frágil e indefensa cuando decidía clavarle aquella penetrante, azul y oscura mirada.

—¡Ay Dios;—Exclamó llevándose la mano a los labios cuando al girar el último tramo antes de llegar al lugar donde comenzaba la arena se topó de bruces con un hombre desnudo que tuvo que sujetarla para que no perdiese el equilibrio.

—¿Qué haces tú aquí? —Preguntó su marido con los dientes apretados, separándola de él a una distancia suficiente para que sus cuerpos no se tocaran.

—Yo, lo, lo siento—¿Qué podía decir? Que lo había seguido para pillarlo como Dios lo trajo al mundo. Aunque no fuera cierto creería siempre lo peor de ella.

—¿Lo sientes?—Preguntó arqueando una poblada y oscura ceja.—¿Qué es exactamente lo que sientes?—Le dijo bruscamente soltándola y alejándose de ella unos pasos mientras la recorría con la mirada.—. Y por todos los demonios, ¿qué es eso que llevas puesto?—Le preguntó incrédulo sin hacer nada por cubrir su bronceada desnudez que brillaba debido a las gotas de agua que resbalaban por su musculoso cuerpo. Debía de acabar de tomar un baño en el mar porque aún estaba húmedo y tenía el cabello mojado hacia atrás, haciéndolo todavía más atractivo a sus ojos, más peligroso.

¡Tierra trágame; Se moriría de vergüenza allí mismo.

Un intenso rubor cubrió todo su rostro haciéndola parecer un cangrejo al contraste con su rubio cabello. Y sin poder evitarlo su mirada se desvió hacia la entrepierna de su marido, observando con los ojos abiertos de par en par como el flácido falo cobraba vida inesperadamente ante sus ojos, sorprendiéndola hasta dejarla muda de asombro. Como cualquier joven de su edad que nunca había conocido la intimidad con un hombre tenía curiosidad por saber como funcionaban estos, pero nunca imaginó que su, como llamarlo, ¿masculinidad?, adoptase tamañas dimensiones. ¿Se suponía que aquello debía entrar en su cuerpo? ¡Ni pensarlo; pensó con horror. Ni loca iba a permitir que la tomara. En ese mismo momento fue consciente de que su marido había ganado.

Habría una anulación.

Julián soltó un juramento al verla contemplar su hombría de aquella forma descarada e interesada y, Clare, al darse cuenta de lo que estaba haciendo se tapó los ojos y salió corriendo en dirección a la casa para ocultarse de todo aquel que quisiera hablar con ella y pudiese ver en su rostro la vergüenza.

Ni siquiera se detuvo cuando Mary, sorprendida de verla regresar tan pronto cuando apenas acababa de salir, la llamó insistentemente con cara de preocupación para preguntarle que había ocurrido para que se encontrase en ese estado. ¡ Jamás; ¡Jamás podría volver a mirar a la cara a su esposo;

Subió las escaleras a toda velocidad hasta llegar a una de las dos habitaciones del segundo piso y cerró con fuerza la puerta echándose sobre ella para que nadie pudiese entrar a incordiarla. Mucho menos Julián.

En aquellos momentos no se creía capaz de volver a mirar a nadie a la cara, menos a su marido, sin que el recuerdo de la visión de su masculinidad acudiera a su mente. Si alguien alguna vez le hubiese dicho que iba a quebrarse por culpa de un hombre desnudo se hubiere reído en su cara, incluso hubiese apostado a que era imposible. Nadie que la conociera podría habérselo imaginado, en menos de una semana ese hombre había quebrado la seguridad que tenía en sí misma. En aquellos momentos se sentía vulnerable, desdichada y sola, necesitaba consuelo, el consuelo que Julián no quería darle y ... ¡Oh ... demonios sí! Necesitaba que la besara y la apretara contra su musculoso cuerpo y le susurrara tiernas palabras al oído, prometiéndole que serían un matrimonio de verdad, que podría llegar a amarla como cualquier hombre ama a su esposa, como su madre y su padrastro se amaban, como lo hacían su hermanastra y su primo, como cualquier pareja enamorada. Pero no al precio de entregarle su cuerpo.

Ella había creído que iba a ganarle la partida en esa guerra sin cuartel que habían decidido jugar, pero ya estaba harta de librar aquellas batallas silenciosas que mantenían desde su llegada a Brighton y, que poco a poco habían ido quebrando sus defensas.

En un principio creyó que con mostrarse provocativa y deseada ante él conseguiría que la hiciera suya y así poder destrozarle los planes de abandonarla. Ahora, después de haber visto por lo que tendría que pasar para lograr su objetivo, no estaba tan segura de querer hacerlo. Aquello era demasiado enorme para que no la partiera en dos, pensó con inocencia recordando la enorme virilidad de su esposo, y si encima él no se mostraba tierno y amoroso como estaba segura de que haría, sufriría, con total seguridad, más daño de la cuenta.

Separándose de la puerta después de que transcurrieran los minutos sin que nadie intentara entrar por la fuérase aventuró a investigar aquella luminosa habitación.

Se fijó en el desorden que había.

La Señora Storm aún no había recogido el destrozo provocado por Julián la noche anterior debido a su borrachera. Y si por ella fuese, era este quien debería arreglar aquel desaguisado. Se lo tendría bien merecido.

Se fijó en una botella de vodka vacía tirada por el suelo y la ropa del hombre que se encontraba enrollada sobre un enorme diván de color rubí.

Ropa del que debiera ser su hombre pensó furiosa.

Recorriendo lentamente con la vista la habitación se dio cuenta de que había manchas de pintura por el suelo y algunos lienzos tirados por el piso como en un arranque de mal genio. Recordó que la vez anterior en que se había aventurado en aquella enorme estancia no estaban ni el caballete, ni el lienzo ni los pinceles. Aquello debía de pertenecer a Julián y, por un momento, se desconcertó al pensar que su marido poseía una vena romántica, como la que debió de tener el marido de sus sueños.

Dirigiéndose al lugar donde se encontraban los lienzos boca abajo, tomó uno y lo observó un rato que le pareció interminable, quedándose paralizada ante lo que aquella pintura reflejaba. ¿Acaso Julián había podido pintar aquello? ¿Sería posible que se la hubiese imaginado alguna vez de esa forma? Tragó saliva debido a la impresión. El cuadro representaba a una mujer dormida sobre el diván en el que en esos momentos se encontraba esparcida la ropa de Julián de la noche anterior. La mujer era rubia, con un pelo muy parecido al suyo, tan rubio que parecía blanco, y estaba completamente ... desnuda. Contempló que tenía los ojos cerrados y su expresión era de delicioso abandono, mientras alzaba los brazos en clara invitación hacia quien mirase el cuadro.

Volvió a ruborizarse como cuando viera a su esposo desnudo en la playa.

Agachándose sin mucha delicadeza empezó a levantar los demás lienzos. Los había de diferentes tamaños, grandes, pequeños. Tomó uno y lo acercó a su rostro observando tan solo unos ojos, los suyos, pero eran de un verde más oscuro que el habitual. Tomando otro vio como había dibujado tan solo su rostro mirando el mar, como el día en que llegaron a Brighton y ella pensó que la ignoraba mientras le contaba una historia de su infancia. Eso la conmovió. Se fijó en que otro de los lienzos era una imagen suya exacta al día en que entró en la biblioteca diciendo que había un ratón en su dormitorio. Si hasta había dibujado sus hoyuelos.

Quedó tan desconcertada con todo lo que aquello representaba que decidió no salir de la habitación ni siquiera para almorzar. Se sentía avergonzada con su comportamiento. ¿Desde cuándo pintaba Julián? ¿Y desde cuándo la observaba tan atentamente como para haber captado todas y cada una de sus emociones en sus retratos? Pensó que sería mejor no alardear de lo que había descubierto para no irritarlo aún más de lo que ya lo estaba con ella.

No quería provocarlo, ahora no. Aunque a decir verdad aquello era sorprendente. Pensó que no sabía nada de su marido, aparte de que era el tío de Anthony y por consiguiente el heredero del viejo Conde. Pero no se había preocupado en ningún momento en intentar conocerle, en saber cuales eran sus aficiones, que hacía cuando se encerraba tantas horas en la biblioteca, o mejor dicho, ¿Cuál había sido su vida antes de ser reconocido por la Sociedad como el hijo bastardo del Conde de Strafford? En verdad se había comportado como la arpía que Julián decía que era, interesada nada más que en su bienestar sin importarle el de los demás. Lo había obligado a casarse con ella para salvar su reputación recurriendo al chantaje, había usado en beneficio propio el amor que este sentía por su sobrino, se había sentido superior a él en todo momento, incluso quería obligarlo a hacerla su mujer er el sentido estricto de la palabra sin importarle lo que el deseara; y en todos esos momentos jamás había pensado en como debía de sentirse Julián, solo le había preocupado su reputación y sus sentimientos, y no los de su esposo. Cerró los ojos un momento para contener el llanto que pugnaba por derramarse sobre sus mejillas.

Decidió que era hora de cambiar.

Ya no lo acosaría u obligaría a hacer nada que no quisiera. Si en el transcurso de ese año, no ocurría lo que debía pasar entre ella y Julián de forma natural, lo dejaría marchar. No lo buscaría, no lo acosaría ni agobiaría con estúpidos juegos para ver quien ganaba. Sería lo justo. Con lágrimas en los ojos decidió que poruña vez en su vida, debía comportarse como una buena persona, una que no antepusiera sus intereses a los de los demás. Una que no valiera de artimañas ni trampas para lograr sus objetivos.

\*\*\*\*\*

Julián había vuelto a tomar otro baño después de la apresurada partida de Clare. Sentía un poco de remordimientos por haberse exhibido tan orgullosamente ante ella, pero en realidad quería asustarla, así al menos ella temería lo que podía pasar entre ellos, ya que al parecer su único objetivo en los pocos días de vida de su matrimonio había sido atormentarlo con su cuerpo pira hacerlo ceder a sus caprichos. Sin poder evitarlo una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se secaba bruscamente con su enorme toalla. Se dio cuenta de que la había asustado de verdad en el mismo momento en que esta dirigió la mirada hacia su entrepierna y la mantuvo clavada ahí el tiempo suficiente como para hacer cue su ardor volviera con más intensidad que cuando intentó sofocarlo tomando su primer baño esa mañana. Su esposa parecía temerosa y fascinada a la vez. Eso le agradó sobremanera, su orgullo agradeció esa mirada voraz. Al menos no iba a ser el único que sufriera ese año que le quedaba por delante. No debía olvidarse de que ella le estaba prohibida si quería verse libre nuevamente, tanto de

Clare, como de la obsesión que se había despertado en él desde que habían llegado a Brighton para pasar su luna de miel lo más alejados posible de miradas indiscretas.

Apenas podía controlar su deseo en presencia de su mujer por lo que había reducido sus ratos juntos a los almuerzos y las cenas. Y así hubiera debido seguir, si la muy tonta no llevara los últimos días acosándolo con cualquier excusa, mostrando sus encantos más de lo debido y corriendo tras él a cada momento, atentando contra su paz mental y su salud física.

La noche anterior se había ido al pueblo a beber con Pietri y unos cuantos amigos de correrías, tenía planeado pasar la noche en casa de la Señora Clayton, una joven viuda que lo había recibido en su cama en más ocasiones de las que podía recordar, más a su pesar, en cuanto estuvo metido en la cama con ella no pudo hacerla suya porque la imagen de su mujer no lo abandonaba en ningún momento. Totalmente avergonzado se disculpó con Ofelia y se marchó de vuelta a su casa para encerrarse en su estudio con una botella de lo primero que encontró y dedicarse a retratar el objeto de su insatisfecho deseo. Recordó que la había oído llamarlo a través de la puerta pero no le hizo caso, ni siquiera le contestó. En aquellos momentos de embriaguez la odiaba por hacerle aquello, incluso temía haberla poseído salvajemente si hubiese abierto la puerta que los separaba, por eso bebió hasta perder el conocimiento. Así al menos aquella noche podría descansar sin tener que soportar la tortura de oír como se movía en la habitación contigua a la suya, cada vez que se preparaba para dormir, o como crujía el colchón con cada delicado movimiento producido por dios sabía que sueños. Se había preguntado en más de una ocasión si su esposa soñaba con él, si anhelaba el momento en que los dos se volverían uno, dando validez a aquel endiablado matrimonio.

Sin apenas darse cuenta había llegado a la puerta trasera de la casa, que daba acceso a la cocina, y mientras abría la misma observó como su abuela lo miraba con disgusto y su abuelo con compasión.

—¿Puede saberse qué le has hecho a esa pobre muchacha?—La gran mujer tenía los brazos enjarras y lo miraba con ferocidad.

—No le he hecho nada—Y al decir esto una sonrisa se dibujó en sus labios, nada de lo que en realidad hubiese deseado hacerle. Cuando la vio aparecer con ese ridículo traje de baño podría haberse echado a reír allí mismo pero por fortuna se contuvo. Clare no hubiese soportado su burla en el estado de conmoción en que se encontraba ante su desnudez.

—Pues algo ha debido pasar para que tu esposa ni siquiera haya bajado a almorzar.

—Déjala, no tendrá hambre—Le respondió Julián encogiéndose de hombros.

—¿Así es cómo te preocupas por ella?—Le espetó su abuela.— Tienes una joven dulce y encantadora por esposa y no le prestas la mínima atención. Me gustaría darte unos azotes como cuando hacías travesuras de pequeño. ¡No sé cómo piensas darme biznietos;—Bufó.

Julián miró al cielo pidiendo paciencia.

—Hijo no le hagas caso—intervino finalmente su abuelo—, suelen unir filas cuando creen que has atentado contra los sentimientos de alguna de ellas.

—Señor Storm lo estoy escuchando—Lo amonestó su mujer.

—De acuerdo ya me callo—Se rindió Geoffrey Storm con falso gesto.

—Abuela te pediría que no intervinieras en los asuntos con m esposa—La reprendió cariñosamente—. Hay cosas que vosotros dos ignoráis de este matrimonio.

Su abuela arqueó ambas cejas, un gesto muy similar al de Julic y lo animó a que le contara que diantres estaba pasando allí, pero al ver que este hacía caso omiso de su indicación y se encaminaba hacia el corredor se enojó con él.

—Pues no creas que pienso recoger el desorden que has armado en la habitación del ático—Le dijo enfurruñada—. Serás tú quien lo haga porque no pienso mover ni un dedo—Al decir esto se cruzó los brazos sobre el pecho en gesto beligerante.

—ABUELA—Protestó.

—¿Abuela?

Escucharon preguntar los tres a la persona que convivía con ellos en la casa, ajena a aquella relación filial. Su abuela lo miró con cara de ya te lo dije, su abuelo miró al suelo avergonzado, y Julián apretó los dientes. Finalmente tendría que presentarle a sus abuelos y entonces ella querría saber la historia de su madre y, claro está, su abuela se la contaría con gusto, y entonces su mujercita tendría un arma arrojadiza contra él.

—Esposa —le señaló con una indiferencia que no sentía—, te presento a mis abuelos, Geoffrey y Mary Anne Storm.

Mary hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y le sonrió a la esposa de su nieto a modo de disculpa y su esposo miró a la joven avergonzado debido al engaño al que la habían sometido. Julián sin embargo se mostraba contrariado.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?—Le espetó Clare a Julián echando chispas por los ojos.

—Si quieres que sea sincero—le dijo con una indiferencia que no sentía. Había bajado en camisón a la cocina y tenía el pelo suelto a lo largo de su espalda, aquello era una tortura que no estaba dispuesto a tolerar por más tiempo—. No pensaba decírtelo, pero por lo visto mi abuela te ha tomado cariño—Le dijo alzando las cejas como si no comprendiera el por qué motivo alguien pudiera encariñarse con ella.

—¡Ooohhh; —Gritó lanzándose contra él con los puños en alte»—. Eres, eres... ¿Cómo has podido?

—¿Cómo he podido que?—La sujetó colocándole las manos a ambos lados de las caderas para impedirle que continuara golpeándole.

—¿Acaso te avergüenzas de ellos?—Le dijo con los ojos anegados en lágrimas—¡Por todos los santos, si son tus abuelos;

—No me provoques Clare—le dijo en un susurro letal,—ya que no es de ellos de quien me avergüenzo.

Diciendo esto Julián salió de la cocina soltándola bruscamente y dejando a todos atónitos con aquellas breves palabras.

## VIII

—Espero una disculpa —Le exigió a aquel espécimen de varón que tenía sentado enfrente de la larga mesa mientras se servía un poco de queso fresco en un pequeño biscote. Desde que Julián saliera hecho un basilisco de la cocina, dejándolos a todos con la boca abierta la tarde anterior, no lo había vuelto a ver hasta ese momento.

La hora del desayuno.

Por norma general no solían coincidir tan temprano porque Clare tenía la costumbre de levantarse bien entrada la mañana. Si ese día se había apresurado en bajar a desayunar no era con otro objetivo que poder hablar con su marido e intentar poder llegar a algún tipo de entendimiento en su relación. Había considerado que al menos debía de poner de su parte para que se llevaran bien, puesto que este, visto lo visto, no pensaba ceder ni un ápice. La noche anterior había tomado una decisión. No estaba dispuesta a permitir que ambos estuviesen inmersos en una guerra sin cuartel por el tiempo que durara ese matrimonio al que, por mucho que le doliera admitir la derrota, estaba empezando a ver el final.

—Tienes razón—le dijo sorprendiéndola con una mirada avergonzada—. No había causa que justificara mi comportamiento ni para que dijera aquello. Fue muy...—Al parecer no lograba encontrar las palabras adecuadas. ¿Por qué le resultaba tan duro disculparse con ella? Se respondió así mismo diciéndose que se debía a que se había acostumbrado a pensar tan mal de su esposa, que suponía un gran esfuerzo tener que reconocer que no era la única persona, en aquella alocada situación, que podía actuar con mezquindad. La había atacado sin mediar provocación y por ello debía pedir perdón, era cierto que no había recibido la exquisita y exclusiva educación de un caballero, pero ello no quería decir que no pudiese comportarse como tal. No todos los hombres criados en los barrios bajos de Londres carecían de honor.

Lo miró sorprendida abriendo desmesuradamente sus bellos ojos verdes. No sabía si reír o llorar. Si alguien llega a decirle que iba a ser testigo presencial de una disculpa salida de de los propios labios de su marido, por su maltrato hacia ella, lo hubiera echado de su presencia sin contemplaciones por mentiroso. Es más, estaba completamente segura que hasta hubiese sido capaz de abofetear a cualquiera que hubiese tenido la osadía siquiera insinuarlo por creerla tan estúpida.

—Humm...¿es malvado la palabra que estás buscando, querido?—Lo ayudó alzando arrogante una de sus espectaculares y bien definidas cejas rubias.

—...eh...si, esa es la palabra adecuada—Convino el hombre.

Julián no la miraba mientras hablaba, seguía haciendo como que leía el periódico, sin embargo era muy consciente de la presencia de su espléndida mujer.

—¿Hablas en serio verdad?—Le preguntó la joven que no habría creído nunca que este fuese capaz de admitir haberse equivocado alguna vez en toda su ruin vida.

Hasta ese momento lo había creído un bruto insensible.

Un ser arrogante, irónico, egoísta, y ainsss, suspiró, endiabladamente masculino.

Esta nueva faceta del carácter de Julián la había pillado desprevenida y, ya eran demasiadas sorpresas. Clare había estado dispuesta a volver a pelearse con él de haber sido necesario, al menos hasta conseguir que reconociera que su comportamiento había sido mezquino, pero en ese momento que se sentía tan desconcertada por haberse vuelto a equivocar con él, no supo reaccionar. El ser arrogante que ella pensaba que era y que parecía actuar como sino existiera, al parecer era capaz de reconocer sus errores, más aún, era capaz de disculparse por ellos.

—Mis abuelos no son los sirvientes de la casa— le explicó sin levantar la vista del periódico matinal. Sentía que le debía algún tipo de explicación, por muy escueta que esta fuera —. Son copropietarios de ella, junto conmigo.

Clare creía entender los motivos de su marido para actuar de aquella forma pero no por ello le dolía menos. Julián no se fiaba de ella, aunque teniendo en cuenta como habían llegado a esa situación no le quedaba más remedio que comprenderlo. ¿Qué podía reprocharle si lo había chantajeado emocionalmente para que se casara con ella? Tal vez pensara que podía utilizar también a sus abuelos en su propio beneficio.

—Creo que has sido muy injusto con respecto a mí—le dijo clavándole su verde mirada mientras este fingía seguir leyendo la prensa—. Si pensabas que iba a despreciar a unos pobres ancianos por no pertenecer a la nobleza...

—Mi abuelo es Baronet—Le informó sin mirarla—. Pobre, pero noble al fin y al cabo.

—¡Oh!—Exclamó sorprendida. ¿Por qué nunca nadie le contaba las cosas al completo? Se respondió así misma diciéndose que porque nunca se había preocupado en saber cosas del hombre con el que se había casado. Suspiró con resignación, ¿dejaría alguna vez de meter la pata con su esposo? No quería ni imaginarse lo que podría estar pensando en aquel momento de ella, con total seguridad la creería una niña estúpida y engreída. No es que ser baronet pudiera ser comparable a ser la nieta del Duque de Rosewood, por supuesto que no, pero desde luego la familia materna de Julián no era tan plebeya como todos pensaban y, en cuanto a la rama paterna, miró su plato, en fin, era el futuro Conde de Strafford —. Pensé, lo siento— Intentó disculparse por su metedura de pata. Ahora todo lo malo que pensara de ella estaría justificado.

Mary Anne, la abuela de Julián, le había explicado que les había pillado tan de sorpresa la repentina boda de su único nieto que no supieron reaccionar cuando este les pidió que mantuvieran en secreto el parentesco que les unía, al menos hasta que la relación con ella se hubiese estabilizado. La mujer mayor le confió que su marido era muy celoso en lo referente a su intimidad, sobre todo cuando esta tenía que ver con la familia y sobreprotegía en exceso a sus abuelos debido a que ellos habían sufrido mucho cuando su hija fue engañada por el Conde para que huyeran juntos y se casaran en secreto en Escocia. Según la abuela la boda había sido un fraude, sin embargo sufrieron aún más cuando la dejó embarazada abandonándola a su suerte. Mary Anne le relató como su querida hija se había visto rechazada y vilipendiada por la buena sociedad al carecer su familia de medios suficientes para deshacerse del bebé sin provocar un escándalo y, por lo visto, el padre de Julián se encargó de difundir perversos rumores sobre ésta hasta conseguir quedar como la inocente víctima de una arribista sin escrúpulos, que había intentado engañarlo para salir de la pobreza en la que se encontraba su familia.

Al parecer su marido no es que se avergonzara de sus abuelos, sino que quiso protegerlos de ella a toda costa, evitando que estos se implicaran emocionalmente con su mujer. Ahora lo entendía todo, había querido mantenerlos apartados para que Clare no se aprovechara de lo que pasó con su madre e intentar que sus abuelos se pusieran de su lado cuando él fuese a abandonarla. ¿Tan manipuladora y perversa la veía como para jugar con los sentimientos de la pareja?. Exactamente así es como tendría que verla. Lo cierto es que debía reconocer que ya lo había manipulado antes utilizando el afecto que sentía por su familia, concretamente por Anthony y la madre de este. Cada vez se encontraba peor.

La imagen que su marido debía tener de ella era verdaderamente horrible.

—No tienes que disculparte — al decir esto levantó la vista del periódico dirigiéndole una tímida sonrisa que provocó un vuelco en el estómago de Clare. ¿Qué le estaba pasando? Lo cierto es que nunca lo había visto sonreír desde que se conocieran, o al menos no a ella, seguramente a eso se debían las mariposas que revoloteaban por su estómago—, en este caso he sido yo quien ha obrado mal. Lo reconozco y por ello te pido disculpas.

A la vez que decía esto, rozó la mejilla de su mujer con la yema de sus dedos con la intención de reconfortarla, mientras esta, en un impulso desconocido, inclinaba el rostro en busca de una caricia más personal, más íntima. Clare se sentía atraída hacia él como un imán y no pudo evitar acercarse a él, consiguiendo con ese gesto que Julián se la quedara mirando con unos ojos tan cargados de deseo que la hicieron palidecer de emoción.

—Julián—Lo llamó Geoffrey interrumpiendo aquel momento mágico donde no había habido lugar para otra cosa que no fueran las emociones que sentían uno por el otro. Momento en el que ambos se habían olvidado por completo de su continua lucha y se habían dejado arrastrar por las sensaciones.

Su marido retiró la mano de su rostro repentinamente como si se hubiera quemado, recobrando al instante su habitual y fría mirada cuando sus ojos se volvieron a posar en ella. Parecía haber recordado quien era ella. Una bruja, pensó con pesar. Clare se recordó que no quería que ese matrimonio se consumara.

—¿Sí, abuelo?—Le preguntó solícito apartando la mirada de su mujer.

—Siento interrumpiros—sonrió el anciano nada arrepentido—, ha llegado una carta para tu esposa de parte de su madre y he creído que sería importante.

—¿De mi madre?— Le preguntó Clare volviéndose precipitadamente hacia el hombre mayor y arrebatándole el pequeño sobre

lacrado de las manos provocando una dulce mirada de este.

—Pensé que le gustaría —le dijo a su nieto en tono confidencial—, debes reconocer que una mujer que se alegra tanto al recibir noticias de su familia en su luna de miel debe tener un enorme corazón. ¿No crees?—Miraba a Julián como esperando que este confirmara lo que decía y sonriendo por su mirada iracunda—. Tu esposa es un dulce.

Ante la mirada airada de Julián por las insinuaciones de su abuelo, el segundo decidió batirse en retirada. Por su parte él continuó contemplando como el rostro de su esposa reflejaba diversos sentimientos en cuestión de segundos. En un momento se mostraba sorprendida como al instante pasaba a un deleite que la hacía sonreír mostrando esos hoyuelos que lo hacían volverse loco de deseo. ¿Qué contendría aquella carta? Pensó que ella nunca le había sonreído a él de esa forma tan encantadora... ¿qué estaba haciendo?

Sacudiendo mentalmente la cabeza desechó aquellos pensamientos y decidió reconducirlos al objetivo que se había trazado. No olvides que es una manipuladora y una coqueta que no dudará en utilizar sus encantos para lograr sus objetivos y, en esos momentos, su objetivo era conseguir que su matrimonio fuese real.

Se recordó que debía mantener una seria conversación con Mary Anne y Geoffrey. Al parecer sus abuelos parecían muy felices con su mujer y se estaban involucrando demasiado con ella. Sobre todo desde que esta había descubierto su engaño. ¡Demonios; Aquella situación era absurda, si no los conociese tan bien sospecharía que se habían puesto del lado de Clare para hacerle ese matrimonio terriblemente insoportable por el tiempo que durase.

—¿Buenas noticias?—Le preguntó intrigado a su esposa sin poder aguantarse la curiosidad.

—Maravillosas—le dijo Clare sin poder borrar la sonrisa de su rostro—, mi hermana Sarah finalmente se casa con Justin.

—Me pareció ver anunciado su compromiso hace unas semanas— le dijo sin comprender—, según contaban, llevaban prometidos años.

—Oh, bueno—le explicó tomando asiento nuevamente en la mesa, junto a él—, eso es lo que todos creen. Lo cierto es que no había nada decidido— tomó un trozo de pastelillo de limón, cortesía de la abuela de su esposo, y lo mordisqueó coqueta provocando con ese gesto que a Julián se le secara la garganta. ¿Es qué acaso su mujer no era consciente de su atractivo?—. Todo dependía del consentimiento de mi hermana.

—No entiendo nada—Le dijo esperando una respuesta con el único objetivo de alargar el tiempo de su compañía, ya que, misteriosamente, ninguno de los, al menos por el momento, había empezado a gritar las maldades del otro.

Clare le explicó que el compromiso de Sarah y Justin había sido una tapadera para encubrir el asalto que sufrió su hermana por George Lynston en una de las veladas que su madre organizó esa temporada en casa de su abuelo paterno. Le confió que dicho compromiso era temporal hasta que Sarah diera su consentimiento porque esta había decidido permanecer soltera para disgusto de su madre y sus hermanas. Le confió con una pícaro sonrisa que ella estaba convencida de que a Sarah le gustaba Justin pero que no había querido reconocerlo, aunque había confiado en la larga experiencia del otro para que la hiciera cambiar de opinión.

—Al parecer no todas las mujeres de tu familia tienen por objetivo cazar a un hombre al precio que sea—Tras decir aquellas palabras Julián deseó que la tierra lo tragase. No sabía que lo había motivado a ser tan, ¿cómo había dicho ella?, ah, sí, malvado. Había sido un comentario sin mala intención, sin embargo teniendo en cuenta las circunstancias de su matrimonio, el mismo había sido totalmente desafortunado.

—No —musitó Clare con una expresión seria y dolido—, por lo visto usted tuvo la mala suerte de cruzarse en el camino de la más manipuladora de todas nosotras—Al decir esto, se levantó con delicadeza de su asiento en la mesa junto a él, dirigiéndose hacia la puerta—. Si me disculpa...,—le dijo educadamente mientras se retiraba.

—Clare—la llamó Julián intentando arreglar su metedura de pata—. No me has dicho cual era la urgencia de la carta—Sin saber el motivo que lo empujaba a ello, sentía que necesitaba volver a verla sonreír.

—Mi madre me suplica que acuda a Londres para ayudarla a preparar el enlace—. Tenía la mirada triste, como si dudara de la buena disposición de Julián para complacerla en hacer aquel viaje. Después de todo estaban de luna de miel y había que guardar las apariencias.

—Entonces tendremos que prepararnos para partir cuanto antes—. Dijo esto mientras se apresuraba a salir por la puerta antes que ella dejándola muda de la impresión.

Clare se quedó mirando sin ver nada el lugar por donde se había marchado su marido. Habría jurado que no consentiría en ir solo para mortificarla y vengarse de ella. ¿Acaso llegaría a comprender alguna vez a este hombre?

Julián estaba sentado en la arena de la playa, cerca de la orilla. Iba descalzo y solo llevaba puestos sus habituales pantalones negros, doblados hasta las rodillas y, la fina camisa de lino abierta hasta la mitad del pecho, dejando entrever una densa mata de vello castaño sobresaliente de esta. El fuerte viento le azotaba el cabello, mostrando una imagen poderosamente masculina del hombre, nada bueno para la tranquilidad de ninguna mujer. Mucho menos para su inocente esposa, quien lo observaba embelesada desde el ventanal de la gran biblioteca que daba directo al mar sin que él lo percibiera.

Estaba inmerso en sus pensamientos. No paraba de darle vueltas a la complicada situación en la que se encontraba. Por un lado, deseaba con desesperación a su esposa. No podía apartarla de su pensamiento por más que lo intentara, mucho menos teniéndola tan a mano y con el derecho que le confería estar casado con ella, habilitándole a tomar su cuerpo como y cuanto quisiera. Sin embargo de otro, su orgullo no le permitía rendirse tan fácilmente a los placeres de la carne con la consecuencia de que ese matrimonio no pudiera disolverse jamás, dándole a esta lo que había tratado de conseguir por medio del chantaje. Tal vez, si la hubiese conocido en otras circunstancias... quizás hasta hubiese podido pedirle matrimonio en una situación normal. ¡Vamos hombre; Se recriminó. Si no la hubiese descubierto aquella noche en el baile de la cuñada de su hermana, ahora probablemente estaría casada con Anthony,

siendo aún más desdichada de lo que lo era estando casada con él, porque aunque ella no lo supiese aquella noche, su sobrino jamás podría desearla como él lo hacía. Con una desesperación que le instaba a hacerle daño con sus palabras, a causarle a ella el dolor físico que él padecía por no poder tenerla. Por no poder tocarla.

Además estaba aquella otra sensación que había empezado a notar en su presencia. ¿Desde cuándo le importaba que ella pudiese sentirse triste o dolida por lo que él le dijera? Apenas sin darse cuenta se veía observando cada pequeño detalle de su expresión, de sus gestos.

Sintiendo un hormigueo en la nuca se pasó la mano por el cuello, presintiendo que lo observaban. Lentamente dirigió su mirada hacia la casa y la vio allí. De pie detrás de las grandes ventanas de su biblioteca, observándolo. La miró fijamente, intentando desvelar sus pensamientos desde la distancia pero sin conseguir entender a aquella hermosa mujer que lo traía de cabeza. Suspirando sintió una corriente eléctrica que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies, consiguiendo que se le nublara la vista por el deseo contenido en todos aquellos días de tortura. Profirió un rugido de rabia que hubiese conseguido asustar al más valiente de los rufianes y ,quitándose la ropa con violencia, se sumergió en las frías aguas del mar logrando con ello que Clare saliera despavorida hacia su habitación. Su erección había sido más que evidente para su mujer que había enrojecido de la vergüenza al sentirse descubierta nuevamente devorándolo con la mirada.

Julián decidió que al día siguiente partirían hacia Londres. Al menos, si estaban rodeados de gente, podría mantenerse alejado de ella. Reconoció que se había equivocado llevándola allí, estaban demasiado apartados, demasiado solos, demasiado cerca para su paz mental. En Londres todo sería mejor, podría dejarla ocuparse en los preparativos de la boda de su hermana mientras él se concentraba en su trabajo. La dejaría a sus anchas, dándole toda la libertad que quisiera, que se pavoneara cuanto pudiera por haber atrapado a un marido rico, a un futuro Conde; así él podría intentar esquivar las flechas que sus envenenados ojos verdes parecían lanzar directamente hacia su corazón.

Mañana. Mañana sería todo más fácil. Mañana volvería a Londres donde le esperarían mil y un asuntos que resolver en sus fábricas como para andar entretenido pensando en como poder evitar meterse bajo las faldas de su mujer.

## IX

### *Días después...*

—Estoy verdaderamente contenta de tenerte de nuevo aquí —Le dijo Melinda a su hija—. Sarah no ha querido saber nada de los preparativos de su boda, pero por supuesto no iba a permitir que al menos una de mis hijas se case como es debido.

Clare escuchaba a su madre parlotear sin dejar de pensar en su nueva situación. Mel hablaba de lo testaruda y voluntariosa que se había vuelto Sarah gracias a la influencia perversa de Justin, su prometido, quien por cierto, no creía que fuese el candidato ideal para la menor de sus hijas. También le confió orgullosa como había conseguido imponerse a los deseos de su futuro yerno, ya que a pesar de las protestas de este, se había aliado con Caroline, Duquesa de Richmond y madre del novio, para organizar la mejor boda de la temporada con todo el tiempo que necesitara para ello.

Melinda también se disculpó por haberle hecho regresar antes de lo previsto, por lo que, para compensar el hecho de haberlos interrumpido en su luna de miel, les había preparado la habitación próxima a la suya, ya que era una de las más grandes, hermosas y acogedoras de la gran mansión. Un dormitorio preparado para una pareja enamorada, pensó con frustración.

Una pareja de amantes. Lo que ellos no eran.

Se moriría antes que confesarle a su madre que ni habían consumado el matrimonio ni tenían intención de hacerlo. Aquella extraña situación estaba suponiendo una dura prueba para sus nervios, ya que Julián, aunque fuese de manera inconsciente, tenía la manía de pasearse semidesnudo por la estancia sin importarle lo que ella pudiera pensar o decir de ese comportamiento, puesto que cualquier pelea que tuviesen podría ser oída por su madre o Eduardo, quienes no dudarían un segundo en meterse donde no les llamaban.

Llevaban ya tres días en Londres y a pesar de que su marido hubiese preferido instalarse en casa de su padre, junto con su hermana Sabina, delante de quien no tendría que fingir estar enamorado de su joven y hermosa esposa, lo habían hecho en casa de su abuelo, Jered Stanton, actual Duque de Rosewood y otros tantos títulos, porque su madre había insistido tanto, que Julián no tuvo más remedio que consentir para no resultar grosero.

—... por suerte a tí te encanta organizar eventos. Eres la única de mis hijas que ha heredado mi predilección por los actos sociales— Melinda miró a Clare al ver que no le prestaba atención y dirigió su mirada hacia el lugar al que volaban una y otra vez los ojos de su hija cuando creía que no la observaba.

Su yerno estaba sentado leyendo el periódico matinal mientras tomaba una taza de té, ajeno a las mujeres. Melinda nunca pensó que aquellos dos hubiesen congeniado tan bien y tan pronto teniendo en cuenta lo reacio que se había mostrado Julián en un principio a contraer matrimonio con ella. Estaba convencida de que algo, o tal vez alguien, lo había obligado a reparar la falta cometida contra una de sus criaturas, haciendo lo que dictaban las normas de buena conducta.

Según tenía entendido este no era un hombre al que le importara mucho lo que otros pensarán de él, que estaba por encima de los rumores, actuando siempre según su propio beneficio o conveniencia, desentendiéndose de lo que le ocurriese a cuantos se cruzaran en su camino. Al menos así es como lo había definido su esposo al comentar con respeto la forma en que Julián llevaba a cabo con éxito cada una de sus operaciones mercantiles.

—¿Al menos Sarah te habrá dado alguna indicación de lo que le gustaría?—Le preguntó a su madre volviendo al tema del próximo enlace de su hermana, intentado ignorar al hombre

que tanto la había sorprendido en cuestión de días. Su esposo había resultado ser toda una caja de sorpresas y, desde luego tenía que reconocer, que no eran nada desagradables.

—¡Indicación;—Bufó su madre—. Casi he tenido que amenazarla para que no huya a Gretna Green a casarse en secreto con ese sinvergüenza.

Clare no pudo evitar sonreír viendo como su madre no acababa de asimilar el tener a uno de los mujeriegos amigos de su sobrino Chris como futuro esposo de una de sus hijas y, en todo momento, demostraba su malestar ante el enlace. Menos mal que a Justin no hacía sino divertirlo el interés que se tomaba su futura suegra por demostrar, delante de quien fuera, que hubiese preferido otro tipo de hombre para su pequeña Sarah.

—Señoras... —las interrumpió Julián llamando nuevamente la atención de la mujer más joven, acercándose a ellas sin que Clare lo percibiera, con la clara determinación de escapar a la menor oportunidad que se le presentara de la ya insoportable atracción que sentía por su esposa.

Era consciente de que a esta la disgustaba enormemente que ni siquiera fingiera tolerarla delante de su familia por lo que sonrió cuando la vio fruncir deliciosamente el ceño.

—Me temo que el deber me llama —se excusó—, tengo asuntos urgentes que atender en la fábrica, por lo que probablemente me ausentaré para el almuerzo.

—¿De verdad querido?—Le preguntó su mujer con un falso mohín que provocó una mirada contrariada en el hombre por la forma deliberada de pronunciar la última palabra. Clare odiaba que a cada rato inventara una excusa para no tener que pasar tiempo junto a ella, pero aún más la irritaba que fuese tan evidente —. Cuanto lo siento —le confió con fingida afectación—, deseaba tanto que almorzáramos juntos —miró a su madre en busca de comprensión femenina ante lo desconsiderados que podrían resultar ser algunos hombres—, en fin, es lo que...

Antes de que Clare pudiese terminar su actuación Julián le había tomado la barbilla con fuerza y estaba dándole un profundo y fugaz beso en los labios que provocó una sonrisilla cómplice en su suegra y una mirada de reproche en su mujer. El no iba a permitirle a esa muchachita caprichosa que lo tratara como a un pelele. Puede que ella hubiese sido la sensación de la temporada con su espectacular y angelical aspecto, sin embargo él no era uno de los imbéciles que andaban siempre a su alrededor babeando por una migaja de su atención.

—Ahora sí que tengo que marcharme— le dijo a Mel con aire conspirador mientras acariciaba íntimamente la barbilla de su esposa ignorando la tensión en la mujer—. Clare puede hacerme cambiar de planes con facilidad cuando se lo propone querida suegra— Guiñándole un ojo a Melinda salió pavoneándose del comedor.

Una Clare ruborizada hasta las sienes sonrió forzosamente para que su madre no sospechara que no eran la pareja tan bien avenida que todos creían. Clare puede hacerme cambiar de planes fácilmente cuando se lo propone, lo imitó mentalmente.

Estúpido engreído.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? —Le preguntó molesta desde su lugar en el lecho conyugal, envalentonada por no ver por ningún lado el espectacular cuerpo de su marido una vez que se retiraron a su dormitorio, después de haber cenado en compañía de los padres de esta y algunos comensales más que la Condesa había invitado a cenar para presentar a su nuevo yerno. Por mucho que se hubiese esforzado en no hacerlo, no había podido evitar pensar una y otra vez en el beso que le diera esa mañana, ni en la razón que había tenido para actuar de ese modo.

Al cabo de unos minutos sin recibir respuesta, decidió ir al encuentro de su esposo. Julián parecía ignorarla cuando le convenía, por lo que se levantó con enojo de la cama donde solía

meterse antes de que saliera del vestidor presto para dormir, con el fin de evitar más intimidad de la necesaria. En ese preciso instante se había olvidado por completo de guardar las máximas distancias que le fueran posible con él, tan solo quería estrangularlo. Esa noche le daban igual muchas cosas, bastante había tenido ya que soportar ante sus padres el papel de amante y devota esposa mientras, ese cretino que tenía por marido, se deshacía en atenciones con Lady Bourbon. Quien por cierto, había enviudado recientemente y tenía una edad similar a la de él y, a la que parecía no importarle la presencia de la reciente esposa de Julián, mientras le lanzaba miradas invitadoras y llenas de promesas a ese estúpido. ¿Qué se habían creído? ¿Pensaban que iba a interpretar el papel de cornuda sin más? Parecía que los dos se conocían muy bien y eso no le gustaba ni un pelo, sobre todo porque ante los demás su maridito la trataba como una mujer más, sin darle ningún trato que la diferenciara ante otras mujeres, mostrando claramente que solo era una de tantas. Sin embargo a esa bruja desfigurada... ¡¡¡burr!!!. Podría matarlo por semejante trato.

—Al menos me puedes escuchar cuando te hablo—le espetó colocándose frente a él, quien en ese momento se estaba desabrochando la fina camisa de lino y ya se había descalzado—. Te exijo que no me ignores—Le gritó en un susurro ahogado a la vez que agarraba fuertemente las manos de su esposo mientras este intentaba terminar de desabotonar su camisa. En ese momento el único objetivo de Clare era conseguir que se fijara en ella. Cuando por fin consiguió que Julián le prestara toda su atención, con gesto irritado, volvió a preguntarle—.¿Por qué?

—¿Por qué?—Este le devolvió la pregunta con arrogancia mientras se soltaba lentamente de sus manos.

—Sí, ¿Por qué?—Insistió—. Y no me hagas parecer estúpida, ¿por qué has tenido que besarme esta mañana de esa forma delante de mi madre?— Cielos, estaba furiosa.

Julián la contempló unos segundos antes de esbozar una media sonrisa y clavarle su oscura mirada azul, consiguiendo con ese simple gesto que la piel de Clare se pusiera de gallina y un insoportable calor fuera adueñándose de ella. La calima parecía nacer de sus entrañas y estaba convencida que ni la más fría tormenta sería capaz de calmarla. Mentalmente intentó invocar a la diosa cordura para que acudiera en su rescate.

—Estaba siguiéndote el juego—Le dijo acercándose a ella con voz engañosamente suave—. Desempeñabas tan bien tu papel de amante esposa — le explicó encogiéndose de hombros—, que quise ponerle la guinda al pastel para que tu madre no sospechara nada.

—Mi madre no tenía por qué sospechar que no nos soportamos.

Sin poder evitarlo su mirada se desvió hacia el pecho cubierto de brillante pelo castaño de Julián, ruborizándose cuando notó que el muy truhán se había dado perfecta cuenta de ello.

—Estabas sobreactuada.

—¡Que yo... ¡—Exclamó indignada olvidándose por un momento lo próximo que estaba su dormitorio del de sus padres desde donde estos podrían escuchar su naciente discusión—. Mentecato, hombre insufrible y arrollador.

—Si tú lo dices — le dijo su esposo como si su rabieta no tuviera la más mínima importancia en un gesto desdeñoso. Notó desde el comienzo de aquella inesperada visita que su mujer buscaba pelea, más no pensaba darle gusto. Bastante tenía con soportar su cercanía por las noches mientras controlaba las ansias de hacerla suya como para venir a aguantar berrinches infantiles—. Ahora si me disculpas.

Al decirle esto le señaló los pantalones y después la puerta invitándola a que saliera del vestidor mientras él acababa de prepara para dormir.

Su mujer tenía otros planes.

Ella tampoco iba a darle gusto. Estaba muy, pero que muy enfadada y necesitaba descargarse con él y, quisiera o no, era su marido. En lo *bueno* y en lo *malo*.

—¿Me puedes decir de qué conoces a esa viudita?—Preguntó rabiosa soltando de una vez el verdadero motivo de su ataque furia. No había querido preguntárselo con tan poca sutileza pero era tal su estado de rabia que o lo hacía o le tiraba algo a ese engraido rostro.

Cuando Julián entendió lo que realmente molestaba a su mujer la despreció aún más. No era el hecho de qué o cómo conociera a Miranda lo que la tenía tan fuera de sí, sino que pudiera preferir estar en compañía de otra antes que con ella misma, quien se consideraba tan perfecta y superior, por lo que su furia daba indicios de llegar a límites insospechados.

—¿Perdón? —Julián estaba, mejor dicho, se sentía tan mol que alzó el tono de voz demasiado, percatándose tarde de su t y provocando que ambos se volvieran a mirar a la vez la pared separaba su dormitorio del de sus anfitriones, temerosos de lo estos pudieran pensar al escuchar su alarido. —Quiero pensar no me estás celando—Soltó con ira.

—Tú sueñas si crees eso.

—Pues es lo que parece—Siseó enojado.

—Pues te equivocas si crees que puedes darme celos con esa —Dijo ella con petulancia.

—Entonces—le dijo poniéndose las manos en las caderas echando chispas por los ojos—, ilústreme querida esposa.

La iba a matar si seguía por ese camino. ¿Qué había qu decir con esa?

—¡A buenas horas te acuerdas de que soy tu esposa y qu estamos en nuestra una de miel!—Explotó.

—¿A qué viene todo esto?

De verdad que no entendía a aquella arpía. Le saltaba de un tema a otro incoherentemente confundiéndolo a cada momento. Si parecía feliz de la vida de que él no hubiese intentado hacer valer sus derechos maritales. Ahora le salía con esto.

—RESPECTO— Le señaló mientras apuntaba con un dedo hacia su pecho—. Algo que parece haber olvidado convenientemente para ir tras las faldas de Lady como se llame, haciéndome quedar como una tonta ante mi familia— Mientras le regañaba le clavaba el dedo índice una y otra vez provocando que el hombre diera un respingo con cada roce—. ¿Qué van a pensar todos? ¿Qué soy tan aburrida que prefieres la compañía de mujeres mayores y poco agraciadas a la mía?

Julián la miró entendiendo que aquello se debía a que había herido su orgullo femenino al demostrar interés hacia otra mujer que no fuese ella. ¿Tan acostumbrada estaba a que todos quisieran morir por su amor? Sintió ganas de darle una buena lección. Con su desprecio al dirigirse a Lady Bourbon, él sabía que estaba haciendo referencia a la enorme cicatriz que la mujer tenía en la mitad del rostro, cortesía de un marido violento. Maldita niña engraida. ¿Quería jugar a la mujer ultrajada? De acuerdo. A ese juego podían jugar los dos.

En un rápido movimiento la aprisionó valiéndose de su musculoso cuerpo contra la puerta que separaba el dormitorio del vestidor, donde él llevaba durmiendo tres insomnes noches mientras ella lo hacía plácidamente en la gran cama nupcial.

—¿Quieres saber porqué me intereso en otras mujeres?—Le susurró sintiendo como Clare contenía el aliento debido a la sorpresa de verse apresada. Viendo que esta permanecía tercamente en silencio se enfadó aún más y procedió a mordisquearle el delicado lóbulo de su pequeña oreja.

Lo que Julián no sabía era que ella estaba temblando de emoción ante la expectativa de lo que pudiera suceder.

—Me intereso en otras mujeres porque necesito saciar mis apetitos en algún sitio ya que mi mujer parece no querer recibirme en su cama junto a ella.

Clare le dirigió una mirada llena de odio ya que estaba al corriente de que su marido no pretendía consumar el matrimonio para poder desentenderse de ella transcurrido un año. Sin embargo no pensaba confesar tal cosa, esa era una ventaja que no estaba dispuesta a perder.

—¿Acaso mi mujercita está tan desesperada por tenerme dentro de sí que en vez de suplicarme que la haga mía tiene que montarme una escena?—Mientras hablaba apretó su masculinidad contra la pelvis de Clare en un intento de atormentarla, sin embargo lo que consiguió fue enfurecerla aún más.

—Puede que esté más que dispuesta a recibirte—Lo desafió envalentonada, convencida de que él no cumpliría su amenaza—. A lo mejor tu esposa se pregunta por qué aún no has cumplido con tus obligaciones como marido—No se podía creer que hubiese sido capaz de decirle aquello, pero nadie iba a acusarla de ser una mujer celosa, ella estaba muy por encima de esas banalidades—. ¿Acaso tenéis los hombres de tu familia algún tipo de enfermedad?

—¿De verdad crees eso?—Le preguntó entrecerrando los ojos. ¿Se había atrevido a cuestionar su masculinidad? ¿Había querido decir que sus apetitos sexuales eran similares a los de Anthony? Julián se la quedó mirando unos segundos, primero los ojos, luego el rostro, para bajar hasta el pecho que se movía en un vaivén de subidas y bajadas debido a lo acelerado de su respiración. Sin poder evitarlo se fijó en que su esposa utilizaba para dormir un fino camisón de seda del mismo color del de sus ojos cuando se enfurecía, como en aquel momento.

La facilidad con que el color verde de estos adquiría diferentes tonalidades dependiendo del estado de ánimo de su mujer lo tenía obsesionado, siendo uno de los innumerables motivos por los que no lograba conciliar el sueño. Se preguntaba una y otra vez el color que tendrían aquellos iris cuando un hombre la poseyera y esta se dejase llevar por la pasión. No pudiendo controlar por más tiempo el deseo que lo había invadido desde que se había plantado frente a él con ganas de pelea, la beso como llevaba queriendo hacerlo desde que partieran de Brighton en dirección a Londres.

Primero la inmovilizó con su boca, consiguiendo con sus labios que Clare cerrara los ojos, embriagada por el sabor a menta y tabaco de la boca del hombre, rindiéndose entre sus brazos, dejando que Julián jugueteara con sus labios a placer mientras que con las manos se apoderaba delicadamente de sus pechos, llenándolos de suaves caricias, consiguiendo que la muchacha se sintiera derretir por dentro.

Clare estaba presa de un ardor desconocido hasta ese momento para ella. Sentía que aquello tenía que llevar a alguna parte, esas sensaciones tenían que desembocar en algo, ¿pero en qué?

—¿Nunca te han besado antes?—Le preguntó sin apartarse de ella.

Clare abrió los ojos nublados de pasión, los cuales se habían vuelto de color verde oscuro, tormentosos. Apenas había comprendido la pregunta de su marido.

—Mi primer beso me lo diste en el jardín de las Talbot—Le confesó en un susurro mientras lo miraba interrogante.

—Humm .. .creo que no sabes besar—le dijo con una media sonrisa de complacencia—, ¿me dejarías ser tu profesor?

—Ajá — Clare pensaba que ambos hablaban de besos, sin embargo la mente de Julián iba más allá, mucho más allá—. Creo que me gustaría.

—Tendrá que ser otro día — Le dijo soltándola con una cínica sonrisa mientras se dirigía al cuarto de baño para lavarse la cara, aunque lo que en realidad quería era poner pies en polvorosa y salir de aquella habitación cuanto antes.

La mujer se quedó mirando el lugar por el que acababa de desaparecer Julián llena de sorpresa. ¿Qué es lo que acababa de suceder? Cuando su mente se aclaró después poner bajo control las vertiginosas sensaciones que acababa de experimentar, se dio cuenta del desprecio que su marido acababa de hacerle.

Ella se le había ofrecido en bandeja y el la había rechazado.

Con un impulso incontrolable agarró una de las caras botas de este y la lanzó contra la puerta del cuarto de baño para después dirigirse hacia su cama todo lo dignamente que fue

capaz. Aunque claro, la risotada del hombre cuando escuchó estrellarse el calzado contra el muro le borró todo atisbo de la misma en cuestión de segundos. Se juró que no lloraría por él, no lo haría, después de todo solo eran besos y cualquiera podría enseñarla a besar. Solo tenía que buscar al candidato adecuado.

Además, Julián no le gustaba. No le gustaba en absoluto.

Pero, ¿qué significarían esas sensaciones que había experimentado? ¿De eso se trataba la lujuria? Desde luego tenía que descubrirlo y para ello tenía pensada la candidata perfecta. A la mañana siguiente su curiosidad estaría satisfecha.

## X

—No me preguntes nada de eso.

—¿Por qué no?—La interrogó molesta Clare—. Para algo somos hermanas, si tengo un problema tienes que ayudarme.

—Sí —le dijo Sarah ruborizada—, en eso estoy de acuerdo, pero para ayudarte a ti en tus comedias no voy a hablar de mis intimidades.

—¿Intimidades? —Preguntó entendiendo lo que quería decir su hermana menor—. ¡Así que Justin no ha sabido mantener las manos quietas;—Su voz denotaba la diversión que sentía—. Entonces eres la persona ideal para darme respuestas.

—Clare, por favor — Sarah se ponía temblar de miedo cada vez que a su hermana se le ocurriría alguno de sus maravillosos planes ya que siempre había alguna víctima y, lo peor era que saber que se vería envuelta en ella sin poder evitarlo—. Apenas hemos llegado esta mañana después del largo viaje desde Escocia y tu pretendes interrogarme sobre Justin.

—Sobre Justin concretamente no —Señaló molesta—. Sobre los hombres en general.

—¿Acaso no llevas al menos dos semanas de casada?—Le preguntó la otra atónita—. ¿Tenéis problemas con eso?

—Puede ser.

Su escueta respuesta y la sombra que había visto cruzar por la mirada de su hermana le bastaron a Sarah para darse cuenta de que allí había algo que no andaba bien. Recordando que había hombres cuyas apetencias sexuales eran de carácter violento según la reciente experiencia vivida con alguien a quien creía conocer de toda la vida, sintió una gran preocupación por su hermana.

—¿Julián te ha maltratado?—Le preguntó impaciente y temerosa a la vez de lo que pudiese estar soportando la otra—. Vamos Clare, contéstame si no quieres que vaya a buscarle ahora mismo y le preg...

—No—La corto molesta porque pensara mal de su marido—. Tranquilízate por favor, es otra cosa.

—Ahora mismo vas a contarme—Sarah parecía bastante enfurruñada—. ¿Y cómo está eso de que has acabado casándote con el tío cuando te gustaba el sobrino?—Le preguntó como si acabara de darse cuenta de ese detalle.

—Es una larga historia.

Sarah se acomodó en su cama mientras le hacía señas a Clare para que se sentara junto a ella.

—Por suerte para ti tengo todo el tiempo del mundo—Le dijo con una sonrisa conspiradora—. El primo Chris mantiene estrechamente vigilado a Justin desde que se enteró de que ya hemos tenido nuestra noche de bodas por anticipado.

—Que suerte la tuya —musitó la otra.

—A ver hermanita—Sarah no entendía nada—. ¿Me quieres explicar cómo has acabado casada con un hombre del que nunca te he oído hablar y qué es eso que he creído entender?¿No has consumado tu matrimonio aún?

Después de dudarlos unos momentos, Clare acabó relatándole a la otra todo lo ocurrido desde que fuese sorprendida en el jardín en brazos de Julián hasta ese mismo momento. No omitió ningún detalle salvo la identidad del otro hombre que se encontraba con Anthony. No sabía por qué pero no quería volver a pensar ni hablar de Paul. Le dolía mucho, demasiado. Le confió a su hermana que su marido estaba furioso con ella por haberlo obligado a casarse en contra de su voluntad valiéndose del chantaje, también le dijo que lo había oído contarle a un amigo como pensaba deshacerse de ella pidiendo una anulación alegando el motivo de la

no consumación del matrimonio, pero que iba a esperar un año para darle tiempo a su sobrino a decidir que hacer con su vida.

—¡No fastidies!—Fue lo único que pudo expresar Sarah cuando Clare terminó—. Pues buena la has hecho esta vez.

Ante la mirada de reproche de Clare su hermana la tomó de las manos para reconfortarla.

—Está claro—le dijo—, si no quieres que este matrimonio finalice de esa forma—tomó aire, ¿de verdad iba a decirle aquello a su hermana?—, tienes que conseguir que Julián cumpla con sus obligaciones conyugales.

—¿Acaso piensas que no lo pensé?

—Entonces no entiendo nada.

Sarah pensó que su hermana parecía uno de sus animalitos cuando buscaba protección frente a los maltratos de los demás.

—Vamos Clare, solo tienes que mirarte en un espejo para saber que con tu aspecto tienes el ochenta por ciento de la batalla ganada, por no decir el noventa y nueve.

Clare decidió que tenía que confiarle a su hermana todo cuanto le pasaba por la cabeza si quería que le prestara ayuda de algún modo. Debía superar sus miedos.

—Julián te ha besado, ¿o no?—Le preguntó contrariada Sarah por verse obligada a hacer preguntas tan personales. Ese tema no era plato de su gusto teniendo en cuenta que a ella nunca le había gustado entrometerse en los asuntos de los demás.

—Ajá.

—¿Te ha gustado?—Sarah nunca había visto a la otra tan cohibida. Desde luego que Clare no la estaba ayudando mucho.

—Sarah por favor—¿desde cuándo era tan directa? ¡Vaya con Justin! Con razón su madre lo tenía en el punto de mira—, no creo que eso tenga nada que ver.

—Por supuesto que tiene que ver—la regañó—, es lo más importante de todo, si ni siquiera te gustan sus besos ...—La miró extrañada— ¿Cómo pretendes aguantar todo lo demás?

—¿Tan malo es?— Su temor pilló por sorpresa a su hermana que no pudo evitar sonreír al recordar que Clare había estado siempre tan obsesionada con su aspecto y sus perfectos modales que consideraba los asuntos camales totalmente vulgares como para prestarle su atención.

—Yo no lo definiría de ese modo—La miró risueña—. No es que yo sea una experta por supuesto, pero estoy deseando que llegue el momento de volver a probarlo—Al darse cuenta de lo soez de su comentario se cubrió la boca con ambas manos en un gesto exagerado pero nada arrepentido.

—Creo que mi esposo es demasiado grande para mí—Le costaba lo indecible confesar aquello—, es por eso que no he insistido en lo de la consumación, al menos no le he puesto mucho interés — Le confió finalmente—. Sin querer lo vi desnudo en la playa y... pues que intento asumir lo de la anulación.

Un ruido procedente del pasillo captó su atención haciendo que se callara. Sarah saltó precipitadamente de la cama sin parar a calzarse sus desgastadas botas para ver qué ocurría ahí fuera porque había escuchado ladrar a Alira. Al cabo de un rato volvió con la perra ya calmada y volvía a cerrar la puerta del dormitorio.

—Ha debido de ver un ratón o cualquier otro animal—Le explicó a Clare—. Continúa por favor—instó a su hermana—, lo viste desnudo en la playa y...

—Pues que me asusté mucho y salí corriendo—explotó—, después subí a la habitación donde se había encerrado la noche anterior y descubrí que había pintado cuadros.

—¿Y?

—¿Cómo que y...?—A veces Sarah parecía no querer entender nada—. Pues que eran cuadros míos—se señaló ultrajada—, me ha pintado desnuda, hay retratos de mi cara, del día que nos casamos...

Sarah la mirada perpleja sin poder dar crédito a lo que oía, ¿El infame y malvado de su cuñado un artista, un romántico?

—.. me engañaron, encima me trató muy mal cuando quise una explicación—Finalizó sin darse cuenta de Sarah había dejado de escucharla en el momento que le hablo de los retratos.

—Ah, te trató mal—No entendía nada de nada.

—Bueno no tanto—confesó con una sonrisa—, a la mañana siguiente se disculpó y aceptó volver a Londres a organizar tu boda. Lo cierto es que sí—acabó por responder a la anterior pregunta de su hermana—, me gustan sus besos. No sé, me hacen volar.

—¿Te parece guapo tu marido?—Preguntó Sarah nuevamente volviendo al ataque. Tenía que recordar que Clare solía saltar de un tema a otro sin lógica pero que era capaz de recordarlos todos a la vez.

Clare alzó una ceja a modo de respuesta.

—Tienes razón—asintió su hermana—, a quien no. Lo cierto es que es muy atractivo, bueno, no tanto como Justin pero...—Se encogió de hombros—, tiene su no sé que.

—¿Desde cuándo te fijas en los hombres cuándo antes no querías saber nada de ellos?— Le preguntó molesta de que se hubiese fijado en Julián.

—Desde el momento en que huyes de los problemas cuando antes simplemente buscabas una y mil formas de conseguir lo que querías— La amonestó Sarah.

—Me he dado cuenta que lo que uno quiere no siempre es lo que le conviene—Dijo muy seria.

—¿No tendrás miedo a perder la virginidad verdad?— Sarah acababa de darse cuenta de cual era el problema de su hermana.

—Insisto en que es demasiado grande—Volvió con lo mismo— Además, encima se pone más grande.

—Vale Clare, no sigas, que no quiero oírlo—Le reclamó tapándose los oídos—, ya he entendido que Julián al menos te desea.

—También yo lo creo —al fin profirió una sonrisa—, aunque no tanto como para olvidar sus planes y hacer valer sus derechos.

—No hables de derechos ni obligaciones en lo referente a ese tema —La regañó Sarah—, haces que parezca algo insustancial . Piensa, y te lo digo en serio, que si ambos lo deseáis será una experiencia maravillosa—Al ver que la otra iba a protestar—. A pesar del dolor inicial, créeme, es algo inolvidable si Julián te toma sin violencia. Así que intenta no llevarlo al límite.

—No quiero obligarlo a más cosas—Le confesó—. Bastante me detesta como para sumar algo más a la interminable lista que tiene contra mí.

—Y no tienes que hacerlo—Sarah estaba convencida de que su hermana había encontrado a la horma de su zapato sin saberlo—. El solito tomará la iniciativa, tú solo límitate a actuar como siempre lo has hecho—Le dio una palmadita en la espalda—. Cuadra los hombros y sal con la cabeza bien alta, compórtate tal cual eres y caerá rendido a tus pies. Simplemente, sé irresistible.

Clare se levanto de un salto para abrazar a su hermana y decirle lo mucho que la quería, mientras la perra no paraba de ladrar y dar saltitos a su alrededor como queriendo participar del momento.

—¿De verdad lo crees?—Preguntó esperanzada.

—Pero bueno, ¿qué le ha pasado a la orgullosa y segura Clare Stanton?

La muchacha la miró con pesar.

—Creo que se ha perdido en Brighton.

—Pues la quiero de vuelta—la amonestó Sarah—, y no quiere hablar de anulación.

Al ver que Clare iba a protestar le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—¿Acaso quieres ser una paria social?—Sarah sabía que era eso lo que más podría herir a su hermana ya que Clare había vivido siempre creyendo que se convertiría en una de las grandes damas de la buena sociedad, cuya aprobación buscarían todos en cualquier asunto si querían codearse con los pares del reino. Pues entonces olvida cualquier estúpido temor que puedas tener intentó inspirarle confianza—, en lo referente a... a... Dios como le costaba hablar de ese tema.—.. a la consumación del matrimonio.

—Tú no has visto a Julián— Protestó.

—Y tú aún no has tenido intimidad con nadie, así que al menos en este tema yo soy la más experta.

Clare sonrió a su hermana pequeña, aunque en realidad no era tan pequeña, se llevaban poco más de un año.

—Clare—Sarah la miró muy seria—. ¿Quieres la anulación? Se honesta por favor.

Guardó silencio durante unos minutos porque ella sabía cuales eran sus verdaderos deseos.

—Aunque suene egoísta—suspiró—, no, no la quiero.

—Pues entonces no se hable más.

\*\*\*\*\*

Cuando Clare se hubo marchado de la habitación de Sarah, esta se volvió a sentar en su amplia cama y pensar en todo lo que la otra le había confesado. ¿Acaso no se había dado cuenta de que Julián era lo que necesitaba para ser feliz? Era el marido ideal para su hermana. Clare a veces podía ponerse insoportable con su altanería y engreimiento, por eso necesitaba a un hombre que no cayera rendido a sus pies ante una de sus estudiadas sonrisas para desarmar al sexo opuesto y supiera imponer su voluntad cuando se comportaba de forma egoísta.

Lo mejor de todo era que su cuñado reunía todos y cada uno de los requisitos que Clare siempre había exigido en un hombre, claro que sentirse atraída hacia su marido hasta el punto de perder la voluntad no es que fuese un requisito que ninguna mujer persiguiera. Sin embargo Julián era sensible, prueba de ello eran los cuadros que había pintado de su hermana sin que esta lo supiera; por otro lado también era razonable ya que sabía pedir disculpas cuando se equivocaba, y lo mejor de todo, había conseguido que Clare lo defendiera, anteponiéndolo a él. a lo que Sarah pudiera pensar respecto de su cuñado.

Clare no quería que ella pensara mal de Julián, como tampoco le había gustado que dijera que era atractivo. ¿Celos? Empezó a sonreír sin poder evitarlo.

—Desde luego que sí —le dijo a Alira, que la miraba como comprendiendo lo que ella quería decir.

No tenía la menor duda de que era el hombre perfecto para Clare y pensaba poner todo de su parte para que esos dos validaran ese matrimonio. Sonrió pensando que incluso podría arrastrar a Justin en su hazaña. Después de todo, no dejaba de decirle que haría todo cuanto ella le pidiera.

## XI

—¿Vas a hacer algo esta noche?—Preguntó Justin a su amigo mientras se servía una copa de Oporto para después tomar asiento junto a la chimenea.

—Creo que no.

Justin miró por encima de su copa el semblante sombrío de Paul intentando descifrar que era lo que lo tenía en ese estado de abatimiento tan poco habitual en él. Su amigo y compañero de piso de soltero desde que ambos, junto con Christopher Stanton, primo de su prometida, decidieran independizarse de sus respectivas familias para dedicarse de pleno a sus sonadas correrías, llevaba algunas semanas fuera de sí y en un estado de melancolía tal, que cada día que pasaba se preocupaba más del estado mental de este.

—Si te apetece puedes acompañarnos—lo invitó—, creo que esta noche me espera una velada de lo más interesante.

Al ver la cómica expresión de su amigo, Paul no pudo evitar sentir curiosidad por saber cuales podrían ser los planes que tenía preparados Justin, aunque estaba completamente seguro que

Sarah Stanton, la futura esposa de este, estaría de por medio con su poco habitual forma de comportarse.

—Tal vez si me ilustraras un poco— Le sugirió Paul.

—No te lo vas a creer— le dijo risueño.

—¿Debo suponer que la pequeña Sarah está de por medio?— Preguntó conociendo la respuesta de antemano.

—Exactamente Señor Saint-Jons, aunque...—Intentó sonar misterioso mientras adoptaba su clásica actitud indolente—, esta vez se trata de la otra hermana.

—¿De Anne?—Preguntó preocupado ya que la mujer de su amigo Chris y primo de la prometida de Justin, era su mejor amiga.

—No, no— Negó el hombre rubio.

—Pues no entiendo nada.

—Se trata de Clare, la hermana mediana.

—Humm...—Paul no supo que decir. Desde que ocurriera el incidente que propició el precipitado matrimonio de Clare con el tío de Anthony no había vuelto a saber nada de aquella pareja. El otro le había dicho qué era lo que podría haber hecho cambiar de idea a su tío en cuanto a lo del matrimonio con la joven, puesto que Julián desde un principio se negó a casarse con ella. Según Anthony, parecía detestarla—. Creía que aún estaba de luna de miel en Brighton—Intentó parecer interesado, aunque lo cierto era que desde aquella noche prefería no pensar en nada que tuviese que ver con la joven.

—Por lo visto no ha habido tal luna de miel—Le contó el otro con una sonrisa enigmática.

—Sigo sin entender Justin—Paul parecía divertido por el tono jocoso de su amigo.

—Paul —le previno—, esto que te cuente no puedes repetirlo, si Sarah se entera de que voy chismorreando sobre las intimidades de su hermana es capaz de cortarme la cabeza.

El hombre moreno lo miró indignado —Sé guardar un secreto— Respondió airado—. Además, el hecho de que Clare Stanton esté de por medio —agregó en tono bajo—, solo puede significar un cosa. ¡Problemas para algún pobre necio; Nunca he conocido a nadie tan caprichoso como esa jovencita—Murmuró entre dientes.

—Créeme si te digo que si alguien se entera de lo de esta noche —le confió sonriendo—, el que va a estar en problemas voy a ser yo mismo.

—¿Quién es la víctima esta vez?— Preguntó con el corazón en un puño, temiendo que Clare hubiese orquestado algún malévolo plan en contra de Anthony para vengarse de él al sentirse rechazada.

—Pues ni más ni menos que ella misma aunque no lo creas— dijo por lo bajo ante la mirada incrédula que le dirigió su amigo—, claro que teniendo en cuenta la situación en la que se encuentra, puedo llegar a comprenderla—Se terminó su copa acercándose a la licorera para llenársela de nuevo—. Empiezo a sentir lástima del futuro Conde sin apenas conocerlo— Agregó teatralmente mientras se giraba a mirar a Paul—. Al parecer mi cuñada es de armas tomar.

Después de que Justin hubo puesto al día al otro sobre los planes de su futura cuñada para recibir educación en lo referente a las relaciones sexuales se marchó en dirección a casa de la Condesa de Winchester, madre de su prometida, y donde se encontraba residiendo la espectacular muchacha junto con su recién no estrenado marido.

—Aún no me puedo creer que estemos aquí—Susurraba nerviosa Rebeca a su amiga mientras se cubría más el rostro con aquella enorme máscara—. Si mi hermano se entera de lo que hemos hecho me mata—Al ver la sonrisa petulante en el rostro de Clare se alteró aún más—. Y a ti también por arrastrarme en tus locuras—La regañó recitando una de las frases favoritas de su hermano

Richard, quien no veía con buenos ojos la influencia que decía que Clare ejercía sobre ella.

—No sea ridícula Señorita de Vére—Le dijo Clare adoptando pose de matrona mientras sus enormes ojos verdes chispeaban de emoción—. Además, recuerde que está haciendo un favor a una amiga—Tras colocarse bien el pronunciado escote del vestido negro de satén que se había puesto en su intento de simular ser una joven viuda, tomó de la mano a Rebeca y la empujó en dirección al saloncito en el que podrían ver como se llevaba a cabo el acto sin ser vistas por sus protagonistas.

—Tiendo a pensar que tu hermana se ha indispuerto sospechosamente.

—¿Qué quieres decir con eso?—Le preguntó la hermosa rubia—. Aunque en realidad no importa si Sarah está o no realmente enferma—sonrió marcando sus deliciosos hoyuelos mientras esperaba que una de las mujeres de aquel antro que se había hecho cargo de ellas les abría la puerta y les indicaba que pasaran.

Becky, como solo llamaban a su amiga ella misma y el hermano de esta, la miró sospechosamente.

—Mi hermana no estaba de acuerdo con el plan—al decir esto se encogió de hombros—, por suerte Justin no es tan mojigato como ella y ha decidido ayudarme.

—¿Sarah no sabe que estamos aquí?—Preguntó Rebeca—. ¿Me has mentido para conseguir que te acompañara?—Suspiró mordiéndose el sobresaliente labio superior—. Cuando mi hermano se entere me va a matar.

—Vamos Becky —La consoló mientras le daba un pequeño apretón para tranquilizarla—. No va a pasar nada malo—le explicó— y por supuesto que mi hermana sabe que su prometido es quien nos acompaña—la miró cómplice—, es más, le ha hecho prometer que no se separará de nosotras hasta que estemos de vuelta sanas y salvas en casa.

—¿Sabes Clare?—Le preguntó su amiga con resignación mientras la seguía en aquella extraña estancia—. Pensé que al convertirte en una mujer casada te habrías reformado.

—¿Se supone que eso es un insulto?—Clare se sentía tan ansiosa y excitada que nada conseguiría molestarla.

—No me parece nada graciosa esta situación—Le reprochó la pequeña pelirroja.

—Me haces parecer una bruja—Al decirle esto hizo un gesto para indicarle que tomara asiento junto a ella—. ¿Sabes?—Susurró con pesar.—Te pareces a Julián criticando todo lo que hago.

—Una bruja no—Sonrió Becky.— ¡UN DEMONIO;

Ambas mujeres estallaron en delicadas carcajadas que provocaron sin saberlo el interés de muchos de los caballeros que se encontraban en aquel lugar.

Entre ellos el del marido de una de ellas.

Julián volvió el rostro hacia el lugar del que provenían aquellas risas nerviosas. Sin saber por qué sintió que había algo familiar en una de esas mujeres, algo en aquel estruendo lo conmovía y, como no, se moría de ganas por saber a quien pertenecería aquel sonido. Desde que conociera a su manipuladora esposa no había vuelto a sentirse atraído hacia ninguna otra mujer, mucho menos sabiendo que tenía todo el derecho del mundo a tomarla cuando quisiera pero que su único obstáculo era él mismo, quien se había trazado un objetivo, LA ANULACIÓN DE SU MATRIMONIO, cuya meta podría obtener si no consumaba este. Una meta que se le hacía más difícil de cumplir cada día que pasaba al lado de su mujercita, viéndola pavonearse de la belleza inusual con la que había sido bendecida, oyéndola hablar de todas y cada una de sus amistades, preocupándose por sus cosas y dando consejos. Se creía la perfecta anfitriona y una dama incuestionable pensó con burla, aunque tenía que reconocer que muchos de ellos no eran nada aconsejables, a pesar de que Clare pensara lo contrario.

Y lo peor era su olor.

Cuando se encontraba cerca de ella una sensación de sed incontrolable lo embargaba, adueñándose de su cuerpo, acelerando sus sentidos y subiendo su calor corporal a límites nada recomendables teniendo en cuenta la insatisfacción que lo consumía; sobre todo cuando no usaba perfume, que por desgracia era la mayoría de las veces, ese olor singular de su piel, el aroma de su cuerpo de mujer que parecía suplicarle que la hiciera suya lo hacía dudar severamente de que no fuese un animal en celo.

—¡Lord Strafford; Qué agradable e inesperada coincidencia— Exclamó Justin al verlo mientras tomaba asiento en la mesa de juego donde se encontraba Julián. Desde luego él era un maestro en actuar como si nunca ocurriese nada fuera de lo habitual, algo tan poco habitual como el hecho de que estuviese en aquel lugar en calidad de acompañante e instructor de la esposa del otro, sin el consentimiento de este por supuesto. Lo cierto es que actuaba como si aquella escandalosa situación fuera la cosa más normal del mundo. —¿Puedo?—Le preguntó una vez que estuvo sentado.

—¿Acaso no ha tomado asiento ya?—Preguntó Julián divertido. Lo cierto era que aquel escocés arrogante le caía bien.

—Vaya Justin—Exclamó Anthony que había acompañado a su tío a jugar a las cartas. Ambos se conocían por mediación de Paul—, que sorpresa verte por aquí, tenía entendido que andas tan embobado con tu prometida que hasta has olvidado como se juega a las cartas.

Justin esbozó ese amago de sonrisa tan peculiar en él, sonriendo interiormente arte la que le esperaba a su futura cuñada si su marido llegara a descubrirla en la habitación reservada para los mirones. Suspiró cansadamente feliz de que por fin aquella absurda situación comenzara a tomarse interesante.

—Creo que esa misma fuente es la que me informó que no te gusta visitar este tipo de antros.

—En efecto —Asintió Anthony con gracia—, esa persona me conoce lo bastarte bien — Una delicada sonrisa asomó a sus labios al recordar a Paul—. Aunque he venido acompañando a mi tío —

Le confió cauteloso—. El pobre necesita un poco de distracción ya que anda muy estresado.

—Anthony —Le advirtió Julián, quien había bebido más whisky de la cuenta, pero aún así no estaba dispuesto a airear sus problemillas conyugales, mucho menos con alguien de la familia.

—Ya me callo— Se avergonzó su sobrino.

—Querido amigo —Carcajeó un caballero que se encontraba ma—noseando a una belleza morena próximo a la mesa donde se en—contraban—, si alguien me llega a decir que uno de los hombres más afortunados de Londres tiene que buscar diversión fuera de su casa lo hubiese retado a duelo por blasfemo.

—Supongo que la fortuna se debe a tu esposa—Indicó Anthony a su tío que empezó a fruncir el ceño ante lo que acababa de decir el otro.

—Desde luego que debe de tener usted un apetito insaciable— intervino otro un poco más joven en tono jocosos antes de tomar asiento junto a ellos. —O tal vez —la maldad que destilaban sus palabras no pasó desapercibida para nadie—, la muchacha resultó ser defectuosa.

Justin apretó los puños al ver como el marido de Clare parecía indiferente a los comentarios que se lanzaban sobre esta a diestro y siniestro, como si en realidad no le importara lo que se pudiera pensar de ella. A pesar de que le hubiese gustado intervenir y hacer callar de un fuerte puñetazo en la mandíbula al imbécil que se les había unido sin que nadie lo invitara, decidió que a quien retaría a duelo sería al propio Julián por no defender el honor de su recién adquirida esposa. ¿Qué demonios pasaba allí para que el hombre se negara a consumar su matrimonio?, no podía ser que no le gustasen las mujeres, en demasiadas ocasiones se lo había encontrado en lugares muy parecidos al que estaban en aquel momento, y por cierto que bastante bien acompañado. Ahí había algo más y pensaba interrogar a Sarah al respecto, su querida novia no le había puesto al tanto de todos los destalles de aquella poco ortodoxa situación.

—Ya decía yo que los ángeles no podían ser perfectos.

En ese preciso instante Julián se levantó de la mesa sin despedirse de nadie para dirigirse a la puerta de la habitación de la que supuso procedían las risas que había oído con anterioridad. Libraba una lucha encarnizada en su interior por controlar la ira que empezó a adueñarse de él cuando escuchó el nombre de Clare en labios de otros hombres, sobre todo por la forma en la que se referían a ella, deseando que la inalcanzable belleza de la temporada se hubiese caído de su pedestal de oro. Si supieran que su esposa daba muestras de ser tan entusiasta en la cama que él apenas se atrevía a acercarse por miedo a perder el poco control que podía mantener cuando la tenía cerca, dejarían de hacer ese tipo de comentarios y la envidia los embargaría por completo. Corroyéndole las entrañas, como él hubiese deseado hacer.

Sin dirigir su mirada atrás, hacia la mesa que acababa de abandonar, se dispuso a abrir la puerta de color dorado tras la que se ocultaba su presa, sin embargo se encontró abordado por Emilia, una vieja conocida suya y socia de aquel lugar de juego destinado a la buena sociedad, quien no le permitió entrar.

—Lo siento Julián —se disculpó con una mueca—. No puedo dejarte pasar. Unas damas—Le informó poniendo énfasis en la palabra—, han reservado el lugar para ellas solas. Ni siquiera ese Lord tan guapo que las acompaña—dijo mientras señalaba con su mirada a Justin—, ha querido entrar con ellas, y me ha compensado generosamente por mantener en secreto la identidad de las señoras.

Julián dirigió su mirada hacia el hombre rubio que continuaba sentado en la mesa de juego, quien por lo visto era el acompañante de aquellas viudas, según decía Emilia, claro. Presintió que allí había gato encerrado ya que el escocés daba muestras de estar completamente enamorado de su prometida.

Después de dudar durante unos breves segundos, decidió acudir al chantaje emocional para lograr su objetivo ya que fue él quien hizo de prestamista cuando Emilia acudió en su busca para que le facilitara el dinero y poder entrar como socia capitalista en el negocio de la carne, pasando de ser una simple prostituta a empresaria en aquel comercio. La Madame no debía olvidar que nadie más que Julián quiso ayudarla cuando lo necesitó.

—Vamos querida— su voz era tan suave y encantadora que la mujer lo miró con adoración, esperanzada al pensar que podría volver a tener a aquel espectacular hombre en su cama a pesar de su repentino matrimonio—, solo siento curiosidad. Creo conocer a una de ellas y me gustaría saber qué está haciendo en esa habitación.

—¿Acaso no eres un reciente y feliz hombre casado?—Preguntó Emilia rezando para que su respuesta fuera la que ella esperaba.

—Si lo fuera—su tono lastimero conmovió a la otra—, ¿crees que estaría aquí a tan pocas semanas de mi sonado enlace?

Julián fijó su profunda mirada azul oscura en su vieja amiga y amante hasta que está le sonrió con comprensión.

—Parece que la muchacha no es lo que se esperaba de ella—Dijo con conocimiento insistiendo en lo que ya se iba volviendo un ensordecedor rumor—. No puedo decir que lo sienta—Al decir esto le lanzó una provocativa sonrisa.—A esas señoritas tan finas y bien educadas parece que nadie les enseña a complacer a sus machos. No digamos, a uno con tu insaciable apetito.

—¿Entonces?—Julián sabía que había ganado la contienda por lo que decidió no sacar a la mujer de su error en cuanto a las conclusiones que había sacado de su matrimonio. Que pensara lo que quisiera se dijo, que todos pensarán lo que les diera la real gana con respecto a Clare.

—No puedo dejarte pasar porque su acompañante sería capaz de matarme—le dijo muy seria consiguiendo que éste frunciera un poco el ceño al ver que Emilia no claudicaba. Se sorprendió un poco ya que esta nunca antes le había negado nada—. Pero—tomándolo del brazo se lo llevó a la habitación contigua en la que se encontraban las mujeres y se encerró con él sin que pudiera apenas protestar—, creo que puedo hacer algo por ti —Le dijo sonriendo.

\*\*\*\*\*

Clare y Rebeca estaban boquiabiertas, sonrojadas y entusiasmadas. La habitación estaba totalmente a oscuras y la única luz existente procedía de la estancia anexa, separada tan solo por un ventanal que ocupada casi toda la pared, a través del cual ellas podían ver todo lo que ocurría desde su cómodo asiento. Se encontraban colocadas directamente frente a dicha ventana y, según habían sido informadas por Justin, las personas que se encontraban tras el cristal sabrían que estaban allí pero no podrían reconocerlas debido a la oscuridad de la habitación en la que estaban. En cuanto estuvieron bien acomodadas, tuvo que reconocer que los sillones eran realmente cómodos y elegantes, les sirvieron champagne, por orden de su futuro cuñado, para que así se relajaran un poco y, según les dijo este mientras les guiñaba un ojo y sonreía con socarronería, disfrutaban.

Antes de que las dejaran a oscuras, Becky y ella se habían entretenido investigando la estancia y comentando que para ser un lugar con tan mala reputación, todo estaba decorado con buen gusto y elegancia. Incluso podría asemejarse a las de sus propias residencias, cosa de no había dejado de sorprenderlas puesto que esperaban encontrar suciedad y desorden por todos lados, así como comentarios vulgares y gente corriente que las molestara. Para su sorpresa había resultado todo lo contrario y estaban encandiladas.

Gracias a su negro atuendo, el cual incluía llevar la cabeza cubierta con un velo, así como a las máscaras que habían utilizado para esconder su rostro, del mismo tono azabache que el de su vestido, habían pasado desapercibidas, o al menos habían resultado

ser unas desconocidas para los caballeros que se encontraban allí, despertando la curiosidad de estos. Incluso muchos de ellos eran conocidos de ambas, algunos hasta habían sido sus pretendientes más insistentes.

Una vez estuvieron instaladas y las luces se hubieron apagado, se tomaron de las manos para darse ánimos en aquella loca aventura.

Clare no había dejado de pensar en ningún momento lo que podría aprender de primera mano, bueno, no tan de primera, pero al fin sabría que es lo que pasaba cuando un hombre y una mujer intimaban, y ASÍ podría retomar sin temor su misión de obligar a su marido a consumir su matrimonio. Al menos por lo que llevaban visto se sentía intrigada y deseosa de ocupar el lugar de la mujer en aquella enorme cama de sábanas de seda blanca cubierta de pétalos de rosas rojas, imaginándose que el hombre que besaba cada rincón de su cuerpo no era otro que su marido.

## XII

Julián salió hecho un basilisco de la habitación donde Emilia lo había llevado para que espicara por unos agujeros que había en la pared, ocultos tras unos retratos, lo que ocurría en la estancia contigua.

¡Maldita y mil veces maldita;

¿Quién se había creído que era esa mujer para hacer de su vida lo que le diera la gana? ¡Ah no! Él no iba a permitirle que se saliera con la suya. Esta vez no. Primero ajustaría cuentas con ella y después lo haría con ese villano que se suponía se iba a casar con su cuñada. ¿De verdad pensaba qué iba a permitir que se comportase con total impunidad? Pues iba lista si creía que era un pelele al que ignorar o pasarle por encima como solía hacer con los hombres a los que estaba acostumbrada a tratar. Apretando los puños intentó contener en lo que pudo su ataque de rabia.

Aún no daba crédito a lo que había visto.

Cuando miró por las pequeñas aberturas que daban a la estancia donde se encontraba la mujer, cuya risa cantarína había llamado su atención hasta el punto de despertar su curiosidad por saber quién era, jamás se hubiese imaginado que se trataba de su propia esposa. En un principio había apreciado la esbelta y pequeña silueta envuelta en satén negro sin percatarse siquiera que se trataba de Clare. Estudió admirado su fino perfil imaginando, como el tonto por el que esa malcriada pretendía hacerlo pasar, de qué color y forma podría ser su cabello. Si hasta le había pasado por la mente dar con la manera de sobornar a Emilia para que le dejase entrar en la habitación donde se encontraban las mujeres. Sin embargo todo pensamiento racional se esfumó cuando el objeto de su atención, aquella misteriosa viuda, se descubrió la cabeza con el fin de arreglarse el tupido velo que la cubría, dejando ver un lustroso y casi blanco pelo rubio que hubiera reconocido en cualquier parte.

Fue en ese instante que perdió el escaso control que había podido mantener después de semanas compartiendo el dormitorio con ella. Semanas en las cuales se había obligado a mantener las manos quietas en lo que a su esposa tocaba, pasando por un completo infierno. Respiró pausadamente. Hervía de indignación. Más duro había sido observar a su mujer lanzando grititos de sorpresa y admiración mientras observaba a aquella pareja practicar el coito. Hubiera jurado que tanto Clare como su amiga estaban excitadas en aquel momento, en el que al menos él, tenía la libido por las nubes.

—¿Cómo se atreve a... —Fue la pregunta sin terminar que Clare lanzó a su marido cuando lo vio abrir de una patada la puerta tras la cual se encontraba esta junto con Becky. Se quedó muda de la impresión al verlo en tal estado de cólera y apestando a alcohol. ¿La habría descubierto? No pudo evitar encogerse. Esta vez sí que la iba a matar. Estudiando nerviosamente su atuendo, el cual había escogido con esmero para acudir a dicho local, decidió que Julián no podría haber sabido nunca que se trataba de ella. ¿Oh, si?

—Señor —Rebeca no había reconocido al marido de Clare por lo que actuó como dama ultrajada—, haga el favor de salir inmediatamente. ¡Esto es una reunión privada;

A la pelirroja la movía más el miedo de que su hermano descubriera que la habían encontrado en tal lugar en compañía de Clare, que el aspecto de matón que el esposo de su amiga presentaba en aquel momento.

—Por favor Julián—suplicó Emilia temerosa de que el hombre armara un escándalo de tal calibre en su negocio, que este pudiera perder interés para la gran cantidad de caballeros que se habían vuelto clientela habitual—. La dama tiene razón.

Mientras le hablaba le acariciaba el antebrazo al marido de la rubia platino, sin saberlo, en intento de aplacar la furia del hombre a la vez que miraba a Clare con una disculpa en los ojos y haciéndose mil preguntas.

Clare por su parte le devolvió la mirada a la mujer lanzándole puñales con los ojos por la forma en que se dirigía y tocaba a Julián. Estaba convencida de que esos dos se conocían muy bien, y que de hecho su amistad era tan íntima como la de los protagonistas de la escena que acababa de presenciar. La dueña de aquel sitio actuaba sin pudor alguno, igual que la otra noche había hecho la tal Fiona. ¿Acaso Julián seguía manteniendo a sus amantes mientras seguía casado con ella? ¿Era capaz de darle a otras mujeres lo que por derecho le pertenecía a su esposa y se negaba a compartir con ella?

—¿Julián? —Preguntó temerosa Rebeca al reconocer al Conde de Strafford frente a ellas—. ¡Oh Dios mío!—Exclamó—. Mi hermano me va a matar— Dijo volviéndose a mirar a Clare, quien se mantenía tercamente callada— ¿Qué hacemos?— Preguntó en un susurro casi inaudible.

Clare pensó que su marido podría sospechar, pero no estaba seguro de que fuera ella, en caso contrario ya habría dicho o hecho algo escandaloso como era habitual en él. Por el momento solo la miraba, eso sí, le lanzaba dardos envenenados con los ojos, pero solo la miraba.

—Querida —se dirigió a Clare en un tono que no admitía réplicas—, ¿harías el favor de acompañarme a casa?

—Creo que se confunde Señor —fue la respuesta de su mujer, quien estaba indignada por encontrarse a su marido en aquel lugar en compañía de aquella dama—. Mi esposo murió recientemente.

Becky no pudo evitar soltar un grito de sorpresa al percatarse de quien era el hombre que había osado inmiscuirse en su aventura. Clare la miró por detrás del oscuro velo con un mal gesto para que no metiera la pata. Un cuerno le iba a dar el gusto a su marido de humillarla en un antro como ese.

—Clare —Intentó avisarla su amiga quien se llevó una verde e intensa mirada de reproche de la otra.

Rebeca se había percatado de que el hombre mantenía fuertemente cerrado los puños y temió que Clare lo enojara tanto que perdiera el control con ellas. Si ya las había reconocido, ¿para qué alargar aquella escena? Cuanto antes salieran de allí mucho mejor, con suerte su hermano no se enteraría de quienes eran las protagonistas de aquel nuevo escándalo.

Julián forzó una irónica sonrisa ante el desliz que acababa de cometer la otra joven, a quien pudo reconocer como a la hermana de Lord Pembroke. Intentó darle a entender a su mujer que no estaba para jueguecitos. Por lo visto ella prefirió ignorar su gesto de advertencia.

Sin que ninguno de los presentes, a excepción de Emilia, se diese cuenta, la estancia se había llenado de silenciosos curiosos, entre ellos Justin y Anthony; el primero contemplando aquella escena divertido y el segundo apesadumbrado.

—De eso ni hablar—le soltó su mujer molesta mientras veía como la dueña de aquel antro volvía a tirar de la chaqueta a su marido, con total confianza, para llamar su atención.

—Julián —Emilia estaba deseando que todo aquello acabara de una vez. ¡Qué situación tan embarazosa!—. ¿Se conocen ustedes?

—No —Respondió Clare, al darse cuenta de que la mayoría de los hombres que antes ocupaban el salón de juego se encontraban, o dentro de la habitación, o con la cabeza asomada a través de la desquebrajada puerta de esta, gracias a la fuerza de su esposo. Decidió que como Julián la delatará delante de todo aquel gentío quien lo iba a matar iba a ser ella.

—¿No? —Preguntó su marido arqueando una ceja mientras en un rápido movimiento le arrancaba la máscara del rostro— ¿Está segura, querida esposa?

Clare enmudeció al oír el murmullo asombrado y jocoso de los hombres allí presentes y ver la mirada calculadora de la mujer que antes se había atrevido a tocar a su esposo en su presencia.

—Creo que al final no necesitaras que te lleve de regreso—Intervino Justin risueño, atrayendo hacia su persona las miradas de las mujeres y de Julián.

Anthony por su parte se mantenía al lado de su tío con gesto estoico, en silencio, mientras miraba con compasión a Clare. Si esta fuera consciente del lío en el que andaba metida con su pariente, bajaría la cabeza y haría lo que este le ordenaba para no enojarlo más. A Julián jamás le había importado lo que pudiera pensar la buena sociedad con respecto a él, por lo que no dudaría en sacarla de allí por los pelos si no accedía a marcharse con él por las buenas. Decidió quedarse allí plantado en espera de ver lo que se avecinaba si la joven permanecía en su cabezonería, su tío necesitaría su apoyo, o mejor dicho, su tía.

Clare mantuvo la mirada fija en su esposo, midiéndolo, calculando hasta donde sería capaz de llegar para conseguir que ella le obedeciera. Al parecer lo que vio fue suficiente para que accediera a cumplir sus órdenes por las buenas. Como dama de alta cuna que se consideraba, con gesto arrogante y altivo cruzó por delante de él para obligarlo a seguirla. En un vano intento de ponerlo en su lugar.

—¡Ni lo sueñes;

La tomó del brazo con brusquedad en el momento justo en que esta pasó por su lado como si de la reina se tratara, para acto seguido arrastrarla hacia la puerta de salida ante la mirada lasciva de los hombres y, burlona de las mujeres que trabajaban allí.

—¿Quién apuesta conmigo a que la dama no tiene ningún defecto?—Preguntó Justin soltando una estruendosa carcajada ante la mirada estupefacta de los caballeros que se encontraban presentes, provocando que Anthony no pudiera evitar sonreír ante la ocurrencia de uno de los amigos de su adorado Paul.

## XIII

—No le veo muy feliz, futuro conuñado— Susurró Justin al marido de Clare mientras le daba una copa de coñac con una sonrisa burlona.

—¿Le parece?— Le preguntó el otro con cara de querer matar a alguien, después de todo, el prometido de su cuñada era uno de los causantes de que se viera en aquel nuevo lío.

Justin volvió a mirar el lugar en el que se encontraba la chica rodeada por un buen número de admiradores alzando las cejas en un gesto cómico. Los hombres andaban escandalosamente tras sus faldas después de que todo Londres comentara el episodio de la pasada noche.

Por lo visto, el hecho de que la hermosa Señora Penfried y futura condesa de Strafford, acudiera a un famoso burdel en busca de diversión cuando apenas llevaba semanas de casada, había alentado a más de uno de los que previamente se sintieron desilusionados con la repentina boda de la joven: desmintiendo así, de un plumazo, el rumor que había empezado a circular acerca de la frigidez de la muchacha.

Justin se volvió hacia su cuñado encogiéndose de hombros a modo de respuesta.

Julián por su parte no apartaba la mirada de su esposa apretando los dientes en un intento de contener su coraje. La otra noche podría haber llegado al asesinato cuando descubrió quien era. Y pensar que se había decidido a entablar amistad con ella, decidido a pasar una buena velada que le hiciera olvidar por unas horas a su caprichosa y engreída esposa. No pudo evitar sonreír a pesar del enojo que sentía. Allí estaba ella, coqueta, exquisitamente refinada, bellísima, angelical, mientras la luz del atardecer lanzaba destellos dorados de su cabello platino. La inocencia personificada aunque todos la creyeran una casquivana, pensó con ironía. Y allí estaban todos esos buitres sarnosos, acechándola, intentando rozar su piel sin disimulo alguno, creyendo que serían bien recibidos en la alcoba de su joven esposa; y mucho se temía él, que la otra lo permitiría después de pasado un tiempo sin que consumaran su matrimonio. Por lo visto su mujer sentía una inmensa curiosidad por experimentar los placeres de la carne como, desgraciadamente para su paz mental, pudo descubrir por sí mismo.

De pronto una duda le cruzó por la mente, ¿acaso sería capaz de permitir que otro ocupara el lugar que a él le correspondía en su lecho? Solo de pensar en esa posibilidad un sudor frío comenzó a recorrerle por la espina dorsal poniéndole el vello de punta. ¡Y un cuerno iba a permitir que lo hiciera cornudo;

—Querido yerno —su suegra lo tomó del brazo—. ¿Qué hace aquí tan solo?—Le preguntó mientras lo obligaba a dirigirse al jardín, hacia el lugar en el que se encontraban todos celebrando el cumpleaños de uno de los hijos de Anne, la hermana mayor de su esposa—. Venga, vayamos a sentarnos con Clare —le sugirió—, por lo visto los anteriores pretendientes de mi hija no se han dado por vencidos a pesar de su enlace.

—¿Usted cree?—Le preguntó clavándole la mirada mientras esbozaba una sonrisa siniestra—Entonces suegrita —su enojo no pasó desapercibido para Melinda aunque decidió hacer como que no lo había notado—, permítame hacer algo al respecto.

Mientras lo decía se colocó justo detrás de su esposa quien en aquel momento parecía muy atenta a una triste historia que le estaba contando en aquel momento ese cretino de Lord Weston, un hombre de la misma edad que la suya y que se mostraba compungido por no sé que cosa le ocurría al sobrino de alguien. Julián se percató de inmediato que trataba de ganarse el afecto de Clare por medio de la compasión y la lástima.

—Julián— Lo saludó Clare volviendo su rostro hacia él a la vez que le dirigía una fugaz y tímida sonrisa.

Ella aún recordaba la terrible escena de hacía dos noches, cuando regresaron a su dormitorio después de que la descubriera en aquel lugar de libertinaje. Para su asombro, su marido no le había hecho reclamos, únicamente se limitó a observarla en silencio mientras ella trataba de explicar que no se había comportado de manera deshonesto, sino que simplemente había querido saciar su curiosidad en lo referente al lecho conyugal. Él, por su parte, le dijo que la comprendía y salió del dormitorio dejándola sumida en una gran confusión. Desde aquel momento le quedó claro que el único sentimiento que se permitía hacia ella era la indiferencia. Era la única explicación posible. De no ser así, se habría sentido insultado por su desvergonzado comportamiento y le habría armado una buena.

Aquella noche, aún lo tuvo más claro.

—Querida —Le respondió con una sonrisa a la vez que se inclinaba hacia ella para darle un fugaz beso en los labios. Sintió que su cólera disminuía un poco al ver la sorpresa en aquellos ojos verdes y la envidia en la mirada de Weston—, había pensado que más tarde podríamos ir a dar un paseo, me gustaría que discutiéramos un asunto que tenemos pendiente.

La invitación de Julián fue acompañada por una alentadora sonrisa que consiguió dejarla sin habla.

Clare entrecerró los ojos un momento, ¿qué se le habría ocurrido ahora? ¿Acaso pensaba castigarla cuando ella ya creía que se le había pasado el mosqueo? No pensaba darle el gusto en absoluto. No iría a pasear con él.

—Claro— Fue lo único que se vio capaz de decir antes de ver como su esposo se marchaba del lugar, dejándola nuevamente sola ante el acoso sin medida de aquellos caballeros a los que empezaba a odiar. ¿No había decidido no salir con él?

\*\*\*\*\*

Mientras paseaban por Park Lane Clare se fijó en que su esposo se comportaba de forma un tanto extraña ese día. Estaba angustiada pensando en el escarmiento que le tendría preparado por lo de la casa de citas. ¿Sería capaz de armarle un escándalo en mitad del parque y delante de la respetable sociedad? Ese sin duda sería el peor castigo que podría dispensarle. Empezó a mover nerviosamente las manos, gestó que no pasó desapercibido para el hombre, quien decidió que media hora de absoluto silencio entre ellos, desde que la recogiera para salir a pasear, era suficiente.

—¿Nerviosa?—Le preguntó sin detenerse a mirarla.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

Julián no pudo evitar sonreír ante tamaño embuste.

—Por supuesto, ¿por qué deberías estarlo?

—¿Cómo que debería?—Le preguntó achicando los ojos pero manteniendo la vista al frente mientras caminaban.

—Quizás, señora mía, sufre de amnesia y ha olvidado convenientemente lo sucedido la pasada noche.

—Tengo una memoria excelente.

Su descarro no dejaba de sorprenderlo.

—Naturalmente —Convino con ella—. Entonces recordarás— volvía a tutearla— las imágenes de la pareja a la que observabas a través del frío cristal.

Clare se paró en seco y se volvió a mirarlo echando chispas por los ojos mientras le apuntaba con un dedo en el pecho.

—Estúpido engreído.

A Julián aquel gesto lo pilló por sorpresa y tuvo que contener la risa ante aquella pintoresca situación. ¿Ahora resultaba que la ofendida era ella?

—Yo no estaba haciendo nada malo, tan solo estaba tomando unas clases teóricas de lo que significaría compartir mi cuerpo con mi esposo— vio como una sombra cruzaba por la mirada del hombre oscureciendo sus ojos a un azul intenso—. ¿Podría decirme qué hacía él allí en ese lugar y en compañía de aquella mujer?

¿Sería posible que la muy manipuladora estuviese volviendo la situación a su favor?

—No —Dijo para molestarla.

—¿Qué no? ¿Cómo qué no?

—¿Encima de olvidadiza eres sorda?—Nunca hubiese creído que pudiese divertirse con las maquinaciones de Clare, aunque intentó aparentar enfado.

—Por si no se ha dado cuenta aún, querido marido, rayo la perfección.

—¿De veras?

La actitud de Julián era insultante. ¿Cómo deseaba tirarle de los pelos y hacerle ver a golpes la suerte que había tenido de casarse con ella;. ¿Cómo podía ser tan insufrible? Después de observarlo un momento se dio cuenta de que estaba jugando con ella.

—Me estás tomando el pelo.

Julián no pudo evitar sonreír y, al hacerlo, un hoyuelo se le marcó en la mejilla. Clare se quedó mirando su sonrisa con embeleso, prendada de la transformación que se había producido en su fiero rostro. Hasta sus ojos parecían irradiar una luz chispeante. Empezó a jadear, sintiendo un anhelo dentro de ella que solo podía identificar como lujuria. ¡Dios mío; Cuánto deseaba que la tomara en SUS brazos y la besara, le enseñara los placeres de la carne... Intentó desechar las imágenes de aquella pareja de su mente. Si Julián llegara siquiera a sospechar que soñaba despierta imaginándose en el lugar de aquellos y, que su compañero de juegos era él, la despreciaría de por vida.

Ajeno a los calenturientos pensamientos de su mujer, se acercó a ella para gastarle una última broma. Sin embargo se paró en seco cuando se fijó en su apasionada mirada verde oliva a la vez que percibía aquel aroma embriagador de su cuerpo. Era hambre lo que veía en su mirada, pero un hambre que hasta el momento no había estado dispuesto a satisfacer. No se dio cuenta cuando se colocó detrás de ella y empezó a olisquearle la nuca. Aquel olor lo atraía como un imán. Se había hecho más intenso en la última semana o, al menos, fue más consciente de él. En aquellos momentos solo podía pensar en una cosa. Su mente no parecía reaccionar, sus instintos habían tomado el control. No podía hacer nada por evitarlo, esa fragancia tan peculiar de Clare lo atraía irremediabilmente hacia ella. Lo llevaba al filo del precipicio.

—Hueles a puro sexo.—Le susurró al oído a la vez que la tomaba de la mano y la sacaba del parque en dirección a casa de su padre, que estaba a dos manzanas. Iba tan concentrado en su destino que no se dio cuenta de que corría.

Ella no puso objeciones, se dejó guiar por su marido hasta donde tenía pensado llevarla, quien sabía dónde. Iban tan deprisa que ni siquiera se detuvieron a devolver los saludos que recibían de las personas que se iban encontrando durante su trayecto. ¿Significaba aquello que iba a hacerla su mujer? Estaba deseosa por descubrirlo. Ni siquiera se atrevería a preguntar por si estropeaba el tan esperado momento.

Al llegar a la casa del Conde respiró hondo. ¿La había llevado a casa de su padre? ¿Con que fin? Seguramente no pensaría tomarla allí. Se humedeció los labios mientras Julián la arrastraba por la enorme mansión hasta el estudio para después cerrar la puerta de una patada, echarse sobre esta y arrastrarla con él para apoderarse de sus labios en un beso hambriento. Apenas saludó al mayordomo cuando este les abrió la puerta principal y les dio las buenas tardes.

—La mejor forma de aprender a complacer a tu marido es siguiendo unas clases prácticas —Le dijo sin aliento mientras dejaba de besarla para darle pequeños mordisquitos en el cuello.

—Humm...

—Supongo que eso significa que estás de acuerdo conmigo— No pudo evitar sonreír mientras la contemplada consumida por el anhelo.

—Bésame otra vez —lo urgió mientras se aferraba escandalosamente a él, utilizando la parte baja de su vientre para rozarse con aquella masculinidad—. Hazme todas esas cosas que vi.

—¿Estás segura?—Le preguntó mientras volvía a besarla—. No quiero reproches a destiempo.

—No los habrá —le suplicó—. Pero por favor, haz algo, estoy en un estado de no sé qué constante desde aquella noche.

Julián emitió un ronco suspiro mientras le iba quitando las horquillas del elaborado peinado a la vez que le desabrochaba, con evidente maestría, la infinidad de botones de la espalda. Ella a su vez le quitó la chaqueta con manos temblorosas, presa de anticipación, así como la camisa.

Con una mano barrió todo lo que había encima del escritorio de roble para colocar allí a la mujer mientras le bajaba por completo el vestido y todas aquellas innecesarias prendas, que estaban tan de moda, hasta dejarla desnuda por completo, tan solo con sus medias blancas de seda, sujetas por diminutas ligas rojas a juego con sus botines de piel de cabritilla. Clare tenía la piel enardecida por el deseo y estaba ansiosa por experimentar en carne propia el placer de la carne. Mientras Julián terminaba de arrancarle hasta la última prenda que cubriera su desnudez, ella lo acariciaba, lo manoseaba y, empezó a desabotonar su pantalón para dejar al descubierto el instrumento con el que aquel hombre le dio placer a aquella mujer por lugares insospechados para ella. Deseaba que Julián le hiciera lo mismo.

Julián la contempló un momento desnuda, echada sobre el escritorio, con el cabello rubio suelto, despeinado sobre los hombros, los ojos nublados por la pasión, de un verde intenso, una imagen digna de un cuadro, tal como él la hubiera pintado en Brighton. Inclinandose hacia ella enterró su boca entre el nacimiento de las piernas de ella. Necesitaba saborearla, prepararla para su embestida inicial. Ella estaba más que preparada. Estaba completamente mojada, derramando ese delicioso néctar que olía a pecado, un olor que lo volvía loco de deseo. Sin poder contenerse por más tiempo y, sentir las manos de Clare que lo arrastraban por el pelo hacia su boca nuevamente, le separó las piernas al tiempo que la besaba profundamente, embistiéndola tan salvajemente que temió haberle hecho daño de verdad. Por un momento se quedó quieto, esperando la reacción de su mujer.

Alzando la vista la miró a los ojos, pero al ver su expresión de cautela no supo si debía continuar.

—¿Ya está? Preguntó con una nota de desilusión en la voz.

—Acabamos de empezar.

Soltando una carcajada por su inesperada reacción, Julián empezó a mecerse dentro de ella, con movimientos rápidos, lentos, rápidos, enloquecedores, consiguiendo que ella se entregara totalmente a sus caricias y tuviera un papel importante en su iniciación al sexo. Era tal el estado de desenfreno de ambos que ninguno escuchó abrirse la puerta del despacho en el mismo momento en el que ambos llegaban al clímax.

—¡Dios Santo;

Clare estaba tan saciada y relajada que pensó que fue su marido quien había hablado al tiempo que la puerta se cerraba de golpe y Julián salía de dentro de ella para correr a ponerse los pantalones y salir detrás de alguien.

En ese momento en el que se quedó sola en la estancia y se miró se dio cuenta en realidad de lo que había pasado. Su marido la había llevado al mismo lugar donde ella lo obligara a aceptarla en matrimonio a través del chantaje para consumir su matrimonio. En esa habitación donde ella lo chantajeó para que la hiciera su esposa. Tragando saliva se vistió

apresuradamente e intentó arreglarse el peinado. Se miró los muslos y vio una minúscula gota de sangre, su sangre virginal. Aunque a decir verdad, apenas había sentido dolor. Esperó a que regresara Julián para que la ayudara a abotonarse la espalda mientras pensaba en qué lugar estaría ahora su matrimonio. Claramente ahora no podría haber una anulación, pensó con una sonrisa.

—No hay de qué preocuparse—, le contó Julián en cuanto regresó,—solo era Anthony. Por lo visto olvidé echar la llave a la cerradura.

—¿An... Anthony?

## XIV

La miró un momento intentando descifrar los pensamientos que le pasarían por la cabeza a aquella linda cabecita. Sin saber porqué se molestó pensando que tal vez ella no hubiese querido nunca que su sobrino los encontrara en aquella situación, después de todo, estaba enamorada de él y había intentado engañarlo para que se casaran. Deseó no haberse acostado con ella. Cerró los ojos un momento para borrar la imagen de Clare con su cutis de porcelana sonrosado por la actividad sexual y los labios hinchados por sus besos. Ahora sería mucho más difícil hacer como que no existía, después de todo habían consumado su matrimonio incluso delante de testigos. ¡Mierda; Era tan tentadora que solo un necio mantendría esa farsa de matrimonio sin pagar un alto precio. Mejor pensado, un necio no, un eunuco. Él no se tenía por ninguna de las dos cosas.

Pasándose la mano por el pelo alborotado en un gesto que lo caracterizaba, volvió a abrir los ojos para encontrarse con que su mujer lo miraba escondida entre sus inmaculadas manos. No pudo evitar sonreírle muy a su pesar.

Clare no sabía que pensar o decir. Se había acostado con su marido, mejor dicho lo habían hecho encima de una mesa, como animales en celo, sin palabras de amor, ni ternura, solo ansia y desenfreno. Para colmo Anthony los había visto mientras... Se tapó la cara con ambas manos debido a la vergüenza. ¿Desde cuándo había dejado de pensar en su primer amor para estar todo el día deseando revolcarse con el tío de este? En los últimos días se había descubierto soñando despierta con Julián, anhelando aquello que habían compartido hacía unos minutos. Ni una sola vez había pensado en Anthony. Ni una sola vez desde que estuvo en el burdel se acordó de él, solo un hombre moreno con ojos azul oscuro invadía sus sueños más escandalosos. Y mira que había llegado a soñar cosas innombrables a mujeres recién casadas como ella. ¿Qué dirían las matronas de la buena sociedad si en uno de los habituales téhs hablaban de la intimidad entre hombres y mujeres? Seguro que se escandalizarían si les relataba cómo había conseguido consumir su precipitado matrimonio. ¿La volverían a invitar a Almack's si organizaba una velada con un espectáculo para entretener a sus invitados como el que ella y Becky presenciaron? Desde luego que no, se respondió ella misma. Miró a su marido entre los dedos que le cubrían la cara hasta que lentamente bajó las manos y le dedicó una brillante sonrisa. ¿Ahora qué? Deseó preguntarle.

—¿Estás bien?—Se vio obligado a preguntar Julián a quien aún le bailaba aquella escueta sonrisa en los labios.

—Estupendamente—¿Debería decirle que al menos podría hablar de lo ocurrido de una forma menos impersonal? Después de todo había estado introducido en su cuerpo. Se sonrojó al recordarlo.

—Siento mucho no haber previsto la interrupción.

—Supongo que la culpa es compartida, a ninguno se nos pasó por la cabeza echar la llave.

—Clare—Por lo visto su esposa no iba a ponerse a llorar y patalear por la forma rápida, aunque satisfactoria, en que habían compartido un agradable interludio sexual, mejor así— es mejor que nos marchemos a casa. —¿Por qué de repente se sentía tan desilusionado? ¿Qué esperaba? Después de todo era una mujer práctica, que solo buscaba sus intereses, ¿acaso creía que podrían existir palabras de amor entre ellos?. Con total seguridad estaría encantada por haber conseguido su objetivo.

—Desde luego.

Y le dedicó una sonrisa tan deslumbrante y llena de promesas que Julián no tuvo más remedio que claudicar a lo inevitable. Desde esa noche en adelante ocuparía su lugar en la enorme cama junto a su esposa.

En las dos noche siguientes Clare pudo descubrir que había muchos más juegos sexuales que los que había presenciado en la casa de citas. Su marido se había encargado de no dejarla pegar ojo en aquellas dos maravillosas noches y, era por ese motivo, que irradiaba una felicidad que la hacía todavía más hermosa a los ojos de todos.

Su madre estaba muy contenta de verla tan feliz y cantarína. Incluso Sarah había querido felicitarla y, Justin, como no, le había hecho unas bromas obscenas que no consiguieron escandalizarla. Ese día había quedado con su marido para asistir a una merienda en casa de Becky, por lo visto Julián estaba interesado en conocer al hermano de su amiga para hablar de algunas inversiones. Cuando se encontraban en el carruaje de camino a casa de Rebeca, Clare no pudo evitar preguntarle a su marido algo que venía rondándole por la cabeza desde que decidieron dormir juntos.

—Julián, ¿puedo preguntarte algo?

Al decirlo le lanzó una brillante sonrisa que consiguió captar la atención de su marido, el cual estaba leyendo unos documentos.

—Adelante.

—He pensado que —dudó un momento, aunque estaba convencida de que la respuesta de él sería satisfactoria—, ahora no pensarás en una anulación.

Su marido se la quedó mirando un momento de forma enigmática antes de darle su ansiada respuesta.

—Siempre queda la posibilidad de un divorcio.

Al ver que Clare abría los ojos debido a la impresión decidió colocarla sobre sus rodillas y darle un profundo beso.

—Naturalmente que—le dijo al oído—, mi mujer podría hacerme cambiar de opinión si se lo propusiera.

Clare lo besó apasionadamente y decidió tragarse su respuesta. ¡Estúpido; ¿Creía que ella le daría el divorcio? Pues iba listo. Se esmeraría en conseguir exactamente lo que él había insinuado. Estaría tan pegado a sus faldas que no podría vivir sin ella.

—Tu mujer ha decidido que mientras te decides—lo miró seductora—, piensa disfrutar de los placeres del matrimonio.

Ante su descaro Julián no pudo sino estallar en carcajadas.

## XV

—¡Paul!—Exclamó Anne encantada de volver a verlo—. Ven conmigo a tomar el té al jardín para que podamos charlar más tranquilamente. Los niños me tienen exhausta.

El hombre la siguió sonriendo. En verdad jamás pensó que aquella joven llegada desde España hacía ya más de siete años hubiese podido meterse tan dentro de su corazón. Verdaderamente la quería tanto como a la hermana que nunca tuvo.

—¿Sabes que Clare se casó?—Le confió con una mueca—. Esa hermana mía es todo un caso, pensábamos que estaba enamorada del sobrino y va y se nos casa de forma repentina y casi a escondidas con el tío.

—¿Realmente?—Fue lo único que fue capaz de decir. Afortunadamente nadie conocía de las circunstancias que provocaron el escándalo que condujo al matrimonio de la otra.

—Los únicos que asistieron a la ceremonia fueron mis padres, Chris que se encontraba en Londres y, la hermana y el padre del novio.

Melinda, Lady Winchester, apareció en ese momento llevando al último vástago de Anne y su amigo Chris en brazos, la pequeña Isabella, quien no dejaba de berrear de forma exagerada para consternación de la joven abuela, obligando a su amiga a tomarla en brazos para calmarla.

—Por cierto —se interesó—, ¿dónde se encuentra Chris?

—Debe estar por llegar, había salido al despacho del Sr. Northon a revisar unos documentos, pero no debe tardar.

—¡Tío Paul!—Exclamó una cabeza morena desde detrás de la puerta que daba al jardín para luego esconderse.

—Parece que tu ahijado te ha encontrado— Le dijo Anne con una sonrisa.

—Así es —asintió mientras se levantaba para dirigirse al pequeño de dos años y tomarlo en brazos—, y creo que yo...

—Ni se te ocurra acercarte a mi hijo o te pego un tiro ahora mismo.

Esas palabras dichas con tal dureza provocaron que Paul se parara en seco, esfumándose la sonrisa que momentos antes se dibujaba en su atractivo rostro.

—¿Estás loco?—Preguntó Anne llevándose una mano al pecho—.¿Qué demonios te pasa?—Le espetó a su marido mientras devolvía la bebé a brazos de su madre, quien optó por retirarse del jardín en dirección a la planta superior profiriendo una apenas audible disculpa. Esa tarde Melinda no parecía tener nada que ver con el explosivo carácter de su sobrino.

—Christopher— Paul no sabía que decir o hacer. Se había quedado helado. ¿Ese era el tan temido desastre?

—Discúlpate ahora mismo—Exigía Anne desde detrás de Paul.

—Quiero que te marches de mi casa en este preciso instante— Chris daba miedo, tal era su la furia que desprendían sus ojos y su pose.

En ese momento aparecieron Sarah y Justin tomados de la mano.

—¡Hombre amigo;—Exclamó el rubio escocés, ajeno a toda aquella situación—. Aún no me has dicho...—Al darse cuenta de que allí pasaba algo gordo optó por cerrar la boca y mirar a su reciente prometida, quien lo miró encogiéndose de hombros. Ninguno sabía que era lo que ocurría.

—No me hagas sacarte a patadas de aquí.

—Desde luego—Aceptó Paul consciente de que el desastre estaba muy cerca.

—Ni hablar—Protesto Anne—. Tú no vas a ninguna parte.

—Anne no te metas—Le ordenó su marido.

—Por supuesto que lo hago—lo enfrentó— ¿quién te crees que eres para tratar así a mi amigo, a tú amigo?

—Me gustaría saber que está pasando—Intervino Justin con el semblante serio. Ellos tres nunca se peleaban.

—¿De verdad queréis saber lo que ocurre?—Preguntó Chris mirando a Paul con asco.

—No hace falta—por favor no—, me voy inmediatamente.

—Tú no vas a ninguna parte—Le ordenó Anne.

—Creo que es mejor que pasemos a la biblioteca—señaló Sarah al darse cuenta que los criados mal disimulaban su curiosidad—, allí se puede aclarar lo que sea que haya ocurrido en privado. Debe de haber algún tipo de malentendido.

—Vamos—Ladró Chris y obligó a todos a acompañarlos. Incluido Paul.

—¿Se puede saber qué has hecho esta vez?—Le preguntó Sarah molesta mientras la acompañaba hasta la biblioteca—. Chris tiene cara de querer matar a alguien y la ha tomado con el pobre Paul.

—No tan pobre—protestó entre dientes—. Se tiene bien merecido lo que le pase.

—¿Qué quieres decir? Se trata de Paul, no sé si te acuerdas de él. ¿Recuerdas? Paul, quien nos ha traído siempre golosinas y nos ha sacado a pasear al parque porque Chris no quería llevamos.

Clare se mordió la lengua, aún le guardaba rencor al amigo de su hermana y su primo por haberse cruzado en sus bien trazados planes, aunque en cierto sentido empezaba a arrepentirse de su arrebato de cólera al escribir esa dichosa carta. ¿A quién pretendía engañar? Las cosas tampoco habían salido tan mal, después de todo se había casado con el futuro Conde de Strafford, en realidad había hecho un buen matrimonio y, no podía negar, que se sentía exageradamente atraída hacia su marido, aunque no nunca admitiría que estuviera enamorada de él como lo había estado de Anthony. Con Julián siempre tenía que estar alerta puesto que no era el marido dócil que ella hubiera deseado.

Lo malo era que su esposo apenas empezaba a confiar en ella. ¿Qué haría cuándo descubriera que había enviado una carta a su primo Christopher relatándole los hechos tal y como sucedieron el día de la fiesta en casa de los Talbot? ¿Y si supiera que había adornado un poco la escena para poner a Chris en contra de Paul?

—No me hagas caso, estoy un poco nerviosa.

—¿Es por lo ocurrido en aquel burdel?—Le preguntó Sarah—. Ya le advertí a Justin que no te llevara allí. Menudo lío se armó con Julián.—Sarah sonreía y logró arrancar una sonrisa a Clare.

—Sí, es verdad, aunque creo que le vino bien—. Le confió a su hermana.—Parece que ha cambiado en algo su actitud. Al menos ahora ya no le parezco tan horrible.

—Pues entonces—Sarah se dispuso a abrir la puerta de la biblioteca—, hazme caso y pórtate bien.

—¿Tú no entras?—Le preguntó horrorizada solo de pensar que no iba a contar con su apoyo.

—Lo cierto es que no — negó con la cabeza haciendo que su rizada cabellera, recogida en una coleta en lo alto de la cabeza, se moviera de un lado a otro—, no me gustan las discusiones y prefiero no saber de qué va ésta.

Dándole un ligero beso para reconfortarla la empujó para que entrara en la biblioteca, cerrando inmediatamente la puerta después, alejándose de allí en dirección a los establos con el fin de desentenderse por unas horas de su problemática familia.

Cuando Clare estuvo dentro de la estancia, todas las miradas se volvieron hacia ella.

—Entra y cierra la maldita puerta—la urgió su hermana mayor con cara de querer estrangularla. ¿Desde cuándo Anne hablaba cómo un marinero del puerto?

—Por favor Clare—intervino su primo Chris—, ¿puedes relatarle a mi esposa—se volvió a mirar a la mujer que se encontraba en el extremo opuesto de la habitación en actitud protectora hacia Paul—, por qué no debe permitirle a mi amigo que vuelva a pisar esta casa y relacionarse con mis hijos?

—Los cuales, parece olvidar, son míos también.

—Bueno, yo...—En esos momentos daría cualquier cosa por seguir en Brighton.

Tragó saliva. ¿De verdad ella había provocado aquella horrible escena? Su hermana estaba hecha un basilisco y tenía los brazos cruzados sobre el pecho en actitud desafiante hacia su marido. Junto a ella se encontraba Paul, totalmente rígido y con el rostro ceniciento. En el lado opuesto de la biblioteca se encontraba Christopher, quien miraba con rabia a su amigo y su mujer, a la segunda por desafiar su autoridad, al primero, suponía Clare, que por la carta que ella le había dejado. En el centro de la estancia y apoyado como al descuido sobre la chimenea se encontraba Justin, quien la miraba con intriga. ¿Se estaría preguntando qué había hecho ahora?

—¿Vas a hablar? —Verdaderamente Atine estaba muy pero que muy molesta.—¿Es cierto qué has escrito esa cosa horrible?

—¿Estás llamando mentirosa a tu hermana por defender a un pervertido?—Gritó Chris provocando que Paul se encogiera, que Justin entrecerrara los ojos al mirar a Clare y que Clare tuviese ganas de llorar.

—Creo que puedo explicarlo— ¿Debería decir que todo era mentira? ¿Por qué defenderlo cuando le había arrebatado lo que más quería? ¿Pero era Anthony lo que más quería? Tan perdida se encontraba que no escuchó la puerta detrás de sí hasta que la voz que tanto la perturbaba sonó como un cuchillo afilado.

—Creo que a mí también se me debe una explicación en cuanto a esa carta.

La voz de Julián fue un mazazo que sintió como un duro golpe. Ya una vez la había acusado de embustera y manipuladora. ¿Por qué diablos había tenido que escribir esa dichosa carta? Pues porque tanto Paul como Anthony se burlaron de sus sentimientos y de sus intentos de llamar la atención del joven.

Cuadrando los hombros, decidió que esta vez no quedaría de mentirosa. Daba igual a quien arrastrase con su verdad, porque lo cierto es que era la realidad lo que le había confesado a Chris y que Anne parecía no querer creer.

Sin saber porqué, sentía que le dolía tener que decir aquella verdad.

—Todo lo que dije en esa carta es cierto y Paul puede corroborarlo—respiró hondo y miró a su primo a los ojos, ¿qué hacer para enmendar su error? No se atrevía a mirar a su marido. Su gozo en un pozo. Esta vez sí que no había salvación posible . Aunque tal vez adorné un poco como pasaron las cosas.

—¡Hija de puta;

El ruido de una puerta cerrarse con violencia y, unos pasos que se alejaban, fueron suficiente para saber que Julián estaba furioso.

\*\*\*\*\*

—¿Ha devuelto tus cartas?

—Por cuarta vez —Musitó Clare con rabia.

—Oppsss.

—¿Eso es lo único que tienes que decirme? ¿OPPSS?—La imitó.

—¿Qué esperabas? —La acusó Sarah mientras seguía en su tarea de darle el biberón a su nueva mascota—. Le obligas a casarse contigo a cambio de no hacer pública la situación de.. .de..bueno aquella situación y, cuando vuelve a casa, se encuentra que lo sabe todo el mundo. Incluso han acorralado al pobre Paul en la biblioteca.

—Ya te he explicado que envié la nota a Chris antes de saber que Julián iba a aceptar mi propuesta.

—¿Querrás decir chantajear a Julián?—La corrigió su hermana menor.

—¡Pero bueno; ¿De parte de quien estás si puede saberse?

—De ti naturalmente, pero cuando te comportas de esa manera, por supuesto que no.

Clare le dio la espalda y se dirigió a la gran ventana, desde donde se puso a contemplar la lluvia que caía en la calle.

—Creí que la situación había mejorado entre nosotros—Se confesó con tristeza—. Incluso habíamos empezado a dormir juntos y estaba segura de que con el tiempo se olvidaría de esa absurda idea del divorcio. Ahora estoy segura de que optará por ese camino. ¿Qué puedo hacer?—Preguntó volviéndose de nuevo hacia su hermana, quien en aquel momento estaba haciéndole monerías a la pequeña gatita anaranjada que se había encontrado la tarde anterior en la puerta de la cocina que daba a la calle.

—Deberías dejar que pase algún tiempo antes de hablar con él— Le aconsejó la otra.

—¿Tú crees?

—Clare, ya le has obligado a hacer demasiadas cosas mientras que tú no has cedido en nada.

Sarah tenía que decirle a su hermana lo que realmente pensaba de aquella desastrosa situación, de la cual ella misma era la causante.

—Decidiste que se tenía que casar contigo—Le señaló—. Y lo conseguiste sin tener en cuenta sus deseos o si estaba enamorado de otra mujer.

—Estaba obligado a casarse conmigo—Protestó entre dientes.

—Cuando descubriste que no tenía intenciones de acostarse contigo lo llevaste al límite hasta que accedió.

—Créeme si te digo que lo hizo de buen grado—Apostilló.

—¿Es qué no entiendes nada? No puedes hacer que la gente haga justamente lo contrario de lo que desea o tiene pensado, solo porque tú pienses que es lo correcto o lo adecuado a tus intereses. Intenta madurar.

Diciendo esto último salió del dormitorio de Clare cerrando la puerta de golpe. Pensó que verdaderamente Sarah se había enojado.

¿Debería hacerle caso a su hermana? En su fuero interno sabía que no había actuado bien, sin embargo tampoco era tan mala persona. Estaba arrepentida de lo sucedido con Paul. Incluso tenía pensado disculparse con él en cuanto encontrara el momento adecuado. Uuufff, se sentó en la cama, de nuevo aquel malestar en el estómago. Decidió que seguiría el consejo de Sarah, pero no sin antes intentarlo una vez más. Acudiría en persona a casa de Julián y le daría su versión de los hechos. Sí, eso haría. No podía arriesgarse a perderlo por un malentendido. ¡Cielos! Cuánto lo extrañaba.

\*\*\*\*\*

—Julián tu esposa está en la sala, desea hablar contigo.—Le dijo su hermana consternada por aquella inusual situación.

—No pienso recibir a esa arpía.

—¿Crees qué es prudente?

—Ni siquiera me lo preguntes—contestó enfadado mientras seguía leyendo el periódico en la biblioteca—. Esa hipócrita cree que puede volver a manipularme para salirse con la suya. Ni hablar.

Cuando la mujer se disponía a salir de la estancia, una Clare indignada hacía acto de presencia en ella. Por lo visto había hecho caso omiso de los consejos de su cuñada de esperar en la sala y se había autoinvitado a pasar.

—Esa hipócrita desea explicarte cómo sucedieron las cosas. En ningún momento he faltado a mi palabra—Su marido la miraba con el rostro contraído por la furia—. Esa maldita carta fue enviada antes de que nos casáramos. Después —se encogió de hombros—, simplemente lo olvidé.

Al ver que Julián permanecía en silencio mientras le lanzaba dardos envenenados con los ojos prosiguió.

—Solo he creído oportuno que debías saber... quiero decir, que no me gustaría que pensaras que te engañé después que nos casáramos.

Julián se levantó hecho un basilisco de donde estaba sentado y, tomándola bruscamente del brazo, la sacó a la puerta de la calle para después cerrarla en las narices de esta mientras los transeúntes que pasaban por allí la miraban asombrados y aguantando la risa. Clare decidió que a partir de ese momento seguiría el consejo de su hermana. No volvería a escribirle ni a intentar hablar con él. Y del divorcio, ¡NI HABLAR;

Julián se apoyó detrás de la puerta una vez que hubo sacado de su casa a su esposa. Empezó a reír estrepitosamente y tuvo que sentarse en el suelo mientras se aguantaba la barriga debido al esfuerzo que estaba haciendo. Hacía años que no se reía tanto. Mientras, su hermana lo miraba boquiabierta y con los ojos abiertos como platos. Eso le provocó aún más ganas de reír. ¡Mira que tenía poca vergüenza su mujer; ¿De verdad había tenido la osadía de ir a su casa a dar una explicación de lo que había hecho? Recordando su cara de espanto cuánto la sacó de su casa y le cerró la puerta en pleno rostro, volvió a reír. Seguramente nadie en su vida le habría dado semejante trato. Y de no haber sido porque reaccionó a tiempo, dudaba de poder haberla sacado de su vida nuevamente.

Sus besos se habían vuelto adictivos y corría el riesgo de enamorarse de ella. Últimamente no podía pasar ni un solo segundo sin que su imagen le asaltara a cada momento, recordándole que ella era su mujer.

Aunque en un primer momento deseó poder estranglarla por lo que había hecho, por mentirle, por haberlo manipulado nuevamente, esas ansias se habían ido desvaneciendo tras los días que llevaba sin verla ni saber nada de ella. Clare le había mandado una carta al día, en total cuatro, y, al quinto día, se presenta en su casa con la intención de obligarlo a escucharla. ¿Pensaría qué una mera disculpa era suficiente para compensar su mezquino comportamiento? Por lo pronto debía mantenerse alejado de ella. Aunque le costara la misma vida. Era una lucha de voluntades lo que estaba en juego. Su mujercita debía aprender que no podía salirse siempre con la suya sin importar a quien atropellara en el camino.

Por el momento era mejor mantenerse alejado todo lo posible de Clare. Era una tentación demasiado grande para él. Si seguía por ese camino pronto sería gelatina en sus manos y, eso, no estaba dispuesto a permitirlo. La muy pícaro debía ser consciente que con cada sonrisa que le dirigía, cargada de sensuales promesas, unidas a esa mirada seductora y ese cuerpo de infarto, estaba consiguiendo su principal objetivo. Mantenerlo atado a ella.

¡Y un cuerno lo iba a domesticar como a un perrito;

## XVI

Clare estaba probándose un pequeño sombrero para su nuevo traje de montar cuando la figura de un hombre moreno y alto, más que la media, atrajo su atención. Al percatarse de que era el amigo de su primo decidió ir en su busca y aclararle algunas cosas de los últimos acontecimientos ocurridos en la casa de su abuelo en las últimas semanas y, donde ella, junto con su familia política, eran parte de los protagonistas.

—¡Paul; ¡Paul!—Gritó la mujer desde la puerta de la sombrerería donde se encontraba.— Paul espera, tengo algo que decirte.

Salió disparada detrás del hombre de poco más de treinta y cinco años, de celeste y risueña mirada, para poder alcanzarlo en el momento justo en que este se disponía a cruzar la calle. Al darse cuenta de que Paul parecía no oírla, o incluso ignorarla, se empeñó en detenerlo y hacerse escuchar, por lo que apretó el paso y justo en el momento en el que lo tomaba del brazo de la chaqueta azul marino que éste solía llevar, se originó el caos.

Paul sintió como algo lo impulsaba hacia atrás en el mismo momento en el que un faetón de color negro se le descontroló a su conductor precipitándose contra él, quien al intentar girarse, se sorprendió al verse sujeto por una mujer de pelo rubio, casi blanco, y baja estatura, a quien pudo reconocer como la causante de parte de su desdicha.

—Paul —dijo la joven sin aliento mientras caía bajo el enorme cuerpo de éste. Su rostro había perdido el color y en sus ojos se podía ver una expresión de terror que consiguió erizarle la piel — , mi bebé...

Clare se había llevado las manos al vientre.

Al darse cuenta de las implicaciones de esas breves palabras, se giró rápidamente para proteger a la mujer con su cuerpo en el mismo momento en que el vehículo les arrollaba. Ni siquiera se detuvo a medir las consecuencias de su acción, sólo pudo sentir un brutal golpe en la cabeza y en el hombro que le provocó unas intensas ganas de vomitar a la vez que se iba sumiendo en un profundo letargo mientras oía voces lejanas que chillaban y personas que corrían.

Clare sintió un fuerte golpe en el costado al notar que el enorme cuerpo de Paul la aplastaba por el lado izquierdo al intentar protegerla del golpe. Se sintió mareada y dolorida y unas voces de gente gritando se escuchaban a lo lejos.

Las voces eran cada vez más lejanas, tanto, que finalmente dejó de oírlas.

Silencio y oscuridad.

Eso era lo único que Clare podía percibir y su último pensamiento antes de perder el conocimiento fue para su marido. Sin saber porqué le dolía el corazón al pensar que no podría despedirse de él si llegara a morir. Ese ser intransigente se había vuelto importante para ella, muy importante, demasiado para su tranquilidad y salud mental.

—Clare, contéstame por favor —suplicaba Julián una y otra vez—, vamos pequeña, abre tus preciosos ojos para mí.

—Cuñado por favor—le rogó Sarah en un susurro—, el doctor dijo que debemos esperar a que despierte.

—Preferiría quedarme con ella hasta que lo haga—Replicó con brusquedad. ¿Nadie entendía que quisiera permanecer al lado de su mujer?

—Querida, es mejor que lo dejemos con ella—le aconsejó su madre—. Según el doctor ya debería haber vuelto en sí—Les informó Melinda.

Lanzándole a su hija menor una mirada que quería decir déjalos solos, la obligó a obedecer a regañadientes y, Sarah tuvo que salir de la estancia seguida por la Condesa. No sin antes lanzarle una enigmática mirada a la hermana que tenía postrada en la cama apretando los labios.

Cuando las dos mujeres abandonaron el dormitorio, Julián se levantó para despojarse de la chaqueta y la corbata. Estaba lleno de sudor debido al susto. Solo de pensar que Clare pudiera haber muerto en el desgraciado accidente le provocaba una congoja fuera de toda explicación. En aquellos momentos lo único que ansiaba era que volviera a despertar, más tarde analizaría el porqué, por lo pronto solo quería volver a ver esa ardiente mirada verde esmeralda clavada en él. ¿Cuánto tiempo llevaba sentado en la cama al lado de su mujer? ¿Cuántos minutos había pasado en la misma postura rogándole que despertara? Había perdido la noción del tiempo desde que vio como su esposa y Paul eran arrollados en plena calle. Afortunadamente el golpe más fuerte se lo había llevado el hombre al intentar protegerla, aunque ambos perdieron el conocimiento.

Suspiró pensando lo cerca que había estado para ver como ocurrió el accidente. Se hallaba en la acera de enfrente a la tienda donde su esposa se encontraba y, aunque fue pura casualidad el que se cruzara con ella, no pudo evitar quedarse observándola a través del gran escaparate. Tal era el grado de obsesión que sentía hacia ella que se había quedado como un pasmarote, babeando, mientras la veía reír con la dependienta de la sombrerería. Recordando como Clare había dicho su nombre antes de desvanecerse.

Un nudo se le formó en el pecho. Su último pensamiento había sido para él.

—Vamos, pequeña, si despiertas prometo que haré todo lo que me pidas. Nunca te volveré a gritar, ni a llamar arpía ni manipuladora...

Unas voces en el pasillo llamaron su atención. Alguien estaba discutiendo en voz baja junto a su dormitorio. Lleno de curiosidad y, sin tener nada mejor que hacer, se alejó de la cama donde se encontraba postrada su mujer para ver de quien se trataba.

—.. no puedes dejar que lo haga. No está bien.

—Es mejor que no intervengamos Sarah.

—Pero mamá —protesto la joven indignada—, sabes perfectamente que está actuando, las dos la conocemos lo suficiente para saber cuánto le gusta el drama—Se cruzó de brazos en actitud desafiante—. Mi cuñado no se merece esto. No lo pienso consentir. Por una vez le voy a echar abajo el teatro.

Lentamente Julián volvió a cerrarla puerta que daba al pasillo y se giró para mirar a su esposa. La observó durante todo el tiempo que necesitó para calmarse, hasta que los minutos le parecieron horas. ¡La muy zorra; ¡Manipuladora; ¡Arpía; Niña caprichosa y consentida.

—Ya puedes abrir los ojos —la acusó—. Sé perfectamente que estás despierta.

Pensó en el descaro de Clare cuando la vio abrir un ojo para después hacer lo propio con el otro con gesto afectado y, lanzarle una sonrisa angelical.

—¿No tienes nada que decirme?—Le preguntó con los ojos en—trecerrados y mirada retadora—. Me has dado un susto de muerte. —¿Me alegro de verte otra vez?—Le preguntó con aire inocente. —Puedes hacerlo mucho mejor querida mía.

—Por más que intentes negarlo, sí que te importo.—Le dijo con petulancia—. Y mucho.

—Nunca he dicho que no lo hicieras—Le confesó sorprendiéndola.

—Tu comportamiento sí lo hacía.

—Porque no me gustan los chantajes—Le dijo después de darle un leve beso en la frente y abandonar el dormitorio dando un portazo.

Clare suspiró con pesar. ¿Es qué nada le salía nunca bien cuándo se trataba de su marido? Si había fingido estar desmayada era porque estaba disfrutando con todas las promesas que Julián le iba haciendo mientras pasaba el tiempo y ella no despertaba. Sentir su angustia le

había dado esperanzas. Se levantó de la cama con cuidado porque le dolía mucho el costado a pesar de que no había sufrido un daño muy grave.

Sintiéndose un poco culpable al pensar que gracias a Paul, quien había evitado que ella se llevara la mayor parte del golpe, su hijo se encontraba a salvo, decidió ir a ver como se encontraba el hombre y disculparse por su mal comportamiento. Más tarde hablaría con su marido, cuando se le pasara ese nuevo mosqueo por una nimiedad, ¿o no lo era? Desde luego tendría que intentar hacerle entrar en razón antes que decidiera volver a abandonarla. Intentó no pensar en Julián en ese momento. Hacerlo le provocaba dolor de cabeza.

Ahora lo importante era conocer del estado de Paul, con toda seguridad estaría tan bien como ella.

En cuanto supo del golpe que se llevó en la cabeza y la pérdida de conocimiento del hombre, Clare no se había apartado de su lado en ningún momento. Quería estar allí cuando despertara para darle las gracias. En un primer momento creyó que se encontraría igual que ella, un poco dolorido pero nada más. Por lo visto no fue así. No dejaba de sentirse responsable por lo sucedido. El accidente fue en la mañana y ya era muy entrada la tarde sin que Paul diera señales de volver en sí. Ese hombre la había salvado de acabar arrollada por el vehículo cuando ella había intentado arruinarle la vida en un afán de venganza sin sentido.

Julián hacía poco más de media hora que había entrado en el dormitorio para ver como se encontraba el amigo de su sobrino y había permanecido allí junto con su esposa, esperando a que este reaccionara. Sin embargo no le había dirigido la palabra en todo ese tiempo. Se había limitado a quedarse junto a la puerta esperando por Paul como si la que estuviese allí con él fuese una extraña. Al parecer estaba más que furioso con ella, estaba decepcionado de que fuera tan mala persona al haber fingido estar inconsciente con el único fin de retenerlo a su lado.

—Parece que ya vuelve en sí.

—Creo que deberías ir en busca del doctor para que le revise de nuevo—le pidió Clare.

Enseguida lo traigo—Fue su escueta respuesta.

Clare le dedicó una gran sonrisa a su esposo y lo observó marcharse del dormitorio donde habían instalado a Paul desde el accidente ocurrido en la mañana. Aunque él la ignorara, ella no lo haría.

—¿Te encuentras mejor?—Le preguntó al ver que el otro la miraba desde su lugar en la enorme cama. Estaba sin camisa, tan solo cubierto por un vendaje que le cubría parte del pecho y el hombro izquierdo, dejando a la vista su atlética figura a pesar de las rozaduras y cortes que presentaba.

—¿Estamos en Londres?

La muchacha lo miró perpleja antes de asentir con la cabeza.

—Y... ¿la fecha?

—Es martes.

—Dime mes, año...

—Julio de 1.847.—Le informó.—¿Te... encuentras bien?—Al decir esto le tocó la frente para asegurarse de que aquellas raras preguntas se debían a la fiebre.

—Sí, sí por supuesto.—Compuso una pequeña sonrisa lo mejor que pudo y pensó que resultaba extraño estar manteniendo aquella conversación con Clare.—¿Estoy en tu casa?—Sin saber por qué la idea de estar en la casa de la familia de Anthony se le antojaba peculiar.

—No—sonrió la joven adivinando sus pensamientos—, estamos en casa de mi abuelo. Cuando ocurrió el accidente, mi primo Chris pasaba justo frente donde nos encontrábamos y lo vio todo, por suerte acudió en nuestro auxilio y nos trajo a casa en su carruaje. Julián lo acompañaba.

—Humm.—Paul no olvidaba que le habían prohibido la entrada a dicha casa.

—Paul—Clare parecía avergonzada por algo—, necesito hablar contigo.

—¿No crees haber dicho ya bastante?—No pudo evitar sonar cortante. Allí estaba aquella joven de aspecto angelical que no le había traído más que sufrimientos.—A lo mejor es que aún queda alguien al que quieras apartar de mi vida. ¿No has hablado con mi padre aún?—Le preguntó con cinismo, pero al ver que a la chica se le humedecieron los ojos optó por cerrar la boca.

—Me gustaría disculparme contigo, pero no sé cómo.

Él no dijo nada. Sólo la miró.

—Sé que después de todo lo ocurrido debes pensar lo peor de mí— Paul hizo un gesto afirmativo con su entrecejo—, esta mañana, cuando me acerqué a ti no era sino con el propósito de pedirte disculpas por mi., .como decirlo, mi estúpido egoísmo como lo llama Julián. Quería brindarte mi apoyo. Mi cariño. A ti y a... Anthony.

—Vamos niña —la regañó—, te conozco desde que llevabas pañales.

—Aunque no lo creas he cambiado—Hizo un mohín—. Al menos en lo de ser tan caprichosa y no pensar nunca en los sentimientos de los demás.

—¿Y puedo saber a qué se debe tal milagro?—Paul no tenía ganas de escuchar aquellas disculpas tardías, el daño estaba hecho. El sólo quería dormir y soñar que todo era diferente.

—Creo que me he enamorado de mi esposo. No me mires de ese modo, no soy tan ogro. Además estoy esperando un hijo —le confesó mientras se llevaba las manos al vientre—, Julián es una persona tan tolerante y abierta de miras, tan adelantado a nuestro tiempo..., me siento mal al ser yo la que sea la intransigente y la moralista en este...asunto.

Paul la escuchaba estupefacto.

—No sé si mi esposo llegará a amarme algún día por haberle obligado a casarse conmigo por medio del chantaje —Suspiró hondamente mientras clavaba su verde e intensa mirada en el hombre tendido en la gran cama de su abuelo.—Quiero cambiar, y eso es lo que iba a decirte Esta mañana cuando salí detrás de ti al ver que no me habías visto.

—¿Interrumpo?

Julián asomó la cabeza a través de la puerta y Clare se sonrojó pensando que habría oído todo lo que le había dicho a Paul.

—El doctor viene de camino.—dijo como si no hubiese escuchado nada de las confesiones de su pequeña esposa.—Clare...

—¿Humm?—La pobre no sabía que decir y Paul sonrió pensando que por fin alguien iba a meter en cintura a aquella taimada joven.

—Déjame un momento a solas con Paul, necesito hablar de un asunto privado —Julián miraba al accidentado mientras hablaba, ignorando a su mujer, por lo que esta asintió y se marchó de la habitación sin decir nada.

Después de que finiquitara el asunto que lo unía a Paul, se dirigió a la biblioteca para estar unos momentos a solas. Necesitaba un whisky o incluso algo más fuerte. La conversación con el hombre, en la que intercedía por su sobrino, había ido muy bien, en ese momento pensaba en la que debía mantener con su actual esposa. Podría haberla estrangulado cuando descubrió que se estaba haciendo la dormida para obligarlo a permanecer a su lado. ¿Es qué nunca iba a cambiar?

Tuvo que sonreír con resignación. ¿Le gustaría tanto si llegara a hacerlo? Se dijo que para qué esperar un milagro si ya conocía la respuesta.

## XVII

Clare se dirigió al encuentro de su marido con la cabeza gacha. Su madre le había dicho que Julián la esperaba en la biblioteca para hablar con ella y tomar una decisión conjunta en cuanto a su futuro. Su negro futuro. No habría querido acudir a su encuentro pero, pensó encogiéndose de hombros, debía afrontar la situación de una vez por todas. Anne le había hecho prometer que sería valiente. No rogaría, suplicaría o intentaría ninguna treta para conseguir que su marido volviese a su lado. A su cama. Apretó los dientes presa de la frustración. ¿Qué tenía de diferente Julián con el resto de sus pretendientes para no saber nunca a qué atenerse con él? Mentalmente intentó verse relegada al ostracismo. ¡Cuánto le costaba hacerlo; Tendría que asumir, después de todo, que nunca llegaría a ser una gran dama de sociedad como siempre había soñado. Una vez que empezara a circular el rumor de su inminente divorcio, sería considerada una paria social y nadie decente querría invitarla a los grandes bailes de la temporada. Ni siquiera a tomar el té en alguna merienda campestre. Únicamente sería objeto de comentarios malintencionados por parte de algunos y, de lástima, por parte de otros. Estaba segura que estos serían los menos. Su sueño hecho trizas. Suspiró. La culpa la tenían su impaciencia y egoísmo. Debería haber actuado con más astucia. Para colmo de males estaba el tema de lo del embarazo que había ocultado deliberadamente, pero ¿cómo decirle que esperaba un hijo sin que volviera a acusarla de chantajista? Mejor que no. Después de su fingido estado de inconsciencia... Pensaría que había querido quedarse embarazada a tiro hecho para tenerlo atrapado en ese matrimonio, que él parecía detestar, de por vida.

Decidió que no se enteraría hasta que no estuviesen divorciados, así no podría volver a acusarla de nada. Odiaba oírle decir que era una manipuladora y una arpía. Sarah le había dicho que por una vez en su vida dejara de un lado el drama y pensara un poco en los sentimientos de los demás antes de hacerlo en ella misma. Aguantó el llanto. Eso es lo que quería ¿no?, eso era lo que todos querían. Pues bien. Con un gran pesar le daría a su marido lo que tanto anhelaba. Que disfrutara lo que tanto trabajo le había costado conseguir. El mil veces maldito divorcio.

Llamó a la puerta suavemente, pensó que si no se enteraba peor para él, se iría por donde había venido y aquella conversación tendría que esperar.

—Adelante.

¡Ay madre! La voz de Julián sonaba dura, más dura que nunca. Haciendo una inspiración profunda, entró.

—Cierra la puerta por favor—Le pidió a la vez que le indicaba que tomara asiento frente a él.

—Gracias.

El murmullo de Clare era apenas audible. Su todavía marido se fijó en que mantenía la mirada baja, contemplándose las bien esculpidas uñas y jugando con su anillo de casada. ¡La madre que la parió; Así que había optado por adoptar el papel de mujer sumisa. Increíble. Sus facetas para cambiar de carácter en cada situación eran asombrosas.

—Quería hablar contigo antes de salir.

Automáticamente Clare alzó la mirada hacia él. Todo rastro de sumisión tirado al cubo de la basura. Aunque intentó mantener la compostura.

—He tomado una decisión en relación con nuestro matrimonio— La miró esperando a que interfiriese con alguna de sus nefastas ideas. Se sorprendió al verla permanecer tercamente callada. Eso lo desconcertó por unos segundos, estaba acostumbrado a sus

maquinaciones para conseguir sus objetivos, no a su aceptación sin presentar batalla—. Recordarás que en su momento te mencioné la posibilidad de un divorcio entre nosotros.

—Ajá.

¿No decía nada? Julián empezó a asustarse. Tal vez el golpe.

—¿No vas a decir nada al respecto?—Le preguntó contrariado— ¿No pondrás objeciones de ninguna clase?

—Lo que decidas me parecerá lo mejor—Le dijo con los ojos brillantes.

—Verdaderamente estoy sorprendido. Nunca pensé que cooperaras en esto.

—Pues lo estoy haciendo —Soltó con furia. No había podido contenerse, su intención era demostrarle que no era tan egoísta como todos pensaban pero, ¡demonios!, cuánto le costaba hacerlo de buen grado.

Julián esbozó un amago de sonrisa.

—Vaya, ahí estás. Pensé que otra había ocupado tu lugar sin que nos diéramos cuenta.

—Pues no es así, como ves, sigo aquí, así que ya puedes sumar este nuevo defecto a la larga lista de taras que al parecer encuentras en mí.

Por primera vez en su vida Clare sintió lo que eran las verdaderas ganas de llorar. Ahí no había fingimientos, ni teatros, ni nada de nada. Hasta ese momento nunca había llegado a creer que su marido fuera a abandonarla realmente y, en ese preciso instante, tuvo la certeza de que no quería perderle. Le había dicho a Paul que creía amarlo, pues estaba segura de hacerlo. Sobre todo porque comprendió que más que dejar de ser invitada en Almack's, tomar el té en las salitas de grandes damas del momento, asistir a cualquier acontecimiento social de relevancia y, cómo no, ser una figura destacada y a tener en cuenta entre la buena sociedad, por encima de todo eso, entendió que no podría vivir sin Julián. Si le faltaba todo lo demás podría seguir adelante, pero sin su marido... ¡Odioso patán por ser tan inepto que no entendía nada! Sin él no concebía su vida. Lo quería junto a ella con sus continuas críticas, reproches, comentarios malintencionados... todo, todo para ella.

Permaneció estoica ante su escrutinio, aunque los ojos empezaban a escocerle mucho.

—Esa lista cada día aumenta más—Le soltó para ver cuál era su reacción.

—¡UFFFF!

—En fin, como iba diciendo—se hizo el distraído —, ¡ah sí! Lo del divorcio.

—Cretino—Dijo Clare muy bajito creyendo que su marido no la había oído.

—Pues he decidido no dártelo —Sí que la había oído aunque optó por ignorarla. Ante aquella revelación Clare se quedó de piedra. ¿Había oído bien? ¿Era esa una nueva forma de tortura? ¿Le iba a crear falsas ilusiones?

—Pensé que estabas deseando deshacerte de mí—Le reprochó con dolor—. ¿Cómo has podido hacerme creer que me ibas a dejar? ¿Es esta otra de tus lecciones?

Se levantó como un ciclón, hecha una furia, con las manos como garras y dispuesta a borrar como fuera la sonrisa petulante del rostro de su marido por haberla hecho pasar por aquello. Julián le sujetó fuertemente las manos detrás de la espalda antes de que consiguiera llegar a su objetivo. Clare estaba que echaba chispas.

Julián se la quedó mirando unos segundos que parecieron eternos antes de contestar a sus numerosas preguntas.

—Pues porque eres una malcriada, una chantajista, una arpía, una niña consentida y egoísta que no duda en pasar por encima de

los sentimientos de los demás para conseguir sus fines.

—Si soy todo eso, si tan mal concepto tienes de mí, ¿por qué quieres seguir casado conmigo?—Le preguntó con rabia mientras sentía el agua salada derramarse por sus ojos.

—Porque a pesar de ser todo eso, también eres la persona que poco a poco se ha ido metiendo en mi corazón, porque lo que tanto detestaba de ti, al final ha acabado haciéndome gracia, porque me divierten tus intentos fallidos de intentar manipularme—Al decirle esto le

limpió con una caricia la cristalina lágrima que resbalaba por la finamente esculpida mejilla de su esposa—. Me haces sonreír con tus ínfulas de gran dama cuando sé que en mi cama te conviertes en una fulana. Deseo tener el honor de pasar el resto de mi vida contigo, de frustrar tus planes de entrometerte y manipular la vida de los demás, de ver crecer juntos a ese hijo que llevas dentro y del que no me has querido decir nada.

La miró sonriente mientras ella se echaba a llorar a lágrima viva.

—No te dije nada para que no me acusaras nuevamente de chantaje—Le confesó sorprendiéndolo.

—También adoro cuando reconoces haberte equivocado e intentas solucionarlo.

—Entonces, ¿no hay divorcio?—Le preguntó esperanzada.

—No lo hay, al menos no seré yo quien lo pida, ah —le soltó viendo su expresión de venganza—, tampoco te lo voy a dar.

—Puedo alegar que eres impotente.

—Clare, no vayas por ese camino.

—Tu comportamiento ha sido odioso.

—Fuiste tú quien rompió su palabra enviando la dichosa carta— Le recriminó.

—Estoy arrepentida de eso—Confesó con vergüenza.—Espero que Anthony y Paul lleguen a perdonarme algún día.

—El tiempo cura las heridas, aunque tendrás que ayudar para que Chris vuelva a dirigirle la palabra a su amigo.

Clare lo miró sorprendida de que llegase a dudar de que había cambiado, ella ya no estaba encaprichada de Anthony. Al percatarse de las implicaciones de aquella revelación abrió mucho los ojos. Tanto que Julián pensó si no le pasaba algo raro. Ella quería que él no la tuviera en tan baja estima.

—Yo..creo que te amo.—Clare no sabía por qué pero necesitaba decírselo.

—Yo estoy seguro de que me amas.—Al ver su cara indignada, Julián soltó una estrepitosa carcajada antes de tomarla entre sus brazos y besarla con ardor.

—Creo que la respuesta correcta hubiera sido decirme que también me amas—Apostilló Clare con mirada belicosa.

—¿Está usted intentando obligarme a hacer algo señora mía?

—¿Quién, yo?—Le preguntó ella con inocencia—Jamás se me ocurriría señor, mi esposo destroza todos mis intentos de manipular a los demás.

—En eso tienes razón—Le dijo dándole un pequeño beso en su respingona nariz —. Aunque debo confesar que lo que me ha pasado es que he descubierto otra forma de amar.

Como Clare lo miraba esperando a que continuase decidió darle el gusto, por esta vez.

—Existe el amor entre dos personas que se quieren porque se gustan como son desde un primer momento, que se admiran y se respetan. Luego también está ese otro amor, el que yo siento hacia ti, pues a pesar de detestar muchas facetas de tu carácter—la contempló antes de continuar, feliz de ver como achicaba los ojos ante dicha descripción—, no puedo vivir sin ti y he aprendido a amarte tal y como eres. Es más, no me gustaría que cambiases, a pesar de que te odiaré en momentos determinados.

Ella alzó el rostro arqueando las cejas con gesto petulante.

—Sabe caballero —le confesó con soma—, que le he ganado la batalla en una cosa.

—¿De veras?—Julián no pudo evitar sentir cierto temor. ¿Con qué le saldría ahora? La vida de quien pretendería cambiar. Compadeció al pobre desdichado en quien su esposa decidiera poner sus miras.

—Finalmente y, pese a sus intentos por desbaratar mis bien trazados planes, he conseguido mi principal objetivo—lo miró altanera—, ser una gran dama de sociedad.

Su marido no pudo evitar estallar en escandalosas carcajadas y dar vuelta con ella en brazos mientras sus cuñadas y su suegra acudían en tropel a la sala donde se encontraban,

temerosas de lo que pudiera haber ocurrido entre ellos. Con dos genios tan explosivos esperaban cualquier cosa de ese encuentro.

Julián sabía que no tendría un minuto de paz y tranquilidad en su vida junto a Clare, aunque estaba dispuesto a aprovecharla e intentar perder los nervios lo menos posible, de la misma forma pensaba atarla en corto, iba a estar tan ocupada cuidando de sus futuros hijos que no le quedaría ni tiempo ni ganas de inmiscuirse en la vida de los demás.

### *Más de un año después...*

Julián entró hecho un basilisco en la salita de té donde Clare se encontraba junto a su hermana Sarah. Estaba fuera de sí y su mujer adivinó que ya se habría enterado de la buena noticia. Tragó saliva disimuladamente mientras le lanzaba a su marido una deslumbrante sonrisa a modo de bienvenida y se levantaba del sillón que venía ocupando junto a la otra mujer para servirle un poco de té a su esposo.

—Sarah, ¿te importaría dejarme un momento a solas con mi mujer?

—Cómo no.

Su cuñada lo miró sonriente antes de levantarse y salir de allí a toda prisa, consciente de que Clare había vuelto a hacer otra de las suyas, pero al parecer esta vez el pobre perjudicado debía ser alguien muy cercano a Julián por la furia de su cuñado.

—¿Puedes explicarme qué es esto?—Julián no se daba cuenta de que estaba gritando hasta que su mujer se tapó los oídos en un gesto delicado.

—¿Una carta? —Le preguntó haciéndose la inocente. Pensó que ese bocazas de Pietri no tenía que haberle ido con el cuento a su marido. Al menos no todavía.

—No juegues conmigo Clare—la amenazó—, te he advertido una y mil veces que no intentes manipular la vida de mis amigos.

—No he manipulado nada—se defendió haciendo un mohín—, solo he informado a Pietri que no debería casarse con esa tal Lady Stonbrige cuando hay una dama que le ha dado un hijo.

—¡Maldita sea MUJER;¿No te das cuenta de que no puedes interferir en la vida de la gente porque a ti te dé la gana?

Clare no estaba dispuesta que la tachara de metiche. Rebeca era su amiga y estaba en la obligación de hacerle ver a Pietri que tenía que subsanar su falta y comportarse como un caballero. Sin embargo era consciente de que sus pataletas y sus gritos no tenían ningún poder sobre su marido, así que optó por utilizar su último descubrimiento.

Sentándose delicadamente de nuevo en el lugar que había ocupado antes de que Julián irrumpiera en la habitación empezó a acariciar su abultado vientre mientras pedía disculpas en un apenas audible susurro.

En cuanto Julián vio lo que estaba haciendo no pudo evitar sonreír y sentirse culpable a la vez. Era consciente de que estaba volviendo a manipularlo pero se sintió culpable por haberla gritado, así que se dirigió hasta donde se encontraba, se arrodilló frente a ella y la tomó de las manos para acercársela a los labios.

—¿Sabes que eres una arpía?

Clare le lanzó una mirada tan triste que podría haber hecho llorar a cualquiera, a cualquiera menos a él.

—Sabes que lo eres—le conformó—, pero también sabes que te amo.

Ella le lanzó una elocuente sonrisa y los dos irrumpieron en carcajadas.

Este libro se terminó de imprimir en Sevilla durante el mes de septiembre de 2012